



MANUELA INUSA

La chocolatería de los sueños

Bienvenida a Valerie Lane, la calle más romántica del mundo

m̄

D.J.57

Índice

Portada	
Sinopsis	
Portadilla	
Dedicatoria	
Prólogo	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
18	
19	
20	
21	
22	

23

24

25

26

Recetas de Keira's Chocolates

Bombones con crocante de almendra

Corazones blancos con naranja y nueces de macadamia

Galletas de chocolate de Keira

Agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Com

Sinopsis

Keira ama lo que hace: fabricar sus propios dulces en su pequeña chocolatería en la Valerie Lane. Sus chocolates caseros, son tremendamente populares entre niños y mayores. A Keira, con tantas golosinas a su alrededor, le resulta difícil resistirse. ¿Y qué? A ella no le avergüenza ni su amor por el chocolate ni su figura curvilínea. Desafortunadamente, su novio tiene una opinión muy distinta. Por suerte, Keira cuenta con el apoyo de sus amigas, y, además, hay un cliente encantador que últimamente ha estado frecuentando la tienda de Keira muy a menudo...

LA CHOCOLATERÍA DE LOS SUEÑOS

Serie Valerie Lane

Manuela Inusa

Traducción de Noelia Lorente Romano

mñ

Para Leila

Prólogo

Una fría mañana de finales de enero cinco amigas se reunieron en una pequeña calle de Oxford bordeada de seis antiguas farolas y ocho jardineras vacías en las que, en verano, florecían las flores más hermosas con una fragancia sin igual. Esta diminuta calle de adoquines partía de una de las mayores avenidas comerciales y era fácil pasarla por alto, pero una vez se descubría, podía encontrarse mucho más que un par de tiendas: una sensación de calidez, de seguridad y una amabilidad infinita. La calle Valerie Lane, con sus tiendas regentadas sólo por mujeres, se llamaba así en honor a alguien muy especial...

Valerie Bonham, también conocida como «la bondadosa Valerie», era una leyenda local. La gente en los alrededores había oído infinidad de historias sobre ella. Había tenido su propia tienda en esa calle hacía cien años, y era un gran ejemplo para todos. Hasta entonces, nadie había conocido nunca a una persona con un corazón tan generoso; hasta entonces, ninguna mujer había sido tan venerada sólo por su bondad.

La bondadosa Valerie tenía una tiendecita de ultramarinos en la que, además de carbón, patatas, artículos de costura, pan y té, vendía todo lo necesario para el día a día. Valerie y Samuel, su amado esposo, no habían sido bendecidos con hijos. Y, a pesar de que no le resultaba fácil, hacía lo posible por mantenerse ocupada y asistir a quienes necesitaban ayuda desesperadamente. Valerie tejía ropa para los pobres, ayudaba a los hambrientos y obsequiaba con regalos a todo aquel que no tenía a nadie.

En 1912, Valerie falleció a la temprana edad de cincuenta y tres años a causa de una gripe. Sin embargo, además de su nombre y su buen espíritu,

dejó tras de sí un ambiente muy especial que hoy en día todavía reina en Valerie Lane.

Las cinco amigas observaron el viejo cerezo que se hallaba en el extremo opuesto de la calle, con hielo en las ramas. La mermelada de cereza que elaboraba la bondadosa Valerie con aquel cerezo era una de las muchas historias que aún se contaban. Pero había una que les gustaba particularmente a las cinco amigas: cada miércoles por la tarde, al cerrar su tienda, Valerie abría sus puertas a quienes necesitaban un té caliente para entrar en calor, a quienes necesitaban un oído atento o un hombro sobre el que llorar. Y esa misma tradición la mantenían hoy las cinco nuevas propietarias de las tiendas de Valerie Lane: en recuerdo a Valerie Bonham, la mujer más bondadosa de Oxford.

Así sería una vez más la siguiente tarde del miércoles, pero en ese momento las jóvenes iban sonriéndose las unas a las otras mientras se dirigían a sus respectivas tiendas, que abrían a las nueve en punto de la mañana... Empezaba un nuevo día en Valerie Lane.

Keira entró en su tienda, Keira's Chocolates, y se apresuró a encender la calefacción. Fuera estaba helando. Sobre todo debía tener cuidado de que las estancias no se calentaran en exceso si no quería que los bombones se derritieran, pero no podía permitir que sus clientes pasaran frío. Y a ella tampoco le apetecía ponerse a tiritar.

En los últimos meses la calefacción había dejado de funcionar porque las tuberías se habían congelado, y eso se había notado enseguida: los clientes no se quedaban tanto en la tienda; no tenían tiempo de conversar ni sentían curiosidad por saber cuáles eran las últimas y deliciosas novedades que ella misma elaboraba con cariño. Habían puesto pies en polvorosa para entrar en calor en alguna de las tiendas grandes de Cornmarket Street. Para colmo, esas tiendas de la avenida comercial con sus grandes volúmenes de venta resultaban ser una espina clavada en el costado para las cinco amigas de Valerie Lane, que intentaban sobrevivir un mes tras otro. La competencia era enorme, pero, por suerte, la clientela era fiel y sabía apreciar precisamente el toque personal que distinguía a Valerie Lane del resto de las calles. En aquel lugar se aconsejaba a los clientes, se les daba conversación de modo agradable; en aquel lugar los clientes sabían lo que compraban, y Keira agradecía tener a cada uno de ellos porque le permitían mantener abierta su chocolatería.

La joven de veintinueve años se quitó el gorro y se pasó la mano por el cabello castaño que le llegaba a la altura del hombro, y que aquel día llevaba suelto. A continuación se frotó las palmas y sopló en el aire para ver si podía sentir su aliento en mitad del frío. Algo se notaba, sí, aunque el calor era más

intenso a medida que pasaban los minutos. Se dirigió a la ventana, desde donde podía ver a su amiga Orchid, que arreglaba su escaparate al otro lado de la calle. Aún no había rastro de ningún cliente. Keira pasó por delante de las estanterías blancas principales en las que se hallaban las diferentes variedades de galletas en fila: en cajitas, latas y en bolsitas de celofán. Había decorado un poco aquí y allá, no demasiado, ya que era importante que se vieran los productos. Aun así, en la tienda de regalos de Orchid siempre encontraba algún precioso complemento nuevo que encajaba a la perfección y hacía destacar algo más la presencia de sus dulces. En su caso, junto a las sencillas cajitas blancas llenas de galletas de coco, había un jarrón de color rosa pálido con un ramo de rosas rojas y blancas. Parecían tan auténticas que nadie se había dado cuenta de que estaban hechas de seda. Las pequeñas latas de metal con galletas de menta estaban en una estantería adornada con aquel cisne rosa chillón que había sido de lo más exitoso para Orchid el año anterior.

La tienda de Keira, con su interior dividido en dos estancias, contaba con pequeños adornos sólo allí donde era necesario. Dominaba el color rosa o los colores femeninos para llamar la atención de su principal clientela, aunque había habilitado un rincón extra con ositos de chocolate y dulces variopintos para los niños y otro para la clientela masculina, con surtidos de chocolate negro y bombones de coñac, pequeñas tabletas de chocolate con *bourbon* de Canadá, mazapán de Alemania y cigarrillos de chocolate de Francia. Dicha zona la había decorado con una vieja caja de puros de madera y un reloj de bolsillo dorado que había tomado prestado de la tienda de antigüedades de su amiga Ruby. Estaba orgullosa de poder contar un amplio surtido internacional, pero, sobre todo, de los bombones y las trufas que elaboraba ella misma, y que se vendían especialmente bien. Desde siempre.

Sí, en Valerie Lane aún cobraba valor todo lo que se elaboraba de manera artesanal y con cariño. Laurie preparaba un gran número de mezclas de té en la Tea Corner; en Wool Paradise, Susan vendía, además de cualquier tipo de

lana imaginable, artículos que ella misma tejía o hacía de ganchillo; Orchid vendía velas hechas a mano. Y Ruby, con su tienda de antigüedades, dedicaba casi cada fin de semana a recorrer expresamente los mercados de segunda mano de la ciudad buscando con mucho cariño las últimas antigüedades que ofrecería a sus clientes.

En la tienda vacía que se hallaba entre Susan's Wool Paradise y Orchid's Gift Shop se podía comprar helado casero hasta hacía tres meses. La propietaria anterior de Donna's Ice Cream Parlour había decidido cerrar la heladería para irse a Holanda con el amor de su vida. Desde entonces, la tienda no tenía dueño. Keira estaba segura de que pronto la ocuparía alguien nuevo de quien todos se sentirían orgullosos en Valerie Lane. El señor Spacey, el administrador, tendría cuidado a la hora de escoger a quién confiársela. La antigua calle le importaba tanto como a cada una de ellas. Keira era incapaz de expresar con palabras lo bien que se sentía en Valerie Lane; lo mucho que apreciaba a las otras dueñas de las tiendas y la felicidad que le sobrevenía cada mañana al entrar en su pequeño local.

—Buenos días, señorita Buckley —oyó desde la puerta. No había escuchado el fuerte sonido de la campanilla, de nuevo estaba pensando en las musarañas.

—¡Muy buenos días, señor Monroe! —Keira se recogió el pelo en una cola de caballo alta con la goma que llevaba en la muñeca, y se colocó detrás del mostrador.

El hombre de unos cincuenta y tantos años con barba de chivo que vivía encima de la tienda de regalos de Orchid le dedicó una sonrisa y se acercó a la vitrina donde Keira había puesto los bombones y las trufas que había hecho.

—Hoy vuelve a hacer mucho frío. —Se quitó los guantes de cuero y fingió un escalofrío para subrayar sus palabras—. Brrr.

—Y que lo diga. ¿Qué puedo hacer por usted? —dijo obsequiándole con una amable sonrisa.

—¿No tendrá esas trufas de ron que...? ¡Ay, sí, acabo de verlas! —Se alegró complaciente mientras observaba ansioso una montaña repleta de bolas de color marrón oscuro con forma de bola.

—Por supuesto que sí. Precisamente hice más antes de ayer.

—¡Excelente! Entonces ya me puede poner doscientos cincuenta gramos.

—Será un placer. —Keira escogió una de las bonitas cajas hechas con papel blanco fino y brillante, con sencillos adornos de arabescos dorados en la tapa, y comenzó a llenarla. Luego la pesó y cogió con la pinza otra variedad de bombón que añadió como un pequeño extra—. Le he puesto uno de los nuevos bombones con crocante de almendra, ¿le parece bien? Es para que lo pruebe.

—Es usted un tesoro.

En realidad, sí que lo era. Todos sabían apreciar su generosidad. Bueno, casi todos...

—Aquí tiene. Son doce libras con setenta.

El señor Monroe pagó y le deseó un buen día. Una ráfaga de aire helado entró cuando el hombre abrió la puerta para seguir su camino. Keira se dejó caer en su taburete. Se quedó observando fijamente una de las florecillas azules de la blusa que llevaba a juego con su vaquero preferido, y dio un suspiro.

Hoy era uno de esos días en los que, a pesar de gustarle tanto su pequeña tienda, hubiese preferido quedarse encerrada en casa. Aún podía sentir en la piel la escena que había vivido con Jordan la noche anterior. Era increíble cómo unas palabras hirientes podían arrebatarse la fuerza de aquel modo.

Jordan era su novio desde hacía ocho años, y llevaban cinco viviendo juntos. Se habían mudado el mismo año que Keira abrió su chocolatería. Un buen año: tenía que ser el mejor de su vida. ¡Cómo le gustaba pensar en los buenos tiempos! Pero, a partir de entonces, todo se había ido deteriorando. Al menos, su relación con Jordan. Cada año que pasaba, cada mes que pasaba iba de mal en peor. A menudo se preguntaba por qué Jordan se había ido a

vivir con ella teniendo en cuenta que lo único que hacía era criticarla. No paraba de quejarse, sus comentarios eran cada vez más desagradables y ella tenía la impresión de que nunca volvería a hacer nada que a él le gustara.

Sí, ya sabía que había cambiado físicamente durante los últimos años. Desde que tenía la chocolatería se había vuelto más golosa. Pero si comía, lo hacía sobre todo porque se sentía triste. Comía de manera compulsiva y, según Jordan, sólo ella tenía la culpa. Era un círculo vicioso y no parecía tener salida.

«¡Madre mía, qué ajustado te queda ese pantalón!» Las palabras con que Jordan la había recibido aún resonaban en su mente.

Todo había sucedido la noche anterior. Volvía del trabajo haciendo equilibrios con las cajas de comida china que había comprado de camino a casa. Por si fuera poco, también llevaba dos cajitas llenas de fruta deshidratada que iba a bañar con chocolate.

—Muy amable, gracias —le replicó ella enseguida—. ¿Me ayudas con todo esto?

—¿Otra vez comida china? ¿No sabes que no es bueno comer tantos hidratos de carbono por la noche?

—Claro que lo sé. Me lo dices continuamente.

—Eres como una niña pequeña. Aunque te lo digan cien veces, no hay manera de que lo entiendas.

Niños. Otro tema doloroso.

—¿Y qué opinas que debo hacer? ¿No comer nada en absoluto?

Creía que Jordan exageraba. Medía un metro sesenta y cuatro y pesaba setenta y siete kilos. De acuerdo, estaba lejos de estar delgada. Pero ¿gorda? Sus amigas Laurie, Susan, Orchid y Ruby no paraban de decirle que aquellos kilos de más le sentaban bien; que la hacían más femenina. Al parecer, Jordan era el único que no pensaba lo mismo.

—Podrías comerte una ensalada. —Jordan, un metro ochenta y tres, rubio y en buena forma, se colocó bien las gafas sobre su nariz algo torcida. Es

posible que ése fuera su único defecto.

—Me he pasado todo el día en la tienda. Tengo hambre.

—No me digas que no has comido nada en todo el día. Seguro que te has comido más bombones de los que has vendido.

¡Era tan cruel! A pesar de que todo lo que dijese fuera medio en broma o con una pizca de sarcasmo, ella sabía que lo decía en serio. Pero no, no tenía ganas de discutir otra vez. En ocasiones se preguntaba por qué Jordan tenía que provocarla siempre de aquel modo. ¿Lo hacía para divertirse o para herirla?

—Tú también podrías haber preparado una ensalada. O alguna cena más ligera, ya que estás en contra de los fideos chinos y los rollitos de primavera.

—No tengo nada en contra. Te los puedes permitir sin ningún problema si haces deporte. Y, por cierto, en mi caso me he pasado todo el día haciendo ejercicio. He estado en el gimnasio, así que tampoco he tenido tiempo de cocinar.

El gimnasio. Era allí donde Jordan pasaba sus domingos mientras Keira estaba en la tienda. Los comercios de Valerie Lane, como la mayoría de los que había en Oxford, abrían los domingos.

—Entonces parece que estamos entre la espada y la pared, ¿no? —se enfadó ella.

—Sí... —Jordan se levantó y miró las cajas de comida china. A continuación se las llevó a la cocina, molesto, y sirvió la comida en un plato.

¿Era fruto de su imaginación o de verdad se había puesto en su plato una parte de la porción que le correspondía a ella?

—Buen provecho —dijo Keira. Oyó que Jordan refunfuñaba.

La campanilla de la tienda sonó. Keira se levantó con un suspiro y sonrió.

—Hola, Barry.

Barry estaba saliendo con Laurie, su amiga de la tienda de al lado. Era su

proveedor de té. Keira había observado durante meses lo tímidos que eran ambos, y lo mucho que les había costado acercarse el uno al otro antes de tener por fin su primera cita. Ahora eran tan felices como cualquier otra pareja. Sin embargo, Keira sufría cada vez que los veía juntos: era como si le estuviesen clavando un puñal en el corazón. De igual manera le dolía ver a Orchid con Patrick, el amor de su vida. Evitaba tener a su lado parejas acarameladas, cogidas de la mano o besándose. Prefería refugiarse del mundo metiéndose debajo de su manta.

—Hola, Keira. Oye, quería pedirte un favor. Tú conoces a Laurie hace mucho más tiempo que yo. Dentro de dos semanas es San Valentín y... ¿Qué crees que le haría ilusión que le regalaran? Me refiero a algo que le gustase mucho.

Keira no tuvo que pensárselo dos veces.

—Llévala de viaje a algún sitio. Hace mucho que no va de vacaciones, probablemente le sentará bien y le gustará seguro.

—¿Un viaje? ¿Tú crees que cerraría la tienda para irse de viaje?

—¿Para ir de viaje con el hombre de sus sueños? ¡Seguro que sí! Además, aunque al principio ponga algún inconveniente... A veces hay que obligar a Laurie a que sea feliz.

—De acuerdo. ¡Si tú lo dices! Ya pensaré en algo.

Keira asintió y confió en que a Barry no se le ocurriese aquella idea estúpida que había tenido Jordan el verano anterior de hacer una excursión con ella en bicicleta de montaña por toda Francia. No podría imaginarse algo menos romántico. En realidad, él tampoco deseaba que ella lo acompañara; de eso estaba segura. Como mucho lo decía para que hiciese más deporte, para que adelgazara y se convirtiera en la persona que un día había sido. Aun así, dudaba que algún día volviese a ser la misma persona que había sido hacía años. En todo caso, no con Jordan a su lado.

Además de su vecina de tienda, Laurie también era su mejor amiga. Le había dicho muchas veces que no tenía por qué pasar por todo aquello, que

debía marcharse sin más. Jordan y ella no estaban casados ni tenían hijos, así que era fácil hacerlo.

Sí, para Laurie era fácil decirlo. Pero no era tan fácil en muchos aspectos. Para empezar, Keira no sabía si sería capaz de pagar ella sola los gastos del alquiler y otros gastos añadidos, además de los derivados de la chocolatería. Jordan se encargaba de pagar la mayor parte de las facturas, ya que era dentista y se ganaba muy bien la vida. Por otro lado, Keira tampoco sabía si podría quedarse en el piso. ¿Qué pasaría si Jordan la echaba de casa? ¿Adónde iría? ¿Y qué haría ella totalmente sola? Estaba tan acostumbrada a tener a alguien a su lado que se imaginaba a sí misma muy sola al quedarse sin pareja. Pero la verdadera razón era que, a pesar de todo, seguía amando a Jordan. Siempre quiso formar una familia con él, tener niños, y no perdía la esperanza de que algún día él también se daría cuenta de que deseaba lo mismo. Ése habría sido su regalo perfecto de San Valentín. Quizá debería comentárselo a sus amigas, por si acaso Jordan quisiera ir a ver a alguna de ellas para preguntárselo.

Pero Jordan no era como Barry. Jordan era una leve esperanza a la que Keira se aferraba como si fuese la cinta de un globo. Aun sabiendo que aquel globo se había desinflado hacía tiempo y había acabado volando lejos de sus manos.

La cinta flácida que colgaba hacia abajo, por cierto, era la metáfora perfecta de cómo se sentía últimamente: exhausta y sin ganas de vivir.

—Tienes razón. Quizá podría ir a Escocia con ella para presentarle a mi hermana y a mis encantadores sobrinitos —dijo Barry. Llevaba puesta su camisa de leñador y le brillaba la mirada mientras cavilaba.

Keira sonrió con lágrimas en los ojos.

—Seguro que le encantaría.

—¿Va todo bien, Keira?

Ella asintió.

—Muy bien.

—¿Has vuelto a discutir con Jordan? —En los seis meses que llevaba saliendo con Laurie se había enterado de más cosas de las que ella hubiese preferido.

—Sí. Bueno... —Se encogió de hombros.

—No te mereces a ese tipo.

—Lo sé.

—Entonces seguro que también sabes que en la vida hay hombres mejores que ése, ¿no?

¿Era eso cierto? ¿Y podría encontrar a uno así?

—¿Te gustaría probar uno de mis nuevos bombones con crocante de almendra? —preguntó ella para cambiar de tema y evitar un ataque de llanto delante de Barry.

—Será un placer.

Keira cogió uno de ellos con las pinzas y se lo alcanzó por encima del mostrador. Barry le dio un mordisco enseguida, sin poder resistirse.

—Vaya, están riquísimos. ¿Me pones algunos?

—No tienes por qué comprarme nada sólo porque quieras animarme. — Ella rio entre sus lágrimas.

—Son deliciosos, de verdad.

—Está bien. —Keira puso seis bombones cuadrados en una bolsita y se la dio a Barry—. Yo invito. Gracias por ser tan amable conmigo.

Barry hizo una mueca de compasión.

—Barry, escúchame. No soy un gato al que le falte una pata ni tampoco soy Gary, que está durmiendo en la calle con este frío. —Gary era un joven sin techo que casi siempre se ponía en la esquina de Valerie Lane con Cornmarket Street—. Estoy bien, ¿entendido?

—Entendido. Gracias por los bombones. —Alzó la bolsita y se dirigió a la puerta. Dejó que entraran dos mujeres mayores antes de despedirse con la mano.

—Adiós, Barry —dijo Keira con un suspiro.

Consideraba que Laurie había tenido muchísima suerte. Había encontrado, literalmente hablando, una aguja en un pajar. Era bastante improbable que algo así pudiese sucederle a ella.

Venga, ¿de hecho, qué problema tenía? Acababa de hacerle creer a Barry que estaba bien. No pasaba hambre ni tenía que dormir a la intemperie. Además, todavía conservaba sus dos piernas. No podía irle mejor.

El problema era que le resultaba muy difícil mentirse a sí misma.

Al mediodía Laurie fue a ver a Keira a la tienda. Llevaba un jersey de color rojo cereza que era casi del mismo color que su cabello largo. Ese día sus grandes rizos le caían por encima de los hombros. Combinaba el jersey con una falda negra de lana, ya que Laurie casi siempre se ponía falda, incluso con aquellas temperaturas.

—Menudo frío de mie... ¡rcoles! —exclamó frotándose los brazos.

Keira acabó de servir a una clienta y se volvió hacia Laurie.

—¿Un frío de miércoles?

—Iba a decir otra cosa, pero he visto que había clientes en la tienda. — Esbozó una sonrisa torcida.

—¿Y miércoles te parece mejor?

—Ni idea. Con las prisas no se me ha ocurrido nada mejor. Piensa tú en algo en cuestión de segundos que empiece por «mie».

—Miembro, miedo, miel... —replicó Keira sin tener que pensárselo mucho.

—Vaya, tú sí que eres buena. Ja, ja... me encanta: *¡menudo día de miel!* ¡Me lo apunto para la próxima!

—¿Me quieres decir por qué sales de la tienda en mitad del día y sin chaqueta?

—Por nada.

—No te creo. Seguro que Barry te ha contado algo, ¿verdad?

—¿Barry? No, ni siquiera lo he visto hoy. ¿Por qué lo dices?

—No sabes mentir, ¿lo sabías?

—Nunca he dicho que supiera hacerlo.

Una clienta entró en la tienda: la señora Witherspoon. Era una mujer mayor a la que apreciaban mucho. Vivía cerca de allí y en ocasiones iba hasta Valerie Lane para charlar un poco, contar historias de las de antes o, simplemente, para matar el tiempo. Había cumplido los ochenta y siete años y no tenía nada mejor que hacer.

La señora Witherspoon miró radiante a las dos con su sonrisa dulce y repleta de arrugas. Laurie se conmovió. Era imposible no querer a una mujer como aquella. No sólo era encantadora, sino que también conocía las mejores historias sobre Valerie. A menudo las cinco amigas la obsequiaban con algunos bombones o galletas, una taza de té, un par de guantes tejidos a mano o algún pequeño regalo. A decir verdad, la buena mujer no regresaba nunca a su casa con las manos ni el estómago vacíos.

—Hola, queridas. ¿Qué tal estáis hoy?

—Muy bien —contestó Laurie enseguida.

—De fábula —dijo Keira al tiempo que notaba que Laurie le fruncía el ceño—. ¿Y cómo se encuentra usted?

—De maravilla —les dijo la señora Witherspoon. Su cabello blanco estaba tan despeinado por el aire que hacía fuera, que a Keira le entraron unas ganas enormes de peinárselo un poco. Luego pensó que a la anciana posiblemente no le molestaban algunos cabellos alborotados.

—¿En serio? Me alegro.

—¿Va a decirnos por qué está tan maravillosamente bien? —preguntó Laurie.

—Os lo diré encantada. Dentro de quince días es San Valentín.

—Oooh. ¡No tendrá usted un admirador!

—Podría ser. —La señora Witherspoon les guiñó un ojo con picardía.

«Oh, no —pensó Keira. — Y ahora también la señora Witherspoon.» ¿Es que todas estaban felizmente enamoradas excepto ella? No quería ni pensar en San Valentín. Seguro que Jordan le regalaría un libro de cocina con recetas para perder peso.

—¿Cómo dice? ¿De verdad? —Laurie se alegró y empezó a aplaudir. Era un gesto muy típico de la señora Witherspoon y ella enseguida se unió a los aplausos.

—Hay un hombre... Humphrey. Lo conocí en el comedor social.

A Keira se le hizo un nudo en la garganta. ¿En el comedor social? No podía decirse que aquél fuese un lugar romántico, sino más bien triste. Aunque, por otra parte, ¿no era en sitios así donde sucedían las mejores historias de Hollywood?

—¿Así que se llama Humphrey? Cuéntenos algo de él —le pidió Laurie.

—Está bien. Es un hombre muy amable. Fue piloto hace mucho tiempo. —Lo dijo con una nota melancólica, y Keira cayó en la cuenta de que nunca le había preguntado a la señora Witherspoon a qué se había dedicado ella. No había sido madre a jornada completa, ya que no tenía hijos. Al menos eso sí lo sabía.

—¿Y es mayor o es más joven que usted? —preguntó Laurie con curiosidad.

—¡Es un mozuelo! —dijo la señora Witherspoon riéndose como una joven enamorada—. Sólo tiene setenta y nueve años.

—¡Es usted muy mala! —bromeó Laurie moviendo el dedo de un lado a otro.

Keira no volvió a abrir la boca. Se mordía los labios mientras pensaba en la escena del comedor social: dos personas que se encuentran y enseguida saben que están hechas la una para la otra... Pensaba en que aquellas personas posiblemente no habían existido nunca... Pero intentó contenerse por cariño a la señora Witherspoon.

—Nos gustaría mucho conocer al señor Humphrey. Tráigalo con usted el próximo miércoles que nos veamos.

La señora Witherspoon no faltaba casi nunca, a no ser que estuviese demasiado mal como para salir de casa. Pero por lo visto aquello ya había pasado a la historia. La buena mujer estaba más llena de energía que nunca.

—¿Para cogerlo entre todas vosotras y exprimirlo con vuestras preguntas como si fuese un limón maduro?

—¿Cómo puede pensar eso de nosotras? —preguntó Laurie escandalizada—. ¡Nunca nos atreveríamos a hacer algo así!

—Está bien. A lo mejor lo traigo algún día. Será como tener el gallo del corral...

—Podría preguntarle a Barry si quiere venir también. Así Humphrey no se sentirá tan solo.

Keira pensó en Jordan. Él nunca, nunca, se esforzaría por ir a la tetería un miércoles por la tarde para contentarla.

—¿Puedo ofrecerle algo? —preguntó Keira al darse cuenta de que estaba siendo descortés.

—No, no, querida. Te lo agradezco. Humphrey ya me ha regalado bombones.

—Ha dado con un romántico de los de verdad. —Laurie rio cariñosamente—. ¿Le apetece tomar un té en mi tienda?

—No voy a negarme. Pero antes me gustaría pasarme por la de antigüedades de Ruby.

—¡Oh! ¿Quiere comprarle algo? —preguntó Keira sorprendida. Todas sabían que la señora Witherspoon vivía prácticamente de la caridad.

—Nooo, al contrario. Estaba pensando en vender dos de mis cucharas y quería preguntarle cuánto me daría por ellas.

A Keira se le rompió el corazón. Era consciente de lo mucho que la señora Witherspoon apreciaba su colección de cucharas; se trataba de aprecio en el sentido más emotivo. Era lo único a lo que no había renunciado, ni siquiera en los malos tiempos; y había pasado por muchos...

—¡Oh, no! ¿Puede decirnos qué necesita con tanta urgencia como para tener que vender sus cucharas? —preguntó Laurie. Keira no se hubiese atrevido a hacer aquella pregunta.

—Mi nevera ha pasado a mejor vida. Ahora hace frío y puedo dejar las

cosas afuera, en el balcón. Pero en cuanto empiece el calor...

¡Vaya! Todas hacían siempre lo posible para ayudar a la mujer, pero el tema del frigorífico no era ninguna pequeñez. Por supuesto que podían juntar dinero y comprarle uno nuevo, pero la señora Witherspoon no lo aceptaría nunca. Keira lo sabía. Tenía su orgullo a pesar de todo, y una nevera no era una simple caja de galletas.

—¡Qué rabia! —dijo ella—. Preguntaré en mi entorno. A lo mejor hay alguien que quiera deshacerse de algún frigorífico viejo.

—Sí, yo también lo haré —acordó Laurie enseguida.

—Es muy amable por vuestra parte. Pero de todos modos iré a ver a Ruby. Nunca se sabe cuándo se puede necesitar el dinero. Si Humphrey me propone matrimonio un día... —Se rio entre dientes, y Laurie y Keira acabaron riendo con ella.

—Pero no se olvide de pasar por mi tienda para tomar una taza de té. Estaré allí en cinco minutos, antes tengo que hablar un momento con Keira.

La señora Witherspoon asintió, se despidió y salió arrastrando los pies con su gruesa bufanda verde al cuello a juego con los guantes. Naturalmente, eran las prendas que había tejido su amiga Susan para ella con mucho cariño.

—Pobrecilla, me sabe tan mal por ella —dijo Keira en cuanto se marchó la señora Witherspoon.

—Sí, y a mí también por ti. ¿Qué te ocurre? ¿Te has peleado con Jordan? ¿Otra vez?

Keira se dio cuenta de que su situación no era tan mala; de que una pequeña pelea no era el fin del mundo; de que había gente que lo pasaba peor que ella y hasta tenía que vender sus cucharas para poder comprarse un frigorífico nuevo.

—Estoy bien.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—De acuerdo. Pero puedes venir a verme siempre que necesites hablar.

Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, Laurie. Y te lo agradezco.

—Cielo, me tienes preocupada.

—No tienes por qué preocuparte. En serio. Estoy mejor que nunca.

—Eso ya lo has dicho. Pero no sé si creerte.

—¿Crees que te mentaría?

—No estoy tan segura. ¿Qué quería Barry antes?

—Comprar bombones. ¿Qué, si no?

—¿Lo ves? Eres capaz de mentir sin ponerte roja.

Keira sonrió con aire burlón.

—¿Te gustaría probar a ti también uno de mis nuevos bombones con crocante de almendra?

—Barry ya me ha dado algunos. ¿Tienes alguna otra novedad?

Keira se detuvo a pensar. ¿Qué había hecho aquel fin de semana? La noche anterior, después de pelearse con Jordan, había estado recubriendo unas ciruelas deshidratadas con chocolate con leche. Pero se las había olvidado en casa esa mañana. De todos modos, no importaba, tenía de sobra en la tienda; le gustaba ser previsor. El sábado por la tarde, tan pronto había cerrado la tienda, se había ido a la cocina que había en la trastienda para hacer trufas con ron, bolitas de mazapán y pistacho y trufas con jengibre y chocolate blanco. ¡Ya está! ¡Laurie era una apasionada del jengibre!

—¡Mira, prueba éstas! ¡Llevan jengibre! —Cogió las pinzas de metal y sacó de la vitrina uno de los dulces para dárselo a Laurie.

—Dios mío, ¿es que quieres matarme? —preguntó Laurie mientras lo saboreaba.

Keira se asustó por un momento.

—¿Tan malos están?

—¡Están de muerreerte! ¡Podría comerme cientos de miles de ellos!

—Pues acabarías explotando. —Keira se rio.

—¡Por eso lo digo!

O bien acabaría dejándote tu novio por haber engordado a base de bombones, pensó Keira con amargura. Era el mismo miedo de siempre de que Jordan quisiera separarse de ella algún día. Enseguida dejó a un lado sus pensamientos.

—¿Puedes ponerme algunos? Que conste que voy a pagártelos. ¡No admito protestas!

Keira sonrió y le preparó una bolsita.

—En serio, Keira. Cada día te superas a ti misma. Sólo hay que ver cómo huelen... —Laurie asomó la nariz en la bolsita abierta de celofán—. Creo que he llegado al cielo del jengibre.

—Me alegro de que te gusten. Espero que les suceda lo mismo al resto de mis clientes.

—De eso no me cabe ni la menor duda. Pero debo volver ya. No quiero dejar a mis clientes solos demasiado tiempo.

—Pues será mejor que te vayas.

—Por cierto —dijo Laurie—, antes, con la señora Witherspoon, ¿su peinado no te ha recordado la peli de *Lo que el viento se llevó*? —Se rio para sus adentros.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ahora que lo dices! Yo había pensado más bien en *Ahora o nunca*, por lo de Humphrey.

—¡Ayyy! Es tan romántico. Espero que lo traiga algún día.

—Yo también lo espero. Y ahora, vete pitando.

—Vale. Hasta pronto. ¡Te quiero mucho!

—Y yo a ti.

Vio cómo Laurie corría hacia la Tea Corner, justo enfrente de su tienda. Pensó que, seis meses antes, su amiga nunca hubiese dejado la tienda a solas en hora punta para ir a verla si no se trataba de algo extremadamente importante. Tenía que ver con Barry. Le hacía mucho bien. Gracias a él se había convertido en una persona más relajada, más alegre, más flexible. Había dejado de planearlo todo al detalle: se tomaba las cosas tal y como

venían. Disfrutaba de la vida. Y Keira se alegraba muchísimo por ella. Aunque en ocasiones deseaba que Laurie pudiera transmitirle un poco de aquella despreocupación que tenía. Estaba segura de que le sentaría bien a su propia vida.

Poco después vio que la señora Witherspoon volvía a pasar frente al escaparate de su tienda. En las horas que siguieron no pudo dejar de pensar en ella. Se alegraba tanto de que la mujer hubiese encontrado el amor, a su edad.

Sonó la campanilla de la tienda y... ¡Keira se acordó de repente de que era lunes! Su mejor día de la semana. Había un motivo para ello. Y el motivo se hallaba justo delante de ella.

No sabía su nombre. Nunca se lo había preguntado. ¿Y por qué iba a hacerlo? Sólo era un cliente más; uno de los muchos clientes cuyos nombres no conocía. Sin embargo, para Keira él era mucho más que eso, aunque todavía no se había dado cuenta.

Era el primer rayo de luz que aparecía después de una tempestad oscura. Era el último cacahuete de M&M de color marrón que quedaba en el fondo del paquete cuando ya no esperabas encontrar ningún otro. Era su rayo de esperanza, todas las semanas, siempre que entraba en la tienda para comprar bombones... para otra mujer. Pero eso no importaba. Keira no quería nada de aquel hombre, en absoluto; no se planteaba ninguna relación amorosa ni ninguna aventura con él. No. Tan sólo le parecía hermoso ver que aún había hombres que amaban tanto a sus esposas; hombres que entraban todos los lunes en una chocolatería para comprar los bombones preferidos de su enamorada. Para hacerla feliz, para verla sonreír.

Jordan no le había regalado bombones nunca. Claro que no. Para empezar, como dentista que era tenía una opinión bastante negativa de los dulces; en segundo lugar, opinaba que ella estaba demasiado gorda y, en tercer lugar, estaba cien por cien convencido de que no era necesario regalarle chocolates a alguien que trabaja en una tienda de bombones, más aún sabiendo que era la propietaria del local.

En serio: era ridículo. Era como si dejaran de enviarle una postal de vacaciones a alguien por el mero hecho de que trabaja en correos. O como si un cuidador de perros no pudiese tener el suyo propio porque se dedica a

pasear a otros. O, para expresarlo de un modo más salvaje aún, como si una profesora de guardería no pudiera tener sus propios hijos.

Hijos. De nuevo aquel tema doloroso.

Ocho años antes, cuando empezaron a salir juntos (se habían conocido en una fiesta de amigos comunes), Jordan le había dicho claramente que no quería tener hijos; que no le iba la vida en familia. Se lo había dicho con aquellas palabras. Debía aceptarlo si de verdad quería comprometerse con él.

Estaba enamorada de Jordan, enamorada hasta el tuétano, y por amor a menudo se cometen las mayores locuras. Por ejemplo, dejar a un lado las grandes ansias de comer helado y, aun así, no perder la esperanza de que el otro cambie de opinión algún día. Jordan no tenía la culpa, no la había engañado a ese respecto: ella lo sabía desde el principio. Había sido una estupidez suya el haber esperado durante años a que una mañana, al despertarse, él le dijese: «He soñado que teníamos un niño, que éramos una familia de verdad. Era maravilloso. ¿Qué te parece si, por fin, empezamos a tener una vida como Dios manda y tenemos hijos?».

La vida no era un sueño. La aceptabas tal y como era o bien hacías algo por cambiarla. Y Keira no era una persona de grandes cambios, sencillamente.

—Buenos días —le dijo al hombre sin nombre.

Cada semana le resultaba más atractivo, tan sólo por su carácter reservado y amable. Sabía, sin lugar a dudas, que había mucho más tras aquella figura de aspecto modesto; sabía que había un espíritu extraordinario en su interior.

Medía cerca de un metro y setenta y cinco, tenía el cabello castaño oscuro y corto, de rasgos suaves, una sonrisa maravillosa y a buen seguro la mirada castaña más cálida del mundo. Keira le echaba un par de años más que ella. Aquel día vestía un grueso abrigo de color marrón claro. Llevaba un paraguas consigo a pesar de que no llovía, y tenía las orejas rojas por el frío.

—Buenos días —le contestó sonriendo mientras miraba hacia la vitrina. Keira acababa de aparecer detrás.

Era el único cliente que había en la tienda, y se alegró de ello porque así podía dedicarle todo su tiempo.

—¿Qué tal está usted hoy? —le preguntó fijándose en sus pestañas increíblemente largas.

—Muy bien, ¿y usted?

—Muy bien —le contestó. Sin embargo, se corrigió a sí misma al pensar que la respuesta típica que acababa de dar no era la más apropiada—. De lujo. —Ésa era la verdad: su sola presencia hacía que se sintiese así de bien.

—Qué bien. —Miró con atención la vitrina. Siempre lo hacía, y a ella le resultaba un enigma porque, al final, siempre acababa decidiéndose por los mismos bombones: trufas de mantequilla recubiertas con chocolate con leche y trufas de naranja recubiertas con chocolate negro.

—¿Lo mismo de siempre? —preguntó ella.

En ocasiones se pasaba por la tienda otros días de la semana, pero venía todos los lunes y siempre sabía lo que quería con exactitud.

—Sí, gracias.

Ella cogió una de las preciosas cajitas y puso cien gramos de cada variedad en ella. Añadió dos trufas más, como hacía siempre, sin decirle nada. Eran de su parte para la mujer que tenía la suerte de contar con un hombre tan maravilloso a su lado. La envidiaba de veras.

—Las cajas le quedan siempre tan bonitas —dijo él mientras ella la decoraba con una cinta rosa.

La primera vez que entró en su tienda, hacía dos años, Keira le había preguntado si los bombones eran para un hombre o para una mujer, y él le había respondido con sonrisa resplandeciente: «Son para una mujer muy especial». Así que había decidido añadirle a la caja un lazo rosa y mantener aquella tradición. A veces le daba un toque algo distinto y le ponía, además de eso, una flor lila o bien mezclaba dos colores como el rojo y el rosa. Él la observaba siempre con la mirada atenta mientras envolvía los bombones. Keira era capaz de sentir el amor y la felicidad en sus ojos.

Guardó la cajita en una pequeña bolsa de papel que llevaba la dirección de la tienda y la puso encima del mostrador.

El hombre pagó, le sonrió de nuevo y salió de la tienda dejando tras de sí una sensación de tristeza en su interior, al igual que todos los lunes. No sabía muy bien por qué se sentía triste. ¿Porque faltaba una semana entera para verle otra vez? ¿Porque le conmovía mucho ver cuánto amaba aquel hombre a su pareja? ¿Porque a ella también le hubiese gustado tener algo así? ¿Porque jamás podría experimentar lo mismo con Jordan?

Suspiró —quizá por octogésima octava vez aquel día— y las siguientes dos horas siguieron su curso hasta que la campana de la iglesia le anunció que eran las seis de la tarde: hora de cerrar por fin.

Había planeado hacer algunos bombones al cerrar la tienda, pero, de repente, le sobrevino el cansancio y decidió marcharse a casa.

Colgó el letrero de «Cerrado» en la puerta pintada de color rosa. Aunque pareciese que desentonaba, quedaba bien con el panel de madera verde oscuro de la tienda. Giró dos veces la llave. Había mantenido el color original de la fachada, el que tenía en la época de Valerie, aunque la mayoría de demás propietarias hubiesen vuelto a pintarlas hacía tiempo. Por ejemplo, Laurie había pintado su tienda de azul claro, lo que le daba un toque muy peculiar. Orchid's Gift Shop era, como no podía ser de otro modo, de color amarillo chillón. Parecía el mismísimo sol y reflejaba al cien por cien la personalidad de Orchid. La tienda de Susan era blanca y, la de Ruby, verde como lo fue siempre. Valerie Lane a menudo recordaba un poco a Notting Hill: el barrio de moda londinense que ella había visitado con su madre hacía muchos años. También tenía casas pintadas de colores distintos.

Caminó despacio por Valerie Lane y sintió que, pese a estar cansada, no tenía ganas de regresar a casa. No le apetecía entrar en un piso vacío y tener que esperar a Jordan. Seguro que iba al gimnasio otra vez después del trabajo. Al menos antes se quedaba agotado allí; al parecer, ahora se traía el mal humor a casa y lo descargaba sobre ella.

—¡Keira! —le gritó Susan haciéndole señas desde el otro lado de la calle.

Su cocker spaniel inglés estaba junto a ella. Tan sólo tenía que salir de su tienda y dirigirse a la puerta de al lado para ir a su piso.

Susan era la única de las cinco amigas que vivía en Valerie Lane. Los viejos edificios de ladrillos de ambos lados de la calle albergaban un gran número de pisos, pero hacía muchos años que no quedaba ninguno libre. Susan había tenido suerte al abrir su tienda de lanas hacía ocho años. Por entonces, el matrimonio mayor que vivía justo encima del local decidió marcharse a una residencia de ancianos, así que Susan encontró, además de la tienda, un nuevo lugar donde vivir. A pesar de que vivía completamente sola (sin contar a *Terry*), parecía ser muy feliz.

Keira se preguntaba a veces por qué Susan había renunciado a los hombres de tal manera. Pero a Susan no le apetecía mucho hablar sobre aquel tema, y Keira prefería no presionarla. Si algún día se animaba a revelar su historia, podía contar con ella. Hasta entonces seguiría tratando a su amiga con tanta discreción como ella mostraba, a pesar de que le pareciese una auténtica lástima que una persona tan buena como Susan tuviese que llevar la vida de una vieja solterona con tan sólo treinta y cuatro años.

—¡Que paséis una buena noche! —les gritó a Susan y *Terry*.

—¡Gracias! ¡Igualmente de parte nuestra!

Estuvo a punto de preguntarle a Susan si le apetecía ir a cenar algo con ella, pero luego decidió que no. Quizá hoy podría cocinar algo saludable. Algo sin grasas. Seguro que Jordan se alegraría. Y no tendría nada por lo que quejarse.

Sí, era una buena idea. Así que hizo una pequeña excursión hasta el supermercado, compró los ingredientes para hacer una enorme ensalada fresca y unos filetes de pollo sin grasa. Los haría vuelta y vuelta con algo de aceite de oliva y unos granos de pimienta; como le gustaba a él.

Al llegar a casa, Keira se puso manos a la obra enseguida: lavó las hojas de lechuga, cortó los tomates en ocho trozos, sacó unas aceitunas del envase

y preparó la carne. Cuando ya tenía todo listo, miró el reloj. Faltaba un cuarto de hora para las ocho. Jordan se retrasaba, pero no tardaría en llegar y felicitarla. Puso la mesa, encendió unas velas y vertió el vino en las copas. Luego se sentó.

Una hora después, Jordan aún no había llegado a casa. Entretanto el pollo se había quedado frío. Marcó su número de móvil, pero saltó el contestador. Le escribió un mensaje, pero no obtuvo respuesta.

Después de esperar una hora más, se levantó de la mesa, se dirigió a la cocina y cogió el pudin de chocolate de la nevera. Se lo comió de pie, apoyada sobre el alféizar de la ventana. Por la calle pasaron un par de adolescentes, dos chicas, que reían a carcajadas despreocupadamente. Ella también había sido así una vez. ¿Dónde estaba la Keira de antes? Volvió a servirse una segunda ración de pudin y se la comió entera; apagó las velas y se fue a dormir. Dejó en la mesa la estúpida ensalada que no había llegado a probar.

Estuvo despierta mucho tiempo y, en algún momento, oyó que Jordan regresaba a casa entrada la noche. Ella fingió que dormía.

Aquella noche Keira tuvo un sueño sin sentido. Soñó que caía dentro de un enorme cuenco lleno de pudin de chocolate. Intentaba mantenerse a flote, pero se hundía una y otra vez. Entonces Jordan le tendía la mano y ella no lograba cogérsela. El hombre sin nombre también estaba allí: estaba sentado en el borde del cuenco junto a su maravillosa esposa, señalándola con el dedo y riéndose de ella. A las cuatro de la madrugada se despertó sintiendo que le faltaba el aire. Ya no podía dormir, así que se levantó, se fue a la cocina y se dispuso a preparar las frutas bañadas en chocolate para la tienda.

Puso en la mesa los ingredientes que necesitaba: higos, albaricoques, dátiles y aros de manzana deshidratados; fundió tres chocolates distintos y empezó a sumergir una a una la fruta deshidratada en aquel líquido celestial. De vez en cuando se llevaba algún aro de manzana a la boca o mojaba una cuchara en el chocolate con leche fundido. Cuando la cocina empezó a

parecer la fábrica de chocolate de Willy Wonka, sacó las frambuesas congeladas que le habían entregado hacía poco en la tienda; las mismas que había traído a casa consigo después del trabajo. Debía tratarlas con cuidado, ya que eran muy frágiles. Cogió con esmero una de la caja con las pinzas, la sumergió en el chocolate blanco y la dejó en una bandeja que había cubierto con papel para horno. Hizo lo mismo con el resto de la cajita y repitió el proceso cuando el chocolate se enfrió un poco.

¡Era una verdadera exquisitez! El miércoles, cuando se reuniesen después de cerrar la tienda, se llevaría algunas a la tetería. Seguro que a todas les entusiasmaría. Además, deseaba hablar con sus amigas sobre el Día de San Valentín. Debían empezar con la decoración tan pronto como fuera posible. Siempre lo hacían a principios de febrero. Keira echó un vistazo al calendario y comprobó asustada que el miércoles era el primer día del mes.

—Cielo santo... Este año nos estamos retrasando mucho —musitó para sus adentros. Rascó la cazuela con la cuchara en busca de algún resto de chocolate y se la llevó directamente a la boca.

—¿Qué estás haciendo? —De repente escuchó la voz de Jordan.

La habían pillado. Keira se giró y vio que estaba de pie junto al marco de la puerta, descalzo, sólo con el pantalón del pijama.

—Fruta con chocolate —se limitó a decir. Seguía enfadada por lo que había sucedido la noche anterior. Había mirado su móvil varias veces, claro, pero no había visto ni llamadas perdidas ni mensajes de Jordan.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —Aún podía verse la oscuridad afuera.

—Un rato.

—Tienes algo ahí, en la boca. —Señaló con el dedo.

¡Maldita sea! Se limpió la cara con un trapo y empezó a lavar las cazuelas.

—Siento lo de ayer —dijo él.

—Está bien —le contestó ella.

—No, lo digo en serio. No sabía que ibas a cocinar. Tuve un día estresado

y necesitaba hacer algo de ejercicio. Me encontré con unos viejos amigos en el gimnasio y sobre la marcha decidimos ir a comer algo.

—Yo también podía haber salido a cenar con Susan. Pero no lo hice. Y si lo hubiese hecho, como mínimo, te habría avisado. —Sintió que su voz sonaba llena de reproches.

—Ya he dicho que lo siento.

—Y yo he dicho que está bien.

—¿Qué quieres que haga, Keira? ¿Que me disculpe de rodillas delante de ti?

Respiró hondo y se volvió hacia él con las manos mojadas sobre las caderas, por lo que el delantal que cubría su chándal acabó completamente húmedo.

—Jordan...

—¿Qué? —La miró sin comprender.

—Nada. —Se alejó de él otra vez y fue a comprobar si las frutas ya se habían secado.

Con la oscuridad podía ver a Jordan en el reflejo de la ventana: cómo movía la cabeza y se iba. Al cabo de un rato oyó la ducha.

Keira se preparó una infusión, una relajante que Laurie le había dado hacía poco, y se sentó a la mesa de la cocina. Descubrió un par de aros de manzana que no había utilizado y los hizo desaparecer en su boca.

¡Jordan era un estúpido! ¡Pero tenía razón! Comía demasiados dulces, más que demasiado. ¡Aquello se tenía que acabar!

Sacó de un cajón la libreta en la que apuntaba la lista de la compra y empezó a hacer una lista. Mejor aún, un plan dietético.

Desayuno: Fruta (¡sin chocolate!)

Almuerzo: Ensalada

Cena: Ensalada

Seguro que le gustaría a Jordan. Miró la lista, arrancó la hoja de la libreta, hizo una bola con ella y la lanzó al cubo de la basura con una puntería

asombrosa. ¡Para que luego diga Jordan que una no hace deporte!

Cogió un dátil bañado en chocolate blanco y, tan pronto como al fin lo dejó libre Jordan, se encaminó hacia el baño pasando por delante de la mesa que continuaba puesta. La ensalada se había quedado marchita, las velas se habían consumido y una mosca se había acomodado en uno de los filetes de pollo. Se metió el dátil en la boca. La cosa no podía continuar así. ¡Aquello no era vida! Y lo peor de todo era que no creía ni una palabra de lo que decía Jordan.

¿Dónde había estado aquella noche en realidad?

Keira recogió los platos, pero cambió de idea y volvió a dejarlos donde estaban. Tenía curiosidad por saber quién de los dos sería capaz de soportar por más tiempo la imagen de la cena malograda a la luz de las velas, con las velas quemadas.

Fue a ducharse. Cuando salió del baño Jordan ya se había ido. Ni siquiera había mirado la mesa.

El miércoles por la tarde ya estaba Keira frente a la puerta de Laurie's Tea Corner con su caja de frambuesas bañadas en chocolate. Podía ver en el interior a tres de sus cuatro amigas, sentadas a una mesa blanca de metal con arabescos. Susan, Orchid y Ruby reían por algún motivo, luego Laurie se unió a ellas con una tetera y les sirvió el té. Era una imagen tan idílica, y transmitía tanta calidez (y no sólo por el frío extremo que hacía fuera) que Keira no pudo menos que sonreír.

Abrió la puerta y saludó a sus queridas amigas.

—Keira, has venido. Nos preguntábamos dónde estarías —dijo Laurie dándole un pequeño abrazo.

—Hola, chicas. Estaba acabando de empaquetar un par de dulces —replicó con gesto de disculpa. Le dio la caja a Laurie. Evitó mencionar que se había pasado un cuarto de hora mirándose, enfadada con Jordan aún.

—Oooh. ¿Qué es eso tan rico?

—Frambuesas bañadas en chocolate blanco.

—¡Deliciosas! —dijo Orchid mirando ansiosa la caja.

Llevaba el cabello largo y rubio recogido en una cola alta de caballo que le daba un aspecto fantástico. Además, aquella tarde se había pintado los labios de color rojo, lo que hacía destacar su hermosa boca. A Keira enseguida le vino a la mente Gwen Stefani.

—Espero que os gusten.

—Segurísimo que sí. Dámelas, iré a ponerlas en un plato. —Laurie desapareció con la caja en la trastienda mientras Keira se quitaba el abrigo y se sentaba junto a las demás.

—¿Qué es eso que estáis tomando y que huele tan bien? —Desprendía un aroma delicioso.

—Laurie ha hecho té de especias —le informó Susan.

Keira echó un vistazo en busca de *Terry*. Susan solía traerlo a la tienda; sin embargo, aquel día no estaba en su rincón preferido. Al parecer lo había dejado en casa.

—¿Te apetece a ti también? —preguntó Laurie, que acababa de dejar el plato encima de la mesa.

Un par de manos voraces saltaron sobre las frambuesas.

—Será un placer. —Keira sonrió a Laurie, que le sirvió una taza humeante llena hasta arriba de té con exquisito aroma a canela y clavo.

—Es bastante dulce —le hizo saber Laurie.

—¡Mmmm! —dijo Ruby—. Keira, estas frambuesas están increíbles.

Ruby tenía veinticuatro años. Era la más joven de todas, si bien probablemente había vivido más experiencias que el resto. Su madre había fallecido de manera repentina hacía dos años y medio. Ella había abandonado los estudios que cursaba en Londres y había regresado a casa para ocuparse de la tienda de antigüedades y cuidar a su padre, quien, por decirlo de un modo suave, se hallaba bastante confundido. Ambos vivían en el mismo piso y Ruby siempre estaba con él, en su tienda o en el mercado de segunda mano. Parecía no tener una vida propia. Cualquiera podía comparecerse de ella. Lo que más le dolía a Keira era que hubiese perdido a su madre tan joven. Se acordaba muy bien de Meryl. Era la persona más generosa que había conocido jamás. El día en que supieron de su muerte había sido muy triste. Era una gran pérdida para Valerie Lane.

—Puedes comerte otro si quieres, Ruby. —Le acercó un poco el plato.

—¡Son una pasada! —soltó Orchid.

De todas ellas, era la que siempre decía alto y claro lo que pensaba. En ocasiones era demasiado abierta y acababa por herir a alguien, pero no lo hacía con mala intención. Además, con ese carácter jovial y despreocupado,

era imposible enfadarse de verdad con ella. A veces Keira tenía la sensación de que Orchid había cumplido dieciséis años en lugar de veintiséis. Era alegre por naturaleza y parecía no entender de problemas ni preocupaciones; como si en realidad no hubiese alcanzado la edad adulta.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Susan. Vestía como de costumbre un simple vaquero y un jersey, e iba sin maquillar. Miró al resto expectante.

Por supuesto fue Orchid quien habló primero:

—Phoebe tuvo contracciones. Pensábamos que había llegado la hora. Lance la llevó al hospital y todo, pero sólo era una falsa alarma.

Phoebe era la hermana de Orchid, tenía dos años más que ella, y Lance era su maravilloso marido; a Keira le recordaba, como mínimo, a Denzel Washington de joven. Se habían casado el verano anterior y todos estaban ansiosos por darle la bienvenida al mundo al recién nacido.

—Hace poco vino a la tienda para comprar bombones —explicó Keira—. Parecía que estaba a punto de estallar. ¿Estáis seguros de que no serán gemelos? ¿O trillizos?

—Bastante seguros, sí.

—*Terry* ha vuelto a dejar preñada a otra perra —dijo Susan, ya que hablaban del tema.

—¿En serio? —Ruby, que llevaba un anticuado traje de chaqueta y pantalón de color verde oscuro, abrió los ojos como platos—. Pensaba que ibas a castrarlo.

—No tuve el valor de hacerlo. Pero esto no puede continuar así.

—¿Por eso lo has dejado en casa? —preguntó Laurie—. ¿Para castigarlo?

—Más o menos. Casi no me atrevo a sacarlo.

—Pero no puede pasar nada si estás con él, ¿no?

—¡Eso es lo que pensáis vosotras! Detecta a las perras en celo en cada esquina, y como me descuide un minuto, se escapa a hurtadillas y las corteja. Orchid rio.

—Menudo pillín está hecho. —Básicamente éstas habrían sido las

palabras que la señora Witherspoon habría escogido para describir la situación, si hubiese venido a verlas aquella tarde. Todas esperaban que entrase por sorpresa en algún momento, porque con ella se divertían el doble.

—Hoy es 1 de febrero. —Keira desvió el hilo de la conversación para introducir un tema importante.

—Sí, ¿y qué?

—¡Pues que es 1 de febrero! Dentro de dos semanas será San Valentín y nos estamos retrasando mucho con la decoración de este año.

—Vaya, no lo había pensado —dijo Laurie mirando a su alrededor. Por ahora no se veía ni un ápice de San Valentín en la Tea Corner.

—Bueno, yo ya he decorado la tienda —les informó Orchid—. ¿No habéis visto los corazones que he puesto en el escaparate?

—Tú siempre tienes corazones colgando por todas partes —negó Laurie con la mano.

—La mitad de tu tienda tiene algo que ver con los corazones. Es una tienda de artículos de regalo.

—¡Ja, ja, ja! Pero Keira tiene razón. Deberíamos pensar en hacer algo en Valerie Lane lo antes posible. ¿Cómo vamos a decorar la calle esta vez?

El año anterior habían colgado un gran número de siluetas de Cupido y rosas rojas artificiales, pero la lluvia las había destruido en parte. Tuvieron que tirarlo todo en cuanto terminó San Valentín.

—Yo voto por las luces —dijo Keira. En su opinión, el pasado año todo había quedado un poco cursi—. Unas guirnaldas de luces con forma de corazón o algo similar. Todavía oscurece pronto, quedarían genial.

—¿Y dónde las conseguimos? —preguntó Susan.

—Puedo echar un vistazo a los catálogos de mis proveedores —se ofreció Orchid.

—Las necesitamos pronto —le recordó Laurie.

Ruby se limitó a encogerse de hombros. No era muy habladora. Era una persona reservada y a menudo suponía el remanso de tranquilidad que

necesitaban todas.

—Hace poco vi unas en Mitchell's —reveló Keira, aun sabiendo que iba a llevarse una buena reprimenda por decirlo.

Orchid no tardó en mirarla escandalizada.

—¿En Mitchell's?

—¿Qué se te ha perdido en Mitchell's? —preguntó Laurie igual de sorprendida.

Era uno de los grandes almacenes más importantes que había en Cornmarket Street, y uno de sus mayores competidores.

—Fui a comprar un regalo para mi madre —dijo Keira; eso empeoró las cosas.

—¿Un regalo? —preguntó Orchid indignada—. ¿En Mitchell's?

Ruby negó con la cabeza incapaz de comprender nada.

—¿Y no le podías haber comprado el regalo en Valerie Lane? —preguntó Susan con tono de reproche—. ¿No se te pasó por la cabeza comprarle, por ejemplo, té, unas velas o alguna antigüedad bonita? ¿O bien lana para tejer?

—Mi madre no sabe tejer, lo siento. Bueno, no me miréis así. Quería que le regalasen un hidromasaje de pies con spa y, que yo sepa, ninguna de vosotras los vendéis.

—¡Ah! Entonces estás perdonada. —Susan la miró como si hubiese estado a punto de condenarla a muerte. Había vuelto a salvar los muebles.

—Como iba diciendo —retomó Keira—, en Mitchell's tienen guirnaldas de luces con forma de corazón. Pero no sé si también se pueden usar en el exterior.

—Mañana a primera hora me pasaré por allí para comprobarlo —les dijo Orchid.

—Perfecto. ¿Estáis todas de acuerdo con las guirnaldas de luces? —preguntó Laurie.

Todas asintieron. Genial. Ya podían seguir con el siguiente tema. A decir verdad, Keira no tenía muchas ganas de continuar hablando de San Valentín

ni del día de los enamorados.

—¿Qué vais a hacer en San Valentín? ¿Ya tenéis planes? —preguntó Susan sin embargo.

A pesar de que había dejado de interesarse por los hombres, le volvían loca las historias de amor. Le encantaban las bodas, los compromisos matrimoniales, los acontecimientos románticos, las novelas rosas y las telenovelas que dan constantemente por la televisión. Susan no se había perdido un solo capítulo de ninguna de ellas. Y eso que eran series de varios miles de episodios.

—Patrick quiere invitarme a ir a ese restaurante nuevo y elegante que han abierto en Londres. Luego iremos a dar un paseo nocturno por el Támesis — les explicó Orchid.

—Suenan superromántico —dijo Laurie con entusiasmo.

—Sí —le dio la razón Ruby con un ligero suspiro. Ella estaba soltera, claro. Toda su atención se la prestaba a su padre. ¿Cómo iba a lograr fijarse en otro hombre?

—¡Qué bien! —soltó Susan—. ¿Y vosotras? ¿Laurie?

—No lo sé. Me refiero a que estoy muy segura de que Barry está organizando algo para el primer San Valentín que pasamos juntos, pero no tengo ni idea de lo que puede ser. Diría que Keira sabe del asunto más que yo.

—¡Anda! Ya empiezas a alucinar como siempre. Yo no sé absolutamente nada.

—Sí, claro...

Keira esbozó una sonrisa. Aun así no iba a salir ni una palabra de ella. ¡Prometido!

—¿Y tú? ¿Qué vais a hacer? —le preguntó Orchid a Keira.

Vaya. ¿Que qué vamos a hacer? ¡Si ella misma lo supiese! Lo único que sabía era que Jordan y ella no habían vuelto a hablarse desde aquella discusión, y que esa mañana la maldita ensalada seguía en la mesa del

comedor. Entretanto se había convertido en una especie de puré. La carne de pollo continuaba en el plato del mismo modo; con los extremos resecos, y empezaba a oler mal. Y ninguno de los dos quería darse por vencido, llevárselo todo a la cocina de una vez y tirarlo a la basura. Keira era consciente de que se estaban comportando como niños, pero le daba igual. Por una vez deseaba mostrarle a Jordan que podía ser fuerte, que él se equivocaba, y que no toleraba su comportamiento por más tiempo.

—No creo que hagamos nada en especial. Quizá ir al cine o algo parecido.

—Es que lleváis mucho tiempo juntos. San Valentín ya no debe de ser el día más destacado del año, ¿verdad?

—No, en realidad no. —Lo más destacable habría sido que por fin Jordan le regalase flores. Pero ya podía esperar sentada.

—Yo ya sé quién ha preparado algo muy especial para San Valentín —dijo Laurie. Keira le agradeció en el alma que cambiase de tema.

—¿Ah, sí? ¿Quién? —quiso saber Susan con curiosidad mientras enrollaba en el dedo un mechón de su cabello negro.

—¡Agarraos bien! ¡La señora Witherspoon! Ha conocido a alguien.

—¿Cómo? ¿La señora Witherspoon? —Todas mostraron su asombro.

—Eso mismo. Esta tarde nos lo ha contado en un momento a Keira y a mí. Se llama Humphrey y es un mozuelo, según sus propias palabras.

—¿Un mozuelo? —Orchid soltó una carcajada—. ¿Qué significa eso exactamente? ¿Tiene veintidós años, o qué?

—Setenta y nueve, y es un piloto jubilado. Os lo podéis imaginar.

—¡Muy bien! ¡La señora Witherspoon se merecía algo así! —dijo Orchard dando palmas.

—Me alegro por ella. —Ruby tenía el rostro resplandeciente.

—Todas nos alegramos. A lo mejor lo trae algún día —contó Keira—. Estaría bien, así todas podríamos conocerlo.

En ese instante sonó la campanilla de la puerta y entraron dos hombres mayores. Todas les saludaron y Laurie se levantó enseguida para prepararles

dos buenas tazas de té caliente. Los invitó a sentarse, pero ellos rechazaron agradecidos el ofrecimiento.

—Esta tarde tenemos muchas cosas que hacer. Le he prometido a mi amigo que voy a buscarle una mujer —informó Herman, a quien conocían de pasar por allí de tanto en tanto.

—Oh. Entonces... Le deseamos que tenga mucho éxito con la búsqueda —contestó Laurie con una sonrisa.

Keira observó que el amigo de Herman las miraba.

—Me temo que nosotras ya estamos comprometidas —les dijo Orchid a los hombres mientras reía.

Laurie negó con la cabeza y sonrió.

—¿Cómo está Julie? —le preguntó a Herman por su esposa.

—Ha descubierto el ganchillo. Se pasa el tiempo tejiendo... Nunca en mi vida había tenido tantos gorros.

Su amigo le dio un empujón, al parecer tenía prisa por que le encontrasen pareja.

—Pues gracias por el té —dijo Herman levantando la taza. Laurie le pidió que saludase a Julie de su parte.

Una vez se fueron los dos hombres, Laurie volvió a sentarse con sus amigas.

—Ja, ja. Julie teje gorros sin parar —dijo.

—Ya lo sé. Viene a mi tienda sin falta tres veces por semana para comprar más lana —explicó Susan.

—Pero volvamos al tema de la señora Witherspoon... —insistió Orchid.

—Hace poco estuvo en mi tienda —dijo Ruby a las demás, preocupada—. Quiere vender sus cucharas.

Laurie asintió.

—Eso nos lo contó también. Necesita un frigorífico nuevo, el suyo se le ha estropeado.

—Pobrecilla. ¿Sabéis de alguien a quien pueda sobrarle una nevera vieja?

—reflexionó Susan.

—Yo ya he preguntado por ahí. Por desgracia, no he encontrado a nadie. Pero podríamos ayudarla nosotras, ¿qué os parece?

—¿Qué nevera necesita? ¿Cuánto costaría?

—Yo creo que bastaría con una muy sencilla; una que tuviese un pequeño congelador. Las venden por doscientas cincuenta libras. Si cada una de nosotras pone cincuenta libras...

—Lo siento, chicas —dijo Orchid—. Ahora mismo ando bastante justa de dinero. Estoy organizando la fiesta del bebé de Phoebe. Además, también queremos comprar la decoración de San Valentín...

—Debo admitir que yo tampoco puedo poner demasiado dinero —se lamentó Ruby.

—Vaya. Lo comprendo, claro que sí. Ya se nos ocurrirá alguna otra cosa.

Empezaron a darle vueltas al tema. Enseguida Ruby tuvo una idea que podía salvarlas.

—Una vez Valerie vivió una situación igual de compleja. Deseaba ayudar al bueno del señor Olsen que necesitaba una nueva prótesis para su pierna. Puso una hucha para donativos en su tienda y en todas las que había en los alrededores.

A Laurie le gustó la idea.

—¡Podríamos hacerlo también! Las próximas dos semanas nuestras tiendas estarán a rebosar de gente. Pondremos una hucha para donativos al lado de la caja, con un letrero que diga: «Una nevera nueva para la señora Witherspoon».

—Seguro que la gente pondrá dinero —supuso Keira—. Primero, porque es San Valentín y, segundo, porque toda la ciudad conoce a la señora Witherspoon y la aprecian casi tanto como a la bondadosa Valerie.

Orchid se alegró.

—¡Bieeen! ¡Tenemos una nueva misión! ¡Una nevera para la señora Witherspoon!

—¡Una nevera para la señora Witherspoon! —proclamaron todas.

Una hora después regresaban a sus casas, aún llenas de euforia.

Gary estaba sentado en la esquina y, al pasar, Keira le dio un paquete de galletas de naranja recién caducadas. Al llegar a casa, ¡sorpresa!, vio que la mesa estaba limpia y preparada para la cena. Jordan la esperaba sentado a ella, con una botella de vino blanco y comida china. Estuvo a punto de llorar de alegría: un pequeño gesto como ése valía más que mil palabras.

A lo mejor no tenía por qué perder toda la esperanza. A lo mejor Jordan la amaba más de lo que ella creía. Quizá podrían comenzar de nuevo, y todo sería como ella había soñado siempre. En todo caso, la comida china ya suponía un buen comienzo.

—¡Un poco más hacia la izquierda! —le gritó Laurie a Orchid, que se había subido a la escalera para colgar la guirnalda de luces en la fachada de las casas.

Esa misma mañana había comprado un montón de ellas en Mitchell's. Había cientos de corazones rojos de plástico, más o menos del tamaño de una mano, y no parecían baratos; justo lo contrario. Las cinco amigas habían decidido que la decoración de aquel año debía superar las expectativas de cualquier año anterior.

Las fachadas de las otras tiendas ya tenían colgadas sus guirnaldas, que iluminaban Valerie Lane con una agradable luz rojiza y cálida. Una vez hubiesen terminado con la tienda de Orchid, sólo les quedaría por adornar las antiguas farolas de la calle.

Keira también encontraba la decoración de ese año de lo más elegante, y sobre todo increíblemente romántica. Ella misma volvía a sentirse un poco más romántica desde la noche anterior. Jordan no sólo había comprado su comida preferida en el restaurante chino, sino que se había ahorrado cualquier insinuación absurda durante la cena. Se habían limitado a disfrutar de la comida. El vino había hecho el resto y, al final, habían acabado en el dormitorio donde Jordan se había vuelto a disculpar en condiciones por su estúpido comportamiento.

Keira aún no estaba cien por cien segura de creerle cuando dijo que el lunes por la noche estuvo cenando con unos amigos del gimnasio. No podía librarse de una sensación extraña. Aun así, todo lo achacaba al mal sabor de boca que le había dejado aquella pelea. Quería pensar de manera positiva;

creer en un futuro en común. Amaba a Jordan y él se estaba esforzando de verdad. Sabía que nunca le haría daño, no de ese modo. A menudo había hecho comentarios reprobando a quienes engañaban a sus parejas. Él no haría algo así, en absoluto.

—¡Ahora están torcidos los dos! —gritó Keira.

Se encontraba a un par de metros de ellas dando instrucciones con su vista de águila. Susan aguantaba la escalera mientras Ruby sacaba otra guirnalda de luces de la caja.

—¿Dónde está torcido exactamente? —preguntó Laurie, que estaba junto a la escalera sosteniendo el extremo de la guirnalda que Orchid intentaba colgar.

—Tenéis que levantarla un poco por la parte derecha. Donde está el letrero de la tienda de Orchid. ¿No lo veis?

—No podré sostenerla por más tiempo —se quejó Orchid estirando el cuerpo—. Ya no siento los brazos.

—Así está bien. ¡Grápala ya!

Orchid hizo lo que le decían y movió los brazos, lo que hizo que la escalera empezara a tambalearse de un lado a otro.

—¡Eh! ¡Ten cuidado! —gritó Susan.

Keira dirigió la vista hacia Ruby. Se hallaba allí, de pie, con un elegante gorro de color gris que cubría su peinado *bob*. Miraba hacia abajo, en dirección a Gary. Él estaba sentado en la esquina de la calle, justo delante de su tienda, envuelto en una cálida manta. Keira sabía que Susan y Laurie le había ofrecido ayuda muchas veces, pero él se negaba a que le dieran las señas de ningún albergue de acogida y tampoco aceptaba limosna. Lo máximo que conseguían era que aceptara alguna vez una taza de té de Laurie o algún gorro que Susan no había tejido bien. O, por ejemplo, los dulces que habían caducado en Keira's Chocolates. De cuando en cuando le llevaba las galletas que estaban rotas; a veces, ella misma las hacía trocitos para poder llevárselas.

Keira opinaba que Ruby y Gary hacían una pareja encantadora. Sin embargo, los dos tenían que lidiar con tantas preocupaciones, que parecía imposible que algo así pudiese ir a más. Era una lástima, pensaba.

—¡Uy! ¿Quién es ése? —oyó de pronto que decía Susan mientras Ruby le alcanzaba a Orchid otra guirnalda de luces.

Todas miraron a su alrededor. Un hombre caminaba por Valerie Lane. Lo hacía junto al señor Spacey... ¡que estaba señalando en dirección a la tienda que se encontraba vacía! ¿Qué significaba eso? ¿Estaría aquel hombre interesado en ella? ¿Querría visitar el local? Pero ¿por qué lo hacía después de que cerraran las tiendas, con todo a oscuras? ¿No era mucho más práctico hacerlo a la luz del día?

—¡Buenas noches, señor Spacey! —le gritó Orchid al administrador desde donde le estaba observando.

—¡Buenas noches, señorita Hurley! Veo que están ayudando a que Valerie Lane brille de un modo distinto. Está quedando muy bonito. —El hombre, de unos sesenta años, seguía con el sombrero puesto y parecía más que encantado—. ¿No opina usted lo mismo, señor Marks?

—Bonitos corazones —respondió su acompañante.

El señor Marks era una alegría para la vista. Era de altura media, tenía el cabello rubio oscuro y llevaba una chaqueta plumífero gruesa con la que apenas se le veía bien del todo. Pero su sonrisa... ¡Madre mía! Una sonrisa como aquélla era capaz de derretir cualquier iceberg. O cualquier bombón, pensó Keira. Se preguntó quién sería y qué habría ido a hacer allí.

—Vamos, señor Marks, le mostraré la tienda.

El señor Spacey abrió la tienda de al lado e invitó a que pasara su acompañante. Las cinco jóvenes observaron emocionadas lo que sucedió a continuación. Los hombres encendieron la luz, comprobaron las habitaciones y, al cabo de un cuarto de hora escaso, salieron de nuevo bastante satisfechos.

—¿Cuándo podría instalarme? —preguntó el señor Marks.

—Ahora mismo. Lleva mucho tiempo vacía ya.

—¿Puedo preguntarle por qué? —Eché un vistazo a su alrededor—. No parece que venga demasiada clientela por aquí, ¿no?

—Oh, no, no. Yo no diría eso —le contradijo el señor Spacey rápidamente.

—Nuestra calle siempre está llena de gente —le informó Orchid al hombre desde arriba.

Estaba colgando una guirnalda de luces alrededor de una de las farolas de la calle que se hallaba entre su tienda de regalos y la tienda que estaba vacía. Todas podían continuar con lo que hacían mientras observaban la situación.

—Es posible que no haya tanta gente como en Cornmarket Street, pero tenemos nuestra clientela de siempre. Y no es poca, para nada.

El señor Marks inclinó la cabeza hacia atrás y miró a Orchid.

—¿Ah, sí?

—Sí, créame.

Keira se dio cuenta enseguida de lo raro que se comportaba Orchid. Era como si se sintiese atraída por el señor Marks más de la cuenta, y por eso lo ahuyentaba.

—Pero quizá no le guste Valerie Lane. Piense que aquí todas las propietarias de las tiendas somos mujeres.

—Oh... Eso es lo que menos me importaría.

—¿Qué negocio tiene previsto abrir? —se inmiscuyó ahora Susan.

—Una floristería.

—¡Oooh! ¡Sería fantástico! —se alegró Laurie—. Hace mucho que creo que eso es justo lo que falta en Valerie Lane.

—Bueno, en cualquier supermercado se venden flores —dijo Orchid nerviosa.

El señor Marks sonrió con aire burlón. Keira calculó que tendría unos treinta y pocos años, quizá no hubiese cumplido los treinta aún. Además, estaba segura al noventa por ciento de que era gay, a pesar de que Orchid probablemente pensara lo contrario. ¿Qué hombre que no lo fuera querría

abrir una floristería? Y encima, era demasiado apuesto: seguro que había truco.

—¿Le parece que tomemos un café y así hablamos de un par detalles? —le preguntó el señor Spacey.

—Claro. Adiós, chicas. Quizá nos veamos pronto. —Las saludó con la mano y luego se fue calle abajo con el administrador hasta doblar la esquina de Cornmarket Street.

Orchid se bajó de la escalera.

—¡Menudo presuntuoso! —soltó con aire despectivo.

—A mí me ha parecido muy amable —les dijo Susan.

—No sé qué te pasa —añadió Laurie—. Sería perfecto tener una floristería. Además, le aportaría un valor añadido a Valerie Lane. Todas saldríamos ganando.

—No quiero aquí a ningún hombre con nosotras. —Orchid se cruzó brazos y Keira pensó que era como una niña que se niega a cepillarse los dientes antes de irse a dormir.

—Yo también hubiese preferido que fuera una mujer. Pero parece un tipo muy agradable, y creo que podría encajar bien aquí.

—Yo no pienso igual.

—Bueno, habrá que esperar. Todavía no es seguro que vaya a quedarse con la tienda —dijo Keira intentando calmar la situación.

—Espero que se vaya por donde ha venido. —No era difícil saber de quién provenía un comentario como aquél.

La única que no se había pronunciado entre tanta excitación era Ruby. Continuaba mirando a Gary como si no se hubiese dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—¿Hemos acabado? —preguntó Keira. Eran más de las siete, y los jueves seguía visitando a su madre como de costumbre.

—Creo que sí. ¿Cómo lo veis? —preguntó Orchid.

Todas retrocedieron un paso.

—Ha quedado precioso —dijo Ruby.

—Yo también lo pienso —coincidió Laurie—. Es casi imposible que quede más bonito.

—Nos ha quedado realmente bien. Si con esto no logramos que la gente se vuelva romántica, entonces no sé cómo —dijo Susan.

Keira tuvo que darle la razón. Habían hecho un fantástico trabajo. Valerie Lane iba a iluminarse con cientos de corazones rojos. San Valentín podía dar comienzo.

Se abrazaron las unas a las otras con gran alegría y se fueron... a casa, con su madre, con su padre, con su novio o con su perro. Keira observó a Gary por última vez y vio que éste se había quedado mirando las guirnaldas. Tan sólo las miraba y, mientras lo hacía, parecía ponerse infinitamente triste.

—¡Soy yo, mamá! —dijo Keira a través del telefonillo, y enseguida escuchó una voz.

Abrió la puerta pesada de la entrada y subió las escaleras hasta el segundo piso. Su madre, una mujer regordeta con el cabello gris recogido en un moño, estaba junto a la puerta de la sala de estar, y la saludó feliz.

—Por fin estás aquí, hija mía. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. Perdona que se haya hecho tan tarde. Hemos necesitado más tiempo de lo que pensábamos para poner las luces, y luego ha venido el señor Marks a Valerie Lane. Enseguida te lo cuento con todo detalle. Deja primero que entre en casa.

—Sí, claro. Ven, así entrarás en calor. Hace mucho frío.

—Y que lo digas. —Keira se quitó el abrigo y se deshizo de la bufanda, el gorro y las manoplas que le había regalado Susan por Navidad. Lo dejó todo encima de la cómoda del pasillo, la misma que estaba allí cuando era pequeña, y soltó su aliento en las manos, que se le habían congelado a pesar de los guantes—. ¿Y tú cómo estás, mamá?

—Estoy bien, como siempre, y aún mejor cuando vienes a verme. ¿Tienes hambre?

—Estoy intentando no comer demasiado. ¿Estabas esperándome para cenar? —Miró el reloj, ya eran las ocho.

—He hecho un gratinado. Lo he dejado en el horno para que no se enfríe.

—¿Un gratinado?

Debía admitir que tenía muchísima hambre. Al mediodía tan sólo se había comido un *bagel* de trigo integral con pechuga de pavo baja en grasas y unas rodajas de pepinillos. Se había propuesto perder unos kilos. Por Jordan. Ambos saldrían ganando si él volvía a verla más atractiva.

—Con patata y coliflor. Y con mucho queso gratinado —dijo su madre haciéndole la boca agua.

—Ay, mamá... ¡Qué fastidio! Bueno, pero sólo un poquito.

—Como quieras.

Vio que su madre se acercaba al horno y sacaba de él una enorme fuente. No pudo evitar sonreír. Mary Jane Buckley había vuelto a cocinar para todo un regimiento. A Keira le sobrevino una agradable sensación. Tenía una relación muy especial con su madre desde hacía años. Era la persona más cercana y en quien más confiaba: su amiga y su mayor apoyo. Siempre acudía a ella cuando tenía problemas con Jordan. Podía desahogarse con ella, podía ser ella misma, tal y como era. Sin que la juzgaran, sin que la desaprobaran ni fuesen condescendientes con ella. Quería a su madre más que nada en el mundo.

Seguramente mantenían una relación tan estrecha porque Mary había criado a su hija sola, después de que el padre de Keira las abandonase. Tenía tres años cuando le sucedió la típica historia de «Fue a comprar cigarrillos y nunca más volvió». Sólo que, en su caso, su padre se había ido de viaje de negocios a Birmingham y ya no regresó... porque se había enamorado allí; porque pensaba que una mujer a la que conocía desde hacía apenas cuarenta y ocho horas era más importante que su mujer y su hija pequeña.

En los años siguientes tan sólo supieron de él de forma esporádica. Llamó a Keira por teléfono un par de veces para felicitarla por su cumpleaños. Sin embargo, nunca llegó a disculparse. No volvieron a verse hasta al cabo de doce años. Por aquel entonces, ella había cumplido los quince y estaba inmersa en una terrible fase de la adolescencia: todo le daba igual. Aunque hubiese ido a verla con todas las disculpas del mundo, no habría servido de nada. Aquel hombre le resultaba indiferente, lo que provocó que no se dirigiesen la palabra y decidieran que no tenía sentido seguir viéndose.

Desde entonces sólo lo había visto dos veces. Una, en el entierro de Elly, su abuela paterna, cuando ella tenía veintidós años; otra, en un encuentro fortuito en la estación de tren. Él la vio y la saludó de lejos. Eso fue todo. Ni siquiera se le acercó; y ella tampoco lo hizo.

No había mucho más que contar acerca de Vince Buckley, su padre. Mucho tiempo después, cuando Keira ya era mayor, su madre le contó que Vince le había pedido el divorcio hacía más de una década y se había casado de nuevo. Nunca llegó a conocer a su madrastra ni supo si tendría hermanos.

Keira se quedó mirando fijamente el plato grande con la inmensa ración de gratinado de patata y coliflor que le había servido su madre, y no pudo contener la risa.

—Mmm, esto no es un poquito.

—Cómete lo que quieras y deja el resto —le contestó su madre aun sabiendo que Keira no iba a hacerlo. Siempre se acababa el plato, aunque sólo fuera por no sentirse culpable por los muchos niños de África que no tienen nada que comer y que seguro que se alegrarían de poder probar un poco de coliflor. Tirar la comida no entraba en sus planes.

De repente se acordó de que en San Valentín siempre recogía dinero para los niños de África. Vaya, más donativos. Confiaba en que la gente fuese igual de generosa aquel año.

—Tiene muy buena pinta, mamá —dijo mientras se llevaba a la boca un tenedor colmado de comida. Sabía tan bien como parecía y, encima, no tenía

que pensar en las muchas calorías que llevaba.

—¿Cómo está Jordan? —preguntó Mary en ese momento como si le hubiese leído el pensamiento a su hija.

—Bien. Me envía saludos para ti.

—Ah. Salúdale de mi parte también. —Su madre no era tonta. Sabía que Jordan no era de los que enviaban nada—. Podrías volver a traerlo algún día. Hace muchísimo que no le veo.

—Ya lo sé. Le preguntaré si quiere venir la próxima vez.

No era necesario preguntarle. Ya sabía su respuesta. No iría a ver a su madre del mismo modo que tampoco iría ninguna tarde a Laurie's Tea Corner.

—Sí, hazlo.

—Anda muy liado, ya lo sabes.

—Ajá. Keira, hace mucho tiempo que no lo veo, de verdad. A lo mejor pesa ciento treinta y seis kilos ya o se ha dejado barba, y yo ni me he enterado.

—No ha engordado ni se ha dejado barba, mamá. Es sólo que... tiene mucho trabajo.

—Porque los dentistas trabajan hasta las tantas de la noche.

Ella suspiró.

—¿Qué intentas decirme, mamá?

—Sólo quiero saber si está siendo bueno contigo; si se porta bien con mi única hija. Estoy preocupada.

—No tienes por qué.

—Te has quejado de él muchas veces.

—Pero ahora las cosas van bastante bien, en serio.

—¿En serio?

Keira asintió.

—Entonces tendré que creerte. —Su madre se llevó a la boca dos rodajas de patata, las masticó y dijo—: ¿Y me puedes decir por qué estás haciendo

dieta de nuevo?

—Porque he engordado demasiado.

—¿Eso quién lo dice?

No articuló ni una palabra, ni verdades ni mentiras. Se quedó sin decir nada y siguió comiendo.

—Lo sabía. Definitivamente nada va bien, ¿me equivoco?

—Tuvimos una discusión, pero ya nos hemos reconciliado.

—¿Seguro?

—Seguro. —No quería seguir hablando de Jordan—. ¿No tendrás por casualidad algo que pueda usar como hucha para poner donativos? —preguntó mientras recordaba que había gente con una vida mucho peor que la suya.

—¿Una hucha para donativos? Puedes echar un vistazo luego en el trastero.

Así era como su madre llamaba a la habitación que una vez había pertenecido a Keira. La misma en la que Mary acumulaba todo aquello de lo que no quería deshacerse, y no era poco en absoluto.

La madre de Keira era profesora de piano. Le encantaba su trabajo más que nada. Keira podía ver el piano de la sala de estar con sólo asomarse un poco desde la cocina. Los estudiantes solían venir a su casa. Siempre había sido así y, si no, Mary daba las clases en casa de sus alumnos. Keira también había comenzado pronto con las clases de piano. Hubiese sido una ofensa no querer aprender a tocarlo. De todos modos, a ella nunca le había entusiasmado tanto tocar como a su madre. Además, no tenía ningún piano en su piso. Hacía años que no tocaba.

—Gracias. Necesito dos ya mismo. Una es para la acción de donativos para África que organizo anualmente durante San Valentín, y la otra es para comprar una nevera nueva.

—¿Una nevera nueva? ¿Se te ha estropeado la tuya?

—No es para mí, es para la señora Witherspoon. Ya la conoces, ¿verdad?

—Claro. Es una viejecita encantadora.

—Eso pensamos todas, y por eso nos gustaría ayudarla.

—Puede considerarse una mujer afortunada. Habéis hecho mucho por ella...

Mary había tocado el piano para la señora Witherspoon el día de su último cumpleaños. Las cinco amigas la habían llevado a un restaurante que había a las afueras de la ciudad para que pudiese probar su plato preferido: el *stargazy pie*, una tarta de la que sobresalen cabezas de pescado. Sí, lo habían hecho sólo por la señora Witherspoon y, desde entonces, Keira había sido incapaz de comer cualquier tipo de pescado al que no le hubiesen quitado antes la cabeza.

—Ella también hace mucho por nosotras. Cuenta las mejores historias acerca de la bondadosa Valerie.

—Quizá yo también debería ir algún día a una de vuestras tertulias de los miércoles. —Había llovido mucho desde la última vez que lo hizo.

—Siempre serás bienvenida.

—¿Te apetece tomar el postre?

Keira contuvo la respiración; estaba a punto de estallar.

—Oh, Dios. ¿Es que pretendes cebarme para que no pueda moverme y tenga que dormir aquí?

—No me importaría algo de compañía.

De repente tuvo la impresión de que su madre estaba muy triste.

—¿Te sientes sola, mamá?

—A veces sí. Un poco.

—Puedo quedarme a dormir aquí, si tú quieres.

—Vamos, qué estupidez. Ya estoy acostumbrada a estar sola. Me basta con que vengas a verme para mi cumpleaños.

—Cuenta con ello. Ya le he dicho a Kimberly que el domingo tendrá que arreglárselas sola en la tienda. Es tu día y de nadie más. —Kimberly la

ayudaba los fines de semana en la chocolatería. Era una estudiante de diecisiete años que se alegraba de poder ver un extra en su paga semanal.

—¿Lo dices en serio? No tenías que haberlo hecho.

—Por supuesto que sí. Te mereces eso y mucho más. —Cogió la mano de su madre entre las suyas por encima de la mesa—. Sólo se cumplen los sesenta una vez.

—¡No es verdad! Tengo menos de veinte.

Keira se rio.

—Y sigues estando igual de guapa que siempre. Lo sabes, ¿no? Puede que este año te regale un hombre para tu cumpleaños. —No pudo evitar pensar en el «mozuelo» de la señora Witherspoon.

—Pero que sea uno que me deje comer lo que quiero y cuanto quiera. —Mary se mordió la lengua—. Perdóname.

—No pasa nada. —Keira hizo un gesto negativo con la mano. Tenía razón. Y mucha, además.

—Vamos, a ver si encontramos alguna hucha para tus donativos. Me temo que no puedo comprar una nevera, pero seguro que tengo algo de dinero en el monedero.

Dejaron los platos encima de la mesa y se dirigieron al trastero donde Keira enseguida encontró lo que buscaba. Mary conservaba docenas de viejos botes de mermelada.

—Oh... Mira, mamá. Te lo hice una vez para San Valentín —exclamó Keira sorprendida al ver un dibujo que había hecho pegando pasta seca pintada de colores cuando tenía nueve años, si no recordaba mal.

—Lo sé. Miro tus viejas cosas muy a menudo. —Mary sonrió con cariño.

—¿Has guardado todo esto? —Examinó una caja repleta de todo tipo de trabajos manuales.

—Claro que sí. ¿Qué te crees? Todas las madres lo hacen. Si algún día tienes hijos, lo entenderás.

Sí, si algún día...

Mary se dio cuenta de que Keira se ponía melancólica enseguida y salió al pasillo en busca de su monedero. Sacudió su contenido encima de la mesa.

—Toma. Puedes quedártelo todo: es para tu hucha de donativos. Espero que ayude un poco.

—Gracias, mamá. Eres la mejor —dijo Keira, y le dio un beso en la mejilla.

6

Keira llamó al timbre de Susan y esperó. Aprovechó para respirar el aire fresco de la mañana. Eran casi las ocho y media del viernes y Valerie Lane seguía desierta. Pero a pesar del frío, el sol había salido con la promesa de un hermoso día.

Susan abrió la ventana en lo alto.

—¡Buenos días, Keira! —gritó hacia abajo.

—¡Buenos días! Hace un día espléndido, ¿verdad?

—Sí. Por fin nos honra el sol con su presencia otra vez. Espera, enseguida bajamos.

La ventana se cerró y, al poco tiempo, Keira escuchó que *Terry* bajaba las escaleras corriendo y arañaba la puerta desde dentro.

—Está bien, pequeñín. No seas tan impaciente. —Susan dejó salir a *Terry*, que corrió directamente hasta una de las farolas de la calle.

—¡No, *Terry*, no! El señor Spacey se enfadará con nosotros. —Le contuvo mientras evitaba que el animal marcara su territorio—. ¿Te apetece dar un paseo con nosotros? Has llegado pronto —dijo volviéndose hacia Keira.

—Será un placer. Sí, he venido antes porque tengo varias cosas que hacer hoy, y quería ir a comprar unos ingredientes antes de abrir la tienda. —Levantó las dos bolsas ligeras que contenían harina, huevos, azúcar, mantequilla, levadura en polvo, pepitas de chocolate, vainilla en rama, cáscara rallada de naranja y de limón y algunas otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer?

—Quiero hacer galletas.

—Oh, qué bien. Hace tiempo que no las hacemos juntas.

—Por eso te he llamado. Quería preguntarte si te gustaría unirte.

Susan y ella ya habían hecho deliciosas galletas un par de veces en la tienda de Keira. Siempre era divertido, porque Susan era muy buena repostera haciendo galletas; los bombones, en cambio, Keira los hacía a veces con Laurie.

«Deberíamos hacer algunos de nuevo», pensó. Para su sorpresa, los bombones de té matcha que habían creado ellas mismas el año anterior habían gustado mucho. Keira los había vendido en su tienda y Laurie, en la Tea Corner. Eran bombones de chocolate blanco con aroma de té verde, pero lo mejor era que estaban recubiertos de trocitos de pistacho, lo que les daba un toque especial. Ambas se sentían de lo más orgullosas de su creación. A lo mejor se les ocurría algo igual de creativo para San Valentín. Pero primero debían ponerse manos a la obra con las galletas; las damas de la ciudad se volvían locas por las galletas de chocolate.

—Me encantaría —dijo Susan—. Pero ¿no será mejor esperar a hacerlas cuando cerremos las tiendas?

Keira asintió.

—De todos modos, no tengo tiempo durante el día. Estoy sola en la tienda y debo atender a los clientes. —Kimberly no la volvía a ayudar hasta el sábado—. ¿Te apetece de verdad? ¿No tienes nada más que hacer?

—Puedo grabar la serie que estoy viendo. Prefiero pasar un poco más de tiempo contigo.

—Yo también.

—Entonces ¿trato hecho? ¿Me paso por la chocolatería al cerrar la tienda?

—¡Trato hecho!

Después de que Keira dejara sus compras rápidamente en la tienda, pasaron por algunas callejuelas hasta dar con un árbol aislado para *Terry*, e impidieron que saliese corriendo detrás de alguna perrita mona. Ahora Keira entendía a qué se refería Susan.

—Buen chico —dijo felicitándole por haberse aguantado tanto hasta llegar

al árbol.

El perro le dio las gracias con un lametón en la mejilla. Susan se rio.

Keira nunca había tenido mascota. Siempre había soñado con tener un pájaro; algún periquito azul y amarillo, quizá, que se le pusiera encima del hombro y le hablara. Pero su madre se oponía porque decía que un pájaro acabaría molestando a sus estudiantes de piano, que no podrían concentrarse con sus trinos. Y, en el caso de Jordan, ni hablar de tener animales en casa. Le ponían incluso más nervioso que los niños.

La noche anterior, después de que regresara de casa de su madre, Keira se había acurrucado en el sofá junto a él. Había querido mencionarle el tema de los niños de manera cautelosa, pero él había empezado a quejarse enseguida sobre sus pacientes. Aún podía escuchar sus palabras como si se las estuviese diciendo en ese mismo instante...

«¡Imagínate! Un guardia de seguridad, un tipo alto y corpulento, ¿sabes? Tenía miedo de que le perforaran un diente. Tuve que aplicarle gas hilarante para que se tranquilizara.»

«Oh. Bueno, no todo el mundo es tan fuerte como parece.»

«Y que lo digas. Yo que pensaba que los niños eran malos. Pero a veces los adultos son aún peores.»

«En el caso de los niños es comprensible, ¿no?»

«Quizá sí.»

«¿Todavía les das una piruleta cuando se portan bien?»

«¡Por el amor de Dios! Ya hace tiempo que dejé de hacerlo. No sé a quién se le ocurriría algo así. ¿Premiarlos con azúcar cuando se les han caído los dientes precisamente por eso?»

«Podrías considerarlo como una estrategia —dijo ella con una sonrisita—. Dales azúcar y seguro que vuelven.»

Jordan se incorporó en el sofá y la miró fijamente.

«¿Te has vuelto loca?»

«Sólo era una broma, Jordan», se defendió.

«Una broma estúpida, en serio.»

«¿Qué mosca te ha picado? ¿Y por qué eres tan desagradable conmigo últimamente?»

«Dime cuándo he sido desagradable.»

«Acabas de llamarme loca.»

«No lo he hecho. He preguntado si te habías vuelto loca.»

«Es lo mismo.»

«No lo es.»

Ella se levantó.

«Me voy a la cama.»

«Enseguida te ofendes. Vamos, siéntate otra vez.»

«Estoy cansada. —Se dirigió al dormitorio—. Por cierto, mi madre me ha dado saludos para ti. Se encuentra bien, gracias por preguntar.»

«¿A qué viene eso ahora?»

«A nada. Buenas noches.»

Se puso el pijama y fue a esconderse bajo la manta.

Jordan no se había acercado a ella para hablar de la pelea. Bueno, en realidad no había sido una pelea: era una de las pequeñas discusiones que tenían a diario. ¿Había sido así siempre? Intentó recordarlo. No, se entendían mejor hasta hacía un par de años. A lo mejor se había desinflado su relación. Decidió que se reuniría con Laurie para contárselo. Quizá su amiga podría aconsejarla.

Una hora después de que Jordan se fuera a la cama, Keira seguía despierta. Pero había fingido que dormía. Jordan había estado enviando mensajes con el móvil hasta poco antes de dejar el aparato a un lado y quedarse dormido. Keira se preguntó con quién habría estado hablando hasta tan tarde. ¿Sería alguno de sus amigos del gimnasio? ¿Estarían hablando de cuántas flexiones habían hecho aquel día? ¿Sería algún paciente con dolor que le pedía consejo? ¿O sería... otra mujer? No, no quería darle vueltas a algo así. Jordan la amaba. A pesar de todo, la amaba y le era fiel. Intentó olvidar aquella

extraña sensación que le invadía desde hacía semanas, mejor dicho, meses, de que él le ocultaba algo.

—¿Y anoche salió todo bien? Me refiero con las guirnaldas de luces —le preguntó Keira a Susan.

Como era la única que vivía en Valerie Lane, se había ofrecido a apagar las luces poco antes de irse a dormir. Los gastos de electricidad podían ser muy altos si se quedaban encendidas durante toda la noche. Además, ¿quién querría caminar por la calle en mitad de la noche para ver los corazones?

—Sí, todo perfecto. Las apagué poco antes de las once.

—Muy bien. —Entretanto llegaron a Valerie Lane—. Entonces nos vemos esta noche. Que pases un buen día —le dijo a Susan.

Antes de que ésta pudiese contestarle, se les acercó Agnes exaltada.

—¿Os habéis enterado ya? —preguntó la joven veinteañera que vivía con su madre, Barbara, encima de la tetería de Laurie. Aquel día llevaba puesta una chaqueta bomber de color lila chillón y unos vaqueros con unos agujeros tan grandes que Keira se puso a temblar sólo con verlos.

—¿De qué?

—¡Vamos a tener un nuevo inquilino en Valerie Lane! —anunció Agnes completamente emocionada, con el flequillo castaño escalado cayéndole sobre la cara. Llevaba el resto del cabello largo al estilo *ombré*, teñido de rubio de la mitad hasta abajo.

—Sí, lo conocimos ayer —replicó Susan—. Fue a ver la tienda que está vacía. Por lo que sé, aún no hay nada decidido.

—¡Vaya si lo hay! Firmó el contrato ayer por la noche.

—¿Eso hizo? —preguntó Keira sorprendida—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre.

—¿Y quién se lo ha dicho a ella? —quiso saber Susan.

—El señor Spacey en persona. Mi madre tiene algo con él, ¿no lo sabíais?

Susan y Keira se miraron la una a la otra, fruncieron el ceño y negaron con la cabeza.

—¿Barbara y el señor Spacey? ¡Cómo íbamos a saberlo! —se rio Susan. Keira tampoco podía creérselo.

—El señor Spacey es muy... mayor.

—Tiene cincuenta y ocho años. Mi madre ya tiene cuarenta y cuatro; para mí son más años que Matusalén. —Agnes acababa de cumplir los veinte.

«¡Lo que daría por tener veinte años de nuevo!», pensó Keira. ¿Haría muchas cosas de manera diferente?

—Me he quedado de piedra con lo que nos acabas de decir —dijo Susan mientras intentaba alejar a *Terry* de una perra otra vez—, pero me interesa un poco más el otro tema. Cuéntanos lo que sabes. —Volvió a estirar de la correa de *Terry*.

—De acuerdo. Tobin Marks se pasó a ver la tienda vacía ayer por la noche y le entusiasmó enseguida. Luego se reunió con Leopold y acabaron de firmar el contrato.

—¿Leopold? —Keira no pudo contener la risa. Era la primera vez que escuchaba el nombre de pila del señor Spacey. En todos los documentos aparecía solamente *L. Spacey*. Pensaban que se llamaría Larry o Luke.

—Eso ya lo has dicho. Cuéntanos algo que no sepamos. —Susan estaba emocionadísima.

—Mmm... Dejad que piense. Quiere abrir una floristería.

—Eso también lo sabemos.

—¿Es gay? —preguntó Keira llena de curiosidad.

Agnes arrugó la frente.

—Diría que no.

—¿Está casado? —preguntó Susan.

—No tengo ni idea.

—¿Cuándo piensa abrir la tienda?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Agnes, no sirves en absoluto como espía —dijo Susan.

Agnes se encogió de hombros.

—Ahora debo marcharme. Seguro que Orchid, Laurie y Ruby también quieren saber las últimas novedades.

Keira miró el reloj. Aún quedaban un par de minutos, así que siguió a Agnes. Susan se unió a ellas.

Primero llamaron a la ventana de Orchid, que acababa de meter unas monedas pequeñas en la caja.

—Hola, chicas. ¿Cómo va todo?

—El señor Marks firmó anoche el contrato de la tienda vacía —informó Susan con agitación.

La expresión alegre de Orchid se convirtió en una de enfado, y cruzó los brazos por encima del pecho como había hecho la tarde anterior.

—¡Maldita sea! Parece que al final vamos a tener a un hombre en nuestra calle. Lo echará todo a perder.

—No lo creo. Parece que es muy agradable.

—Justo ése es el problema, Susan. Sólo nos traerá disgustos, te lo voy adelantando.

—¡Anda ya! Yo sigo pensando que es gay —dijo Keira.

—¿Ése? ¡Para nada! Keira, de verdad, no tienes ojo para eso.

—Es posible. En todo caso, no importa. Pienso que una floristería es una buena idea.

Aunque, pensándolo mejor, no era tan buena. Si abrían una floristería justo al otro lado de la calle, no pararía de ver más esposos encantadores comprando pequeños detalles para sus esposas. Es cierto que Jordan le había regalado flores alguna vez, pero le parecía que hacía siglos de eso.

—Bien, vayamos a ver a Ruby —dijo Agnes adelantándose a las demás. Las otras tres la siguieron y todas cruzaron la pequeña calle. Ruby aún no había llegado, pero pronto escucharon la voz de Laurie:

—¿Qué ocurre? ¿Me he perdido algo?

Se dirigieron a paso ligero a la tetería, que estaba justo en la esquina con Cornmarket Street.

—El señor Marks ha firmado el contrato de la tienda vacía —anunció Keira.

—¡Menudo día de miel! ¿Tan rápido?

—¿Día de miel? —preguntó Orchid.

—Es un tema que tenemos entre Keira y yo —dijo guiñándole un ojo—. ¿Así que el señor Marks ha firmado ya?

—Oh, sí. Parecía muy emocionado —les contó Agnes.

—No sabemos si abrirá antes de San Valentín.

—Oh, Dios, espero que no. Le haría la competencia a Keira y sería mi mayor competidor, por lo que respecta a los regalos de los enamorados para San Valentín —soltó Orchid rápidamente.

—Vaya, vaya —dijo Susan—. ¿Desde cuándo nos vemos como la competencia?

—Tienes razón. Es que no me gusta ese tipo y ya está. —Orchid volvió a cruzarse de brazos, y Keira se preguntó si a partir de ahora se comportaría siempre así cuando hablaran de señor Marks; de Tobin Marks. En realidad, Tobin era un bonito nombre.

—Por fin llega Ruby —dijo Laurie. Había visto que giraba en la esquina apresuradamente.

—¿A qué se debe este encuentro?

Agnes le puso al corriente de las últimas novedades en un santiamén. Susan le preguntó por qué parecía tan sofocada.

—Otra vez mi padre. Quería que fuese a comprar pepinillos sin falta antes de ir al trabajo. Por eso tenía un poco de prisa esta mañana.

—¡Aaah! Así que esta semana es la de los pepinillos.

Todas conocían las peculiaridades de Hugh Riley. Cada semana tenía una predilección culinaria diferente, y se negaba a comer cualquier otra cosa que no fuera lo que le apetecía. Al parecer, esta vez se trataba de pepinillos.

—Sí. Bueno, por lo menos son baratos. La semana que le dio por las gambas acabé arruinándome. —Ruby soltó un suspiro, pero enseguida volvió

a sonreír. A pesar de todo, la joven se tomaba aquello con humor, y a Keira le parecía fantástico: de no ser así, seguro que su padre ya la habría vuelto loca.

—¿A alguien le apetece hornear galletas con nosotras esta noche? —preguntó Susan.

—¿Vais a hacer galletas? ¿Son para tu tienda, Keira, o sólo para vosotras? —quiso saber Orchid.

—Diría que ambas cosas.

—¿Las haréis en casa de alguna o en la cocinita de la tienda? —preguntó Laurie.

—No es tan pequeña.

—Podemos estar muy apretadas —observó Orchid.

—¡Qué tontería! —dijo Susan—. Todas somos delgadas y esbeltas.

«Todas menos yo», pensó Keira. Al menos Jordan hubiese dicho algo parecido en ese momento.

—De acuerdo, me apunto —declaró Orchid.

—Yo también —dijo Laurie—. Absolutamente. Seguro que nos divertiremos un montón. ¿Tú qué dices, Ruby?

—Si no nos enrollamos mucho, no hay ningún problema.

—¡Genial! ¿Y tú, Agnes?

—Perdonad, chicas, pero tengo una cita. —A Agnes no parecía entusiasmarle demasiado la idea de hacer galletas. De todos modos, acababa de cumplir los veinte; seguro que prefería quedar con chicos.

—Buenos días a todas. ¿Ya está abierta su tienda, señorita Buckley? —oyeron que decía alguien.

Todas se giraron y vieron a la señora Kingston, una de las clientas habituales. Había vivido toda su vida en Valerie Lane y todos la reconocían rápidamente por su figura corpulenta y su inmensa permanente.

—Claro que sí, señora Kingston. Enseguida voy. Nos vemos luego, chicas.

—¡Hasta luego! —le gritaron las demás a Keira mientras se dirigía cada una a su tienda.

Keira caminó hasta la chocolatería con una sonrisa en los labios. Aquel día prometía ser fantástico, estaba segura de ello.

—Hola, Keira. Soy yo —dijo Laurie al otro extremo de la línea—. Sólo quería preguntarte si quieres que lleve una tetera más tarde y, si es que sí, qué té os apetece tomar.

—Claro, el té siempre va bien. Puedes traer ese de chocolate tan bueno. Será ideal para las galletas que vamos a hacer.

—¿Vamos a hacer galletas de chocolate? ¡Qué bien!

—Sí, entre otras cosas. No nos queda más remedio. Las mías ya casi se están acabando, y sé que los próximos días me las van a pedir mucho. Es rarísimo, es lo que más se compra justo antes de San Valentín, bueno, a excepción de los bombones de corazones.

—A las mujeres nos gusta el chocolate.

—Tengo clientes en la tienda, Laurie...

—Perdona, no quería liarte. Entonces hasta luego. —Keira escuchó una voz masculina de fondo—. Antes de colgar, mi padre te manda saludos. Está aquí ahora, ha venido a verme.

Oooh. William Harper, el cirujano plástico de cabello canoso, alto y bien parecido.

—Qué amable. Gracias, salúdale también de mi parte.

—Papá, dice que saludos para ti también... Keira, dice que se pasará por tu tienda.

¡Uy, vaya! No contaba con eso. En realidad, tampoco era nada fuera de lo común que los hombres entrasen en su tienda. Pero las últimas veces que había visto a William habían tonteado un poco, y se había sentido realmente bien.

—Vale. Adiós, Laurie.

Se colocó el cabello por detrás de la oreja y se pellizcó en las mejillas. Scarlett O'Hara lo hacía en *Lo que el viento se llevó* para mostrar un rubor saludable en el rostro. La película le hizo pensar en la señora Witherspoon. No había acudido al encuentro de aquel miércoles por la tarde ni habían vuelto a verla por allí. En fin, probablemente estaba ocupada con Humphrey, pensó Keira.

—¿Se lleva estas dos cajas de galletas? —le preguntó a la clienta que se hallaba al otro lado del mostrador: una mujer de unos cincuenta años con una permanente rubia—. ¿Desea algo más?

—Póngame algunas de esas deliciosas bolitas de canela.

—Oh, lo lamento mucho. Son productos de temporada, así que sólo se venden en Navidad. Pero, si le gusta la canela, le recomiendo los bombones de manzana y canela.

—No sé qué decirle...

—Vamos, pruebe uno. —Keira le dio uno de los bombones.

La mujer lo probó y, en cuestión de milisegundos, desapareció de su gesto todo rastro de desconfianza. Hubo aquel típico brillo en sus ojos, la comisura de los labios se tornó hacia arriba y apareció una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Me llevaré cien gramos. Bueno, mejor doscientos.

Keira estaba contenta. No podía menos que sentirse increíblemente orgullosa cada vez que le hacían un cumplido por los dulces que elaboraba ella misma o cuando veía el efecto que provocaban en otros. Y cada día que pasaba volvía a dar las gracias por poder dedicarse a lo que más le apasionaba. La chocolatería lo era todo para ella: era lo mejor que le había ocurrido nunca. Un sueño hecho realidad. Justo eso, a pesar de que pocos lo entendieran. Laurie sabía de lo que hablaba; Orchid y Susan, también. Ruby, quizá no tanto: había tenido que hacerse cargo de la tienda más bien en contra de su voluntad. Jordan no lo entendía en absoluto. Bueno, él entendía por qué

era importante para ella llevar su propia tienda, ser su propia jefa. Al fin y al cabo, él también era su propio jefe. Pero no comprendía en absoluto por qué debía ganarse la vida con dulces y bombones. Hubiese preferido que fueran móviles o artículos de deporte. Pero ¿por qué chocolate?

—¡Keira!

Oyó una voz profunda y miró hacia la puerta. El padre de Laurie acababa de entrar y la estaba mirando con ojos iluminados.

—William, ¿cómo está usted?

—A las mil maravillas.

—Me alegra saberlo. —Terminó de cobrar a la cliente y se despidió de ella. Luego se volvió hacia William—. ¿Cómo está su esposa?

—¿Quién? —Soltó una carcajada—. Era una bromilla sin importancia. Está bien. ¿Y qué tal está su... novio?

—¿Jordan? Está muy bien, gracias.

—¿Sigue arrancándole los dientes a la gente, el muy bruto?

—Sí, y creo que hasta se divierte haciéndolo. —En realidad sí que lo creía. William se rio de nuevo.

—Yo también me divierto operando los pechos a las mujeres.

¡Claro que sí! Podía imaginárselo de sobra.

—Esto... William. —Echó un vistazo a su alrededor rápidamente para ver si había alguien en la tienda que pudiera oírlos—. Usted que entiende de estas cosas, por su trabajo. ¿Cree que debería cambiar algo de mi cuerpo?

Le interesaba mucho saberlo, ya que Jordan no hacía más que criticarla. Primero, la veía muy gorda; segundo, decía que era demasiado bajita; tercero, consideraba que llevaba un peinado aburrido y, cuarto, opinaba que tenía la frente demasiado alta. Por lo general se habría avergonzado de preguntarle algo así a otro hombre. Pero William Harper era un donjuán tan divertido y desenfadado que una podía tomar la iniciativa tranquilamente.

—¿Quiere que le sea sincero?

—Se lo pido, por favor.

Él la observó de arriba abajo.

—Yo no cambiaría nada en absoluto.

—¡Vamos! Me ha dicho que sería sincero.

—Y lo soy, puede creerme.

—¿No cree que estoy muy gorda? ¿O que soy demasiado bajita? ¿O que...?

—¿Se puede saber quién le ha dicho todo eso?

—Nadie —mintió—. Sólo pensaba que...

—Pensaba mal. Verá, hay modelos que son perfectas, pero que, a la vez, no lo son. ¿Comprende lo que quiero decir?

¿Lo comprendía? Bueno, sólo hasta cierto punto. Ella asintió.

—Y luego hay mujeres como usted que no tienen que hacer mucho, porque ya son perfectas por naturaleza.

Notó que se ponía roja, a pesar de que seguía sin creer que William le estuviese diciendo aquello con sinceridad. Aquel día se había maquillado de manera discreta: un poco de rímel y pintalabios rosa claro. Además, llevaba una blusa blanca aburrída con unos aburrídos vaqueros de color gris. La perfección seguro que era otra cosa.

—William, es usted un pillín. —Era una expresión que la señora Witherspoon solía usar.

William se le acercó y le habló seriamente.

—Keira, me parece que no sabe lo impresionante que es usted, ¿no es cierto? Si yo no estuviera casado...

Ella se le quedó mirando sin parpadear. ¿En serio acababa de decirle aquello o era fruto de su imaginación? ¿Acaso necesitaba tanto que le hicieran algún cumplido de vez en cuando?

Mientras ella seguía dándole vueltas al tema, seguramente roja como un tomate, William volvió a mostrar una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, y ahora me gustaría llevarme unos bombones. ¿Qué me recomienda...? O, mejor aún, ¿cuáles son sus favoritos?

—¿Los míos? Mmm. Mis preferidos son las trufas con chocolate negro y naranja. De todos modos, son un poco amargas. No sé si le gustarán a su esposa. Quizá sería mejor llevarle unas simples trufas de nata.

—No son para mi esposa. ¿Puedo probar una?

Vaya. Quiere darse un pequeño capricho, pensó Keira con una sonrisa. Y cogió las pinzas.

—Aquí tiene.

William cogió la bolita de chocolate negro y le dio un mordisco con ganas.

—Son una verdadera delicia. Me llevaré una caja entera.

—Será un placer.

Hizo lo que le había dicho, y empezó a poner las trufas con naranja una tras una en la caja. Alzó la vista hacia William por un momento, y éste le dio a entender que podía continuar poniendo más. Una vez la caja estuvo llena hasta los bordes —apenas podía cerrarse—, dejó de añadir más trufas, lo pesó todo y tecleó el precio en la caja.

—¿Quiere que la envuelva con un lazo?

—Fantástico.

Quiso coger la cinta azul, pero William la detuvo.

—¿Me deja ver la de color rosa?

Con el ceño fruncido, Keira empezó a estirar de la cinta clara hasta pasarla por encima del mostrador para que William pudiera cogerla.

Lo que él hizo a continuación la confundió mucho más que el hecho de que optase por un adorno rosa para sus propios bombones. Se inclinó hacia delante y le puso la cinta justo a la altura de los labios.

—Es perfecta.

—Entonces ¿quiere la cinta de color rosa? —preguntó ella un poco desconcertada.

William sonrió ampliamente y asintió decidido.

Ahora era ella quien sonreía satisfecha. Enseguida envolvió la caja haciendo un lazo con la cinta y la metió en una bolsa de papel.

—Son veinticuatro libras con cincuenta.

William pagó y volvió a soltar una sonrisa resplandeciente, pero no dio señales de coger la bolsa.

—Le deseo que pase un buen día, Keira —dijo mientras salía por la puerta.

—¡Sus bombones! —le gritó corriendo tras él.

Él se detuvo de nuevo en el umbral.

—Son para usted. Espero que los disfrute. Y no se le ocurra pensar en las calorías —le advirtió con el dedo índice.

Keira no puedo evitar sonreír. Qué hombre, sí. Si no estuviese casado...

—Gracias, William —le dijo emocionada.

Él se despidió con la mano y desapareció. Su héroe vestido como George Clooney.

Dejó los bombones a un lado y negó con la cabeza, sin terminar de creérselo. Otra vez le habían hecho ver las cosas desde otra perspectiva. Hombres como aquél existían de verdad, y ella acababa de ser testigo.

Keira dirigió la mirada a la puerta de la tienda que aún seguía abierta, a pesar de que ya había colgado el letrero en la ventana. Estaba esperando a que llegaran sus amigas. Ya eran casi las seis y diez y todavía no había aparecido ninguna de ellas. Era obvio que todas debían cerrar sus tiendas, contar el dinero de la caja y, quizá, organizar un par de cosas. Sobre todo Laurie. Ella siempre tenía trabajo pendiente: lavar la vajilla sucia, vaciar las teteras que habían quedado medio llenas... Además, le había prometido que haría té aquella noche. Pero ¿y el resto?

Eran las seis y cuarto y Keira seguía sola. Fue a echar un vistazo por la ventana. Todavía había luz en la tienda de Orchid; la de Susan se veía tan negra como la noche. ¿Dónde estaban todas?

A las seis y veintidós entró Laurie por fin con una tetera humeante en la mano.

—¡Oh! ¿Dónde están las demás?

—¡Ojalá lo supiera!

—No importa, haremos las galletas nosotras solas. —Laurie le guiñó un ojo—. Más galletas para mí.

—Ja, ja. Seguro que vienen.

Y enseguida llamó Orchid a la puerta. Keira le hizo una señal para decirle que estaba abierta.

—Perdonad el retraso. Estaba hablando con Patrick por teléfono. Tampoco tengo mucho tiempo; queríamos ir al cine más tarde. La película empieza a las ocho.

—Ah, vale. Pues quédate el tiempo que puedas y ya te llevaré mañana las

galletas que hayamos hecho.

En ese momento Jordan habría dicho que aquello resultaba estúpido; que era demasiado generosa. Si Orchid tenía que marcharse antes, era ella quien tenía que ir a buscar las galletas a la mañana siguiente, como Dios manda.

Menuda locura. Keira no paraba de pensar en lo que Jordan hubiese dicho en una u otra situación. Estaba en su mente todo el rato. Además, siempre tenía algo que reprocharle, aunque no estuviera delante: era casi insoportable.

—Genial, es muy amable de tu parte.

—Así es nuestra amiga Keira, por eso la queremos tanto.

Laurie le pasó un brazo por el hombro y la atrajo hacia ella.

Keira sintió que se emocionaba. Se sentía feliz cuando sus amigas le decían ese tipo de cosas.

—¿No sabrás, por casualidad, dónde están Susan y Ruby? —preguntó Orchid.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero será mejor que empecemos, ¿no os parece?

Se pusieron manos a la obra en la diminuta cocina de la trastienda. No sólo contaba con un fregadero, un frigorífico y un horno, sino que había sitio incluso para un microondas, una batidora, una trituradora, un bol eléctrico para mezclar y un gran número de utensilios para hornear y cocinar. Tenía toda una estantería repleta de moldes para repostería. Bastaba con rellenarlos con chocolate líquido o alguna otra crema dulce y, al cabo de un par de horas, se convertían en los bombones más deliciosos.

—¿Qué queréis que saque de la nevera? —preguntó Orchid abriendo la puerta.

Encima del frigorífico había unas bonitas latas metálicas de color rosa que Keira utilizaba para guardar los cortapastas. El estante que había sobre la encimera albergaba varios recipientes alineados que contenían pepitas de chocolate, cobertura de repostería hecha a base de mantequilla, harina y azúcar, barritas de chocolate, frutos secos, naranja y limón confitados, uvas

pasas y otras frutas deshidratadas, además de especias como la canela, el anís y el cilantro.

—La mantequilla ya la he sacado de la nevera antes. Sólo necesitamos la leche.

—¿Y huevos, no?

—No, no hacen falta para la receta que vamos a hacer. Los necesitaremos más tarde, cuando hagamos las galletas de almendra. Pero, para entonces, seguramente ya estarás besuqueándote con tu querido Patrick en el cine. — Keira le guiñó un ojo.

Orchid esbozó una sonrisa. Cogió la leche y la dejó en la encimera mientras Keira se hacía con el recipiente de las pepitas de chocolate, y sacaba la harina, el azúcar y vainilla como por arte de magia.

—¿En qué puedo ayudaros? —preguntó Laurie.

—Podrías coger el bol grande para hacer la masa; está en el armario de ahí debajo. —Señaló el armario de la cocina pintado de rosa que se hallaba junto al fregadero.

—Me parece superincreíble que consigas guardar todas estas cosas en una cocina tan pequeña —dijo Laurie con admiración.

—Bueno, sólo hay que saber cómo hacerlo. Por cierto, ¿sabéis algo de la señora Witherspoon? El miércoles por la tarde no vino, y tampoco la hemos visto en Valerie Lane, al menos no estos últimos días. Estoy empezando a preocuparme.

—Ayer pasé por delante de su casa y entré a saludarla un minuto — informó Orchid—. Está bien. Me dijo que casi todos los días queda con Humphrey en el comedor social.

—La suya es una manera muy peculiar de romanticismo —dijo Laurie.

—Sí, deberíamos verlo de ese modo —opinó Keira—. No tendríamos que compadecerlos. Es muy bonito que ahora tenga a alguien a su lado. A pesar de que los dos sean tan pobres.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —oyeron el grito desde el otro lado.

—¡Estamos aquí detrás!

Ruby y Susan entraron juntas en la cocina.

—Sentimos llegar tarde —dijo Ruby.

—Hemos ido un momento a comprar. Pensé que podíamos traer algunas provisiones para cuando tengamos hambre. La noche puede ser larga. — Susan colocó una bolsa repleta de cosas.

—No para mí —dijo Orchid disculpándose—. He quedado luego para ir al cine... con Patrick.

—¡Con quién ibas a ir si no! ¿Así que nos dejas plantada por un hombre? —Susan negó con la cabeza como si estuviese decepcionada.

—Lo siento muchísimo.

—¿Qué provisiones habéis traído? —preguntó Keira con curiosidad.

Susan sacó de la bolsa ensaladas de todo tipo y bocadillos envasados.

—¿Son de Marks & Spencer? —preguntó Laurie—. Tienen las mejores ensaladas. Qué rica. Con gambas... Y esta de aquí lleva queso feta y tomates deshidratados. ¡Qué bien!

—Buena idea, Susan.

—Eso mismo pensé yo también.

—¿Y qué hay en la tuya? —preguntó Orchid intentando adivinar lo que había en la bolsa que Ruby llevaba en la mano.

Ruby llevaba puesto ese día un vestido azul oscuro que parecía recién salido de los años veinte. Torció el gesto y dijo:

—Pepinillos, eso es todo.

Ninguna pudo contener la risa. A continuación se pusieron a cocinar sin más.

Ruby y Orchid prepararon la masa mientras Keira les daba las instrucciones de cómo hacerlo. Quedó bastante bien, teniendo en cuenta que buena parte de la masa acababa antes en la boca de Orchid que en el bol.

—¡Déjame que la pruebe yo también! —dijo Susan. Laurie y ella cubrían la bandeja con el papel para horno, mientras hojeaban un libro de recetas en

busca de nuevas delicias. Fue a coger el bol—. ¡Está riquísimo! Deberías vender la masa de las galletas en tu tienda, seguro que sería un éxito de ventas —le propuso a Keira.

Ella se rio y pensó en su helado preferido de masa de galleta, sin más.

—¡Oye! ¡Como os la comáis toda no quedará nada para las galletas! —las regañó Orchid.

—¡Vaya! ¡Y nos lo dices tú! A ver, ¿cómo lo consigues? Te pasas todo el día comiendo. ¿Cuál es tu secreto para mantener la línea?

A Keira también le interesaba saberlo. Orchid era delgada y esbelta, al margen de lo que comía y cuánto comía.

—¿Queréis que os desvele mi secreto? ¡Mucho sexo!

Susan se atragantó con la masa, y las otras también se sofocaron un poco. Luego todas empezaron a reír al mismo tiempo.

—¡Estás loca! —dijo Keira.

—Sí, estoy loca por mi Patrick.

—Hacéis una buena pareja —opinó Laurie.

—Y tú con Barry también —dijo Susan—. Vuestra historia debería llevarse al cine.

—La escena en la que estaba de los nervios y quiero apoyarme en la cómoda, pero, por desgracia, no llego a alcanzarla, me resbalo y me hago daño en la pierna. Al final Barry tiene que curármela, por lo que acaba viendo mi pierna de mono sin depilar y, no contento con eso, encima tiene que sujetarla entre las manos... Será mejor que dejemos este tema, ¿de acuerdo?

—Las películas se hacen precisamente a partir de guiones como ése —dijo Keira.

—¡Pero la mía no! —exclamó Laurie decidida.

—Si algún día tuviesen que rodar una película sobre vosotros, ¿quiénes serían los actores? —preguntó Susan.

—Está claro que Jude Law haría de Barry —dijo Laurie. Jude Law no sólo era su actor favorito; también pensaba que Barry guardaba un gran parecido

con él.

—Más claro que el agua —le dio la razón Orchid.

—¿Y quién interpretaría a Laurie? —preguntó Keira.

—¡Amy Adams! —propuso Susan.

—Yo apostaría por Emilia Clarke —dijo Ruby.

—¿La que hizo *Antes de ti*? ¡Es verdad! —exclamó Orchid.

—Entonces ya está decidido. ¿Quién quiere escribir el guion y mandarlo a alguna productora de Hollywood?

—Gary podría hacerlo —dijo Ruby en voz baja a la vez que sus labios mostraban una pequeña y encantadora sonrisa.

—¿Gary? —Susan la miró igual de sorprendida que las demás.

—Sí. Gary era escritor, hace muchísimo tiempo.

—¿Te refieres al Gary que conocemos? ¿Gary, el chico de quien no sabemos nada salvo que viene de Manchester? ¿Gary, el que nunca revela nada de sí mismo? —preguntó Laurie.

—Ése.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Lo sé y ya está. Últimamente hablamos mucho.

—¿Ah, sí? —preguntó Orchid con cierto matiz irónico mientras le guiñaba un ojo al resto.

—No es lo que te estás imaginando. Somos amigos, nada más.

—Sí, sí. Eso dicen todas.

Se produjo un breve silencio. Es probable que las cinco estuviesen pensando en Gary.

—Por cierto, ¿cuáles eran las galletas preferidas de Valerie Bonham? —Keira lanzó la pregunta al aire mientras formaban unas bolas con la masa de las galletas—. Sería genial intentar hacer sus galletas favoritas y venderlas en la tienda. Podrían llegar a ser las galletas más vendidas y, aunque no fuera así, sería un producto muy especial.

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió Laurie.

—Yo lo sé —dijo Ruby. Parecía saberlo prácticamente todo acerca de la bondadosa Valerie—. Sus favoritas eran unas viejas pastas de té. Están hechas con melaza.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Susan.

Ruby se encogió de hombros.

Pero a Keira le llamaba la atención aquello.

—Sí, creo que ya sé lo que quieres decir. Buscaré un par de recetas e intentaré hacerlas.

Orchid abrió los ojos como platos.

—¡Qué guay! Podríamos venderlas todas, ¿no? En honor a la bondadosa Valerie. Quizá podríamos donar una libra a una buena causa por cada bolsa que vendiéramos —propuso.

—¡Es una idea fantástica! Seguro que a Valerie le hubiese gustado —dijo Laurie.

—Creo que me estoy emocionando —sollozó Susan.

—Aaay. Nada de lágrimas. —Keira la abrazó con las manos enharinadas.

Susan rio sorbiéndose la nariz.

—¡Oye! Me estás poniendo perdida.

—Qué más da. Después de toda la harina que está tirando Orchid por aquí, todas acabaremos como muñecos de nieve.

—Yo no he hecho nada —dijo Orchid, pero miró hacia abajo y se dio cuenta de que ella misma estaba ya blanca como la nieve. Tan blanca como los cabellos de la señora Witherspoon.

—Antes de que se me olvide —dijo Keira—. En el trastero de mi madre he encontrado un montón de botes antiguos de mermelada y algunas cosas para decorar. Así que ya me ocupo yo de las huchas para los donativos de nuestra Misión Nevera.

—¡Perfecto! Ya estaba a punto de pedirle a Ruby uno de sus frascos de pepinillos —se rio Orchid.

Ruby también se rio. De pronto se quedó callada y aguzó el oído.

—¿Lo estáis oyendo?

Alguien gritaba su nombre.

—¡Ruby, Ruby!

—Viene de fuera —dijo Keira corriendo al otro extremo de la tienda. Las otras la siguieron—. ¡Es tu padre, Ruby!

Hugh corría por la calle de un lado a otro mientras llamaba a su hija. Ruby salió de la tienda.

—Estoy aquí, papá. No tengas miedo, ya estoy aquí contigo —dijo apresurándose hacia él. No parecía darse cuenta del frío helado que hacía en la calle, y de que no llevaba la chaqueta.

Hugh se acercó a ella dando tumbos.

—Te he estado buscando por todas partes, Ruby. —Estaba a punto de llorar y se le veía confundido.

Keira observó cómo Ruby cogía a su padre entre los brazos y lo tranquilizaba como a un niño.

—Ya me has encontrado, papá. Te dije que hoy llegaría más tarde.

—Lo he olvidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

—Se me han acabado los pepinillos. Necesito más pepinillos, los necesito. —Empezó a gimotear como un niño pequeño que ha perdido su oso de peluche.

Para Keira, aquélla era una situación incómoda. Imaginaba cómo debía de sentirse Ruby en ese momento. Las cuatro amigas no eran las únicas que estaban allí de pie, delante de la tienda, mirando lo que sucedía. Algunos vecinos también habían salido a sus ventanas y observaban la escena.

—¡Pero si esta mañana te he comprado tres botes de pepinillos antes de ir al trabajo!

—Ya me los he acabado.

—¿Cómo? ¿Te los has comido todos? No importa, papá. Te he comprado más. Están en la tienda de Keira. Deja que vaya a buscarlos, y enseguida

estoy de vuelta. Luego nos iremos a casa, ¿de acuerdo?

Se fue hasta Keira y las demás y se disculpó en susurros. Tardó menos de treinta segundos en regresar con la chaqueta puesta y la bolsa con los botes de pepinillos.

—Lo siento muchísimo —volvió a decir.

—No pasa nada —le aseguró Keira.

Quiso desearle buenas noches y decirle que al día siguiente se pasaría por su tienda para llevarle las galletas. Quiso decirle que no se preocupara, que lo comprendía. Sin embargo, sabía que nada de lo que dijera en ese instante podía hacer que las cosas mejoraran. Así era la vida de Ruby. Hacía tiempo que se había resignado a ella; debía aceptarla tal y como era. No le quedaba más remedio.

Ruby se dirigió a su padre, le puso su propia bufanda porque él no traía ninguna y empezaba a temblar de frío con la fina chaqueta que llevaba, y se colgó de su brazo. Se marcharon juntos dejando atrás Valerie Lane.

Keira pudo ver a Gary, estaba sentado en la esquina, observándolos en silencio. Tenía una mirada compasiva a pesar de que él mismo despertase una enorme compasión. «Valerie Lane está llena de secretos», pensó ella rápidamente. Había tantas cosas que no se decían. Había tantas cosas que se ocultaban a los demás. Y no sólo en lo referente a Gary.

Orchid se despidió también: la esperaba la película en el cine. Así que sólo quedaron tres.

La alegría y la ligereza que habían experimentado hacía apenas unos minutos habían desaparecido. Terminaron de hacer las galletas sin hablar demasiado y sólo se centraron en una única variedad. Acababan de introducir la última bandeja en el horno cuando Susan, con su coleta despeinada y aún llena de harina, dijo:

—Yo también debería irme. *Terry* debe de estar esperándome. Siempre damos una vuelta a la manzana antes de ir a dormir.

Keira y Laurie la acompañaron hasta la puerta.

—Gracias por tu ayuda —dijo Keira—. Ha sido muy divertido volver a hacer galletas juntas.

—Sí, si no hubiese sido por...

—Sí, si no hubiese sido por... —repitió Laurie.

—Buenas noches, querida. No te olvides de tus galletas y dale un achuchón a *Terry* de mi parte. —Keira le puso en las manos una lata de galletas de chocolate recién horneadas.

—Lo haré.

—¿Estás bien? —le preguntó Laurie a Keira en cuanto se quedaron solas.

—Sí. ¿Y tú?

—Se me parte el corazón cada vez que veo lo que tiene que pasar Ruby.

—Sé lo que quieres decir. Pero nosotras no podemos hacer nada. Por mucho que intentemos ayudar a los demás: en este caso no podemos hacer nada.

—Por desgracia, no.

—Dime, ¿qué sabes de Susan, en realidad?

—¿A qué te refieres?

—Una vez nos contó que un hombre le había hecho mucho daño, y que por eso no quería salir con ninguno más. Pero ¿qué le pasó exactamente?

—Me temo que no sé mucho más que tú. Tampoco creo que algún día se sincere con nosotras. No habla de ese tema, ya lo ha dejado atrás.

Keira asintió. Secretos otra vez. Incluso entre las mejores amigas. Así era, ella tampoco les había contado a las demás que, en realidad, no estaba bien con Jordan. Sólo se lo había dicho a Laurie. Y a pesar de que en ese momento sentía una necesidad urgente por hablarlo, no podía hacerlo. Tenía la sensación de que si lo confesaba en voz alta se convertiría en algo más real.

—Keira, ¿qué te preocupa? Sé que hay algo.

—Bueno... —Hizo un gesto negativo con la mano, pero enseguida notó que las lágrimas le caían por la mejilla. No pudo contenerse más—. ¿Tienes tiempo? Tengo una botella de ron ahí dentro.

—Eso suena muy bien. —Laurie le pasó un brazo alrededor del hombro y regresó con ella al interior de la chocolatería.

El sábado, el mundo tenía mucho mejor aspecto. Keira lo había confesado todo por fin... Y había llorado como nadie. Eso la había hecho sentir bien.

A las nueve menos cuarto había entrado en su tienda con la misma sonrisa que en los buenos tiempos, y se había sentido casi como el día en que había pisado la tienda por primera vez. Aún podía recordarlo: había sido la sensación más hermosa del mundo.

En su caso, todo había transcurrido de un modo distinto al de las otras propietarias de tiendas de Valerie Lane. Susan, por ejemplo, llevaba trabajando ya unos años como diseñadora de modas y, en algún momento, decidió que quería abrir una tienda para vender lana y tener sus diseños propios (si es que podía llamarse así a lo que ella misma tejía). Laurie trabajaba en una agencia de publicidad antes de darse cuenta de que le apasionaba el té. Orchid había tenido muchos, muchísimos trabajos hasta que un día se le ocurrió abrir su propia tienda. Y Ruby, en realidad, tenía planes muy diferentes, pero se había visto obligada a hacerse cargo de la tienda de su madre, por así decirlo. En cambio, Keira siempre había sabido que quería abrir una chocolatería. Simplemente lo llevaba en la sangre. No sólo porque deseara trabajar por su cuenta; deseaba ante todo que el chocolate fuera parte de su vida entera.

Cada vez que removía el chocolate fundido y elaboraba sus bombones, se sentía como si estuviese en el cielo, como si estuviese en su propio mundo. No se había arrepentido ni una sola vez, ni siquiera en los malos tiempos, de haber abierto aquella tienda. Además, tenía la plena certeza de que nunca se arrepentiría pasase lo que pasase.

Llamaron a la puerta. Oh, Kimberly estaba allí. Iba de negro de pies a cabeza y muy entallada, como casi siempre. Tenía el cabello corto y rubio, al estilo francés de los años sesenta, y le quedaba muy bien.

Keira abrió la puerta y se alegró de verla. Kimberly era una empleada muy servicial. Obviamente, a sus diecisiete años no compartía con ella su misma pasión por los pecados dulces. Sin embargo, sabía apreciar su trabajo, llegaba siempre puntual y era amable con los clientes. ¿Qué más podía pedir una jefa?

En ocasiones, a Keira le seguía pareciendo raro ser la jefa de alguien. Pero, con el paso de los años, el negocio había ido funcionando cada vez mejor y ya no podía afrontar el trabajo sola, en especial los fines de semana. Además, ella misma tenía que elaborar los productos que vendía, como mínimo una parte. Se alegraba de tener una pequeña descarga de trabajo.

—Buenos días, Kimberly. ¿Cómo estás?

—Muy bien. He sacado un notable en matemáticas. —La chica estaba radiante.

—Es fantástico. Era la asignatura que más te costaba, ¿no?

—Sí. Pero estoy dando clases particulares con un profesor muy bueno. — Esbozó una sonrisa.

—¿Ah, sí? —Keira adivinó que el profesor le gustaba, y por un momento recordó cómo era estar enamorada con diecisiete años. Hacía muchísimo tiempo que no sentía algo así.

—¿Quieres que reponga los estantes o prefieres que me vaya al mostrador? —preguntó Kimberly.

—Será mejor que te quedes en el mostrador. Anoche coloqué ya todo en los estantes. Quiero ir a la trastienda para hacer algunos bombones de corazones y, si puedo, hornear dos tipos de galletas. Luego tendré que pasarme un minuto por las tiendas de Orchid y Ruby. Anoche estuvimos haciendo galletas y me gustaría llevarles algunas.

—¿Qué hicisteis?

—Galletas de chocolate.

—Qué ricas. ¿Puedo probar una?

—Claro. En la cocina he dejado una lata para nosotras con las galletas que no han quedado tan bonitas. Sírvelte tú misma. —A sus clientes sólo les ofrecía lo mejor.

—Entendido. Oye, Keira, hace tiempo que quería preguntarte algo.

—Pues dispara —dijo con una sonrisa.

—¿No prefieres vender sólo lo que haces tú misma? Me refiero a que también tienes de oferta todos esos productos envasados.

Keira se detuvo a pensar un segundo.

—En realidad, no. De ser así tendría que pasarme todo el tiempo en la cocina y ya no podría seguir haciendo mi tarea favorita, que es atender a los clientes. Además, me gusta ofrecer una gran variedad de productos: galletas escocesas de mantequilla, mazapán alemán, galletas gofre holandesas de caramelo y las bolitas de Mozart austríacas que tanto le gustan al señor Monroe. Justo eso es lo que distingue a Keira's Chocolate.

—Lo entiendo.

El primer cliente entró en la tienda. Keira dejó que Kimberly lo atendiera mientras ella se iba a la trastienda para empezar a fundir el chocolate blanco en un cazo. Puso la masa en el frigorífico y horneó entretanto cuatro bandejas de galletas de limón. A continuación, volvió a sacar de la nevera la masa de chocolate, la batió con una batidora eléctrica hasta obtener una masa cremosa, añadió la naranja rallada, el aroma de naranja y las nueces de macadamia picadas y dispuso la mezcla en una manga pastelera. Con su ayuda hizo pequeñas porciones de bombones en forma de corazón y volvió a meterlas en la nevera. Tras haber hecho dos variedades más de corazones (praliné y champán), cogió las latas de galletas que habían preparado y se fue a ver a Ruby.

Keira se sorprendió gratamente al ver que la tienda estaba llena. Había muchos clientes, algo impensable hacía unos meses. Por entonces Ruby's

Antiques estaba casi vacía. Las amigas no habían querido esperar a ver cómo Ruby se quedaba en números rojos y tenía que cerrar la tienda, así que se les había ocurrido algo para ayudarla: la idea inicial fue de Laurie, y todas habían puesto enseguida su granito de arena. Habían insertado un anuncio en la revista semanal en nombre de Ruby, además de empezar a exponer en sus propias tiendas algunas piezas antiguas de su amiga. Junto a éstas habían añadido un letrero que hacía referencia a Ruby's Antiques. Desde entonces la tienda de Ruby se había recuperado de nuevo. Podían estar orgullosas de sí mismas, ya que la misión «Salvemos a Ruby» había sido todo un éxito. Ahora les quedaba hacer lo mismo con la señora Witherspoon.

—¿Te molesto, Ruby? Tienes muchísima gente aquí.

—Sí. —Ruby sonrió feliz—. No me refería a tu pregunta de si molestas. Tú no me molestarías nunca. Pero tienes razón, la tienda está llena y funciona muy bien.

—Me alegro mucho por ti.

—Es todo gracias a vosotras.

—Vamos, déjate de falsas modestias. Tú tienes buena parte del mérito por a tu maravilloso encanto.

Claro. Ambas sabían lo introvertida que era Ruby; lo callada y reservada que se mostraba. Por descontado, eso no quería decir que no fuese amable con los clientes o que no conversara con ellos. Precisamente siempre tenía algo que decir cuando se hablaba de la bondadosa Valerie.

—En cualquier caso, aquí tienes tus galletas. Debo volver a la tienda. Hoy tengo mucho que hacer.

—Entonces no te entretengo más. ¡Y gracias!

Ninguna de las dos mencionó lo que había ocurrido el día anterior con el padre de Ruby, y estaba bien así.

Keira cruzó la calle y no pudo evitar sonreír al ver el enorme corazón que había en el escaparate de Orchid.

—¿Hay alguien ahí? Sólo he venido un momento para traerte las galletas

—dijo al entrar en la tienda de los artículos de regalo.

Orchid tenía un aspecto fantástico como siempre: su cabello rubio y largo le caía a los lados sobre los hombros. Keira pensó que daría lo que fuera por tener un cabello como el suyo.

—Hola, Keira —dijo Orchid con una sonrisa resplandeciente—. Qué bien, es justo lo que necesito ahora mismo.

—Han salido buenas de verdad. Casi diría que han quedado incluso mejor que siempre sólo porque las hemos hecho juntas.

—Están hechas con mucho cariño.

—Es cierto. ¿Cómo fue el cine? ¿La película era buena?

—No tengo ni idea. No la vimos mucho.

—¡Orchid! —Keira no tuvo más remedio que reírse.

—¡No me dirás que tú y Jordan no os enrollabais antes en los cines!

Claro, por supuesto que lo hacían, pero ya hacía mucho tiempo de eso.

—Me parece precioso que sigáis tan enamorados después de dos años y medio de relación —dijo en su lugar.

—A mí también. Y creo que eso nunca cambiará.

Keira deseaba con todas sus fuerzas que fuese así. En el caso de Jordan y ella, sí había cambiado. Ya no recordaba cuándo había sucedido.

—Más tarde me pasaré por aquí, si consigo preparar las huchas para los donativos. Y si no, nos veremos mañana, ¿de acuerdo?

—¡No sé qué haríamos sin ti!

Cuando Keira regresó a la chocolatería vio que de espaldas junto a la caja había alguien que le resultaba familiar. Kimberly estaba mirando a esa persona con ojos resplandecientes y con cierta timidez. En efecto, se reía para sus adentros maravillada por completo.

Cuando el hombre se giró, supo de quién se trataba: era Tobin Marks.

—Señor Marks. ¿A qué debo este honor?

—Oh, buenos días. Nos conocimos hace poco.

—Sí, exacto. He oído que ha decidido abrir la tienda vacía de Valerie

Lane.

—Vaya, vaya. Así que eso ha oído.

—Aquí las noticias vuelan —le hizo saber.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió con una dentadura perfecta—. Hoy quiero ponerme manos a la obra con la tienda y he venido a comprar algún tentempié. Su compañera me ha contado que estas galletas de chocolate están recién hechas. —Levantó la bolsa balanceándola de un lado a otro.

—Es verdad. Pero estas galletas no sólo son las mejores del mundo, por cierto; también las compra exclusivamente nuestra clientela femenina.

El señor Marks se rio.

—¡Ja, ja! Entonces yo seré la famosa excepción. A propósito, me llamo Tobin. —Le tendió la mano y ella se la estrechó.

—Bienvenido a Valerie Lane, Tobin. Yo soy Keira. Y ella es Kimberly.

Kimberly le saludó tímidamente al otro lado del mostrador.

—Encantado. Debo irme, tengo trabajo.

—¡Que vaya muy bien!

—Gracias. —Sonrió de nuevo.

Vieron cómo salía de la tienda y cruzaba la calle para entrar en la suya. Apenas se podían imaginar que aquel negocio de helados fuera a convertirse en una floristería.

—Madre mía, está como un queso —dijo Kimberly entusiasmada en cuanto se aseguró de que no había clientes en la costa.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees? ¿No es demasiado mayor para ti?

—Eso no importa. Igualmente pienso que está como un queso. Si me pidiera una cita, seguro que no le diría que no.

—¿Y no crees que es gay?

Kimberly se rio como si la otra hubiese dicho algo completamente absurdo.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé. Me da un poco esa impresión.

—Seguro que no es gay. Estoy cien por cien segura de que no.

Eso mismo había dicho Orchid.

Un cliente se acercó a la caja con dos bolsitas de frutas bañadas en chocolate.

—Vale, ¡si tú lo dices! Vuelvo a la trastienda para envasar las galletas de limón. Si hay mucho que hacer por aquí, llámame, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

Mientras Kimberly atendía a los clientes, Keira fue a coger del estante una bolsita de aros de manzana. Ya estaba llegando a la trastienda cuando oyó sonar la campanilla de la puerta. Se giró y... no pudo menos que sonreír. Allí estaba en la tienda, el cliente sin nombre que venía todos los lunes. Keira se acercó a él pensando en una única frase: Tobin estaría como un queso, en palabras de Kimberly, pero aquel hombre tenía más clase.

—Buenos días —le saludó ella—. Hoy no es lunes.

Rara vez entraba en la tienda cualquier otro día de la semana, aunque... últimamente empezaba a suceder algo más a menudo.

—Hola —le respondió con una amplia sonrisa—. Lo sé. Pero pasaba por aquí y, de pronto, me han entrado ganas de comprar chocolate con avellanas. Supongo que tendrá algo, ¿no? Con avellanas enteras.

—Claro que sí. —Probablemente lo tenían en cualquier supermercado. Keira se alegró de que hubiese preferido entrar en la chocolatería para comprarlo.

Lo acompañó hasta uno de los estantes y le mostró tres variedades distintas.

—Ése parece muy especial —opinó señalando una tableta envuelta en cartón de un color verde llamativo. Tenía la imagen de mono divertido.

Keira esbozó una sonrisa.

—Es de Bélgica.

—Los belgas tienen su propio sentido del humor —dijo devolviéndole la sonrisa—. Bueno, me lo llevo y espero que esté bueno.

—¿Le gustaría probarlo? Puedo abrir una tableta y partir un trozo.

—¿Y qué pasa si no me gusta? En ese caso ya no podría venderlo —
señaló.

—No importa.

—¿Hace esto con todos sus clientes? —preguntó él.

—No. —Sonrió con timidez.

El hombre le dedicó una cálida mirada y dijo:

—Le agradezco la oferta, pero creo que me arriesgaré y lo compraré sin haberlo probado antes.

—Como usted prefiera. ¿Querría algo más?

—No, no, gracias. Eso es todo.

Lo acompañó a la caja y le dijo a Kimberly que ya se encargaba ella de atender a aquel cliente. Keira le cobró el chocolate, lo miró a los ojos de nuevo y supo que él le devolvía la mirada. Es más, incluso la sostuvo durante un buen rato.

—Gracias por su visita —dijo ella.

—Siempre es un placer.

—Entonces ¿hasta el lunes?

—Hasta el lunes. —Volvió a asentir, dijo adiós y se marchó.

Ya en la calle, Keira lo vio pasar por delante de la ventana.

—Muy bien, me ha quedado claro —dijo de repente una voz desde algún sitio.

—¿Qué? —Keira tuvo que concentrarse de nuevo tras aquel momento hipnótico.

—Bueno, que a ti te gusta una clase de hombre totalmente distinta a la de ese tipo de la floristería.

—Tobin Marks —le recordó Keira a su empleada.

—Pues eso.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. —Kimberly le guiñó un ojo de un modo travieso.

Keira negó con la cabeza y se dispuso a ir a la trastienda por fin. Lo hizo acompañada de una sonrisa gigantesca. En realidad, era una sonrisa demasiado grande como para dedicársela a otro hombre que no fuese su novio.

Al cabo de una hora Keira le dijo a Kimberly que podía hacer la pausa para el almuerzo, y ella se fue al mostrador. Una vez allí, no dejó de observar todo el tiempo desde la ventana la tienda vacía que había justo enfrente, la misma en la que se estaba instalando Tobin. De repente vio que Orchid se asomaba por la puerta y miraba el interior de la tienda fijamente y también con gran «disimulo».

Entonces Tobin salió a la calle, Keira vio que hablaban, y que Orchid cruzaba los brazos una vez más antes de regresar enfurecida a su tienda. ¿Qué acababa de pasar allí? Se lo preguntaría a su amiga más tarde, cuando fuese a llevarle la hucha para los donativos.

¡Las huchas para los donativos! Debía ocuparse de hacerlas. Estaba claro que le faltaban horas al día. Cogió la bolsa que había traído consigo aquella mañana. Dentro estaban los botes de mermelada vacíos y todo tipo de cosas para hacer manualidades que había encontrado en el trastero debajo de un montón de pegatinas gratuitas de las que regalaban a menudo con algunas revistas femeninas. Al parecer, Mary Buckley llevaba décadas coleccionándolas. Se pondría manos a la obra en cuanto regresara Kimberly: así podría empezar por fin la misión «Una nevera para la señora Witherspoon». Se sentía un poco culpable de no haber empezado antes.

Poco antes de cerrar la tienda, Keira repartió al resto las huchas que había preparado.

—Es muy bonita —dijo Laurie colocando la suya al lado de la caja en un sitio donde pudiera verse.

—¿Ya habéis solucionado lo vuestro, cielo?

—Ay... —Keira se encogió de hombros—. Siento el drama de ayer.

—No tienes por qué. Aquí estoy si me necesitas, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Voy a ver a las demás, así las huchas se llenarán rápido. Tan sólo quedan diez días para San Valentín.

—El tiempo vuela. ¿Y no vas a decirme qué ha pensado regalarme Barry?

—¿Qué quieres que te diga, si no lo sé?

—Sí, sí, lo tendré en cuenta la próxima vez.

Keira pasó por delante de su chocolatería y continuó hasta la tienda de Ruby. Estaba aconsejándole a una clienta en la compra de un jarrón antiguo de cristal. Keira le hizo una señal rápidamente y dejó la hucha para los donativos encima del mostrador.

Orchid estaba colgando corazones cuando Keira entró en su tienda.

—¿Más corazones? Con tanto, a este paso no se van a ver tus artículos —se rio.

—Vamos, nunca hay corazones de más, sobre todo en San Valentín. Qué bonito se ve todo afuera con las guirnaldas de luces, ¿verdad? Tuvimos una idea fantástica.

Ambas miraron a través del escaparate hermosamente adornado con velas con forma de corazón, grandes corazones de peluche y tazas que decían «Be

my Valentine» o «Para el mejor marido del mundo». Ya había anochecido y las luces rojas iluminaban Valerie Lane. Tenía un aspecto maravilloso.

—Sí, ha quedado muy bonito —asintió Keira—. Oye, ¿qué ha pasado antes entre Tobin y tú? He mirado por la ventana y por casualidad he visto que estabais discutiendo.

—Vaya, ¿ahora os llamáis por el nombre de pila? Además, no discutíamos.

—Pues parecía otra cosa. Ya lo sabes, si no fuera porque te conozco, diría que «los que se pelean se desean».

—¡Qué tontería! Ya sabes lo feliz que soy con Patrick.

—Entonces ¿por qué te lo tomas tan a pecho y me gritas?

—Perdona, no quería hacerlo. Yo tampoco sé por qué me pongo así, pero hay algo en ese tipo que me altera. Es como los niños del patio de una escuela que se piensan que son mejores que los demás, ¿sabes?

—Ya ha llovido mucho desde entonces...

—Tú ya sabes a lo que me refiero.

—La verdad es que no. No creo que Tobin sea así en absoluto. Le considero un chico muy agradable.

—Acuérdate de lo que te he dicho. Parece que estáis muy unidos los dos.

—Hoy ha estado en mi tienda y se ha presentado. Kimberly se ha quedado completamente prendada de él.

—¡Bah! ¿De ése? ¡Ni siquiera es atractivo!

—¿Eso piensas? Yo diría que tiene algo. Sobre todo su sonrisa. Y sus ojos. —Desde luego, no eran tan bonitos como los del comprador de bombones sin nombre, pero lo cierto es que eran muy expresivos.

—Para mí sólo existe Patrick —aclaró Orchid.

A Keira le pareció que lo decía con demasiado énfasis. Aun así, era la vida de su amiga. No todos los que comenzaban a salir a una edad muy temprana seguían toda la eternidad con la misma pareja. Y también había gente que

seguía con su pareja aunque ya no hubiera motivos para ello. Evitó tener que pensar en Jordan.

—Pues saluda a Patrick de mi parte y que paséis una bonita tarde.

—Lo haremos. Hasta mañana.

—Mañana no vendré. Es el cumpleaños de mi madre y le he prometido pasar el día con ella.

—Suenan genial. ¡Que os divirtáis! Y felicita a tu madre.

—Se lo diré.

Keira también había preparado una hucha para Tobin, pero primero se dirigió a la tienda de lanas.

—¡Oh, Dios! ¿Qué estás haciendo? —preguntó Susan al ver a su amiga con una enorme caja de cartón llena de guantes.

—Estoy contando. Maldita sea, ya me he perdido.

—Lo siento.

—Es igual.

—¿Para quién son todos estos guantes? ¿Son para la tienda?

Echó un vistazo a su alrededor y observó la mesa en la que se exponían artículos tejidos a mano y hechos a ganchillo: guantes, gorras, bolsos, ropa de bebé. También colgaban de ella algunas bufandas, además de un bonito poncho. Keira tenía uno igual en su casa, de color rosa, por supuesto. Se lo ponía a menudo en su piso cuando tenía frío.

—No, no. Estoy intentando tejer cien pares para los sin techo de la ciudad. Quiero repartirlos en el albergue de acogida por San Valentín.

A Keira se le puso la piel de gallina.

—Igual que la bondadosa Valerie.

Susan la miró y le sonrió cariñosamente.

—Sí, por lo menos eso intento. Que lo consiga, eso ya es otra cosa. Me paso todo el día tejiendo, pero sólo he logrado tejer sesenta y ocho pares. O eso creo.

—¿Sólo? ¿Qué dices? Es muchísimo.

—Pero aún no tengo los cien. En fin, lo hago lo mejor que puedo.

—Todavía tienes diez días por delante. Yo te ayudaría, pero no sé tejer.

—Ya lo sé. ¿Qué llevas ahí? ¿Es la hucha para los donativos?

—Sí. Me hubiese gustado prepararlas mucho antes, pero he estado muy ocupada.

—Así estamos todas. Déjame que la vea. Es preciosa... La pondré aquí ahora mismo. Y espero que todas acaben llenas hasta arriba. A lo mejor reunimos tanto dinero que hasta podemos llenar la nevera como se merece.

—Eso sería apoteósico, ¿no?

—Claro que sí.

—No quiero entretenerte más. Te dejo que sigas contando.

—Que te vaya bien, Keira.

—Igualmente. ¡Y a ti también, *Terry*! —le gritó al perro que dormitaba en el rincón. *Terry* alzó la mirada un segundo y volvió a cerrar los ojos.

Acto seguido se plantó en la tienda de Tobin. Llamó vacilante a la ventana. Él la miró sorprendido y fue hasta la puerta para abrirla.

—Keira, ¿en qué puedo ayudarte?

—No quiero entretenerte mucho, pero me gustaría pedirte algo. Estamos reuniendo dinero para la señora Witherspoon, una mujer mayor. La apreciamos mucho y se le ha estropeado la nevera. Sé que eres nuevo aquí, y que probablemente no conoces a la señora Witherspoon. Pero sería fantástico si pudieses colaborar poniendo esta hucha para donativos en tu tienda cuando la tengas acabada.

—Oh —fue todo lo que dijo.

Se quedó mirando el bote decorado con corazones y con el letrero: «Una nevera para la señora Witherspoon». La tapa tenía una ranura para introducir las monedas.

—Me refiero a que... de ese modo seguro que lograría ser popular entre la gente. A veces no resulta nada fácil formar parte de una comunidad nueva...

—Oh, Dios, aquello sonaba a chantaje, a algo mafioso—. Perdóname —dijo rápidamente—. No pretendía presionarte.

Tobin la miró, luego torció la boca mostrando una sonrisa fascinante, y dijo:

—Participaré con mucho gusto. De todos modos, no abriré hasta la semana que viene, si todo va bien. —Le cogió la hucha y empezó a girarla—. Es muy bonita. ¿La has hecho tú?

Keira asintió.

—Gracias.

Se miraron durante veinte segundos como mínimo sin decir una palabra.

—Entonces, que pases una buena tarde —le deseó Keira, y se fue.

Definitivamente no era gay. Ahora estaba segura.

—Kimberly, puedes irte a casa —dijo ella en cuanto regresó a la chocolatería—. Ya sabes que mañana te quedarás sola en la tienda. ¿Te has guardado las llaves?

—Sí.

A Keira no le preocupaba que la chica se encargase de la tienda. Ya lo había hecho otras veces y siempre había salido bien. Durante las vacaciones de verano en la escuela se había quedado varios días seguidos mientras Keira disfrutaba un poco en un centro de spa (en lugar de hacer la estúpida excursión en bicicleta que quería Jordan).

—Muy bien. ¡Anda, ya hay algo en el bote de mermelada! —se alegró al verlo. Algunos clientes generosos habían echado ya unas monedas—. De todos modos, mañana por la mañana te llamaré para ver cómo va todo. Que pases una buena tarde, Kimberly. Si quieres, puedes llevarte una bolsita de las galletas rotas.

—Gracias, Keira. —Kimberly se fue a la parte de atrás para llenar una bolsita con las galletas que había en la lata grande y Keira hizo lo mismo cuando ella se fue.

Gary estaba sentado en su esquina con un vaso de papel en la mano lleno del té que con toda seguridad le había dado Laurie.

—Hola, Gary. ¿Cómo estás? —preguntó Keira como de costumbre, a pesar de que sabía que era una pregunta estúpida. El hombre estaba sentado en la calle. ¿Cómo se supone que iba a estar?

—Bien, gracias —respondió él como siempre—. ¿Y tú?

—Muy bien. Mira, te he traído algunas galletas rotas. Espero que te gusten.

—Qué bien, muchas gracias. —Gary cogió la bolsa con las manos enguantadas.

—Que te vaya bien. Oye, Gary... —No pudo evitar preguntárselo—. ¿Tienes algún lugar donde puedas resguardarte del frío mientras duermes? Hoy hace muchísimo frío.

—Conozco un sitio, uno que está bajo techo. Gracias.

Ella asintió, se apretó el cinturón de su abrigo de color gris y se tapó media cara con su gorro rosa.

Luego cogió el móvil del bolso y marcó el número de teléfono de Jordan.

—Hola, Jordan. Soy yo. ¿Ya estás en casa?

—Sí.

—¿Quieres que lleve algo para cenar?

—¿Qué tal sushi?

—Vale. ¿Rollitos California y nigiri de atún para ti, como siempre?

—Claro, ¿qué si no?

—De acuerdo. Estaré allí dentro de media hora.

Jordan colgó sin decir palabra y ella se dirigió a su restaurante de sushi favorito.

Cuando Keira entró en casa, Jordan estaba sentado tecleando algo en su portátil. Lo apagó en cuanto la vio entrar en la habitación.

—¿Qué haces?

—Nada. Me estaba informando sobre una nueva proteína en polvo.

—¡Ah! ¿Qué tal ha ido el día?

—Como todos los sábados.

Vaya. No podía juzgar cómo había sido, ya que ella trabajaba los sábados, y ese día era como cualquier otro de la semana.

—Aquí está el sushi. ¿Quieres que veamos una película?

—En realidad, quería ver un documental sobre alpinismo que empieza ahora.

—Oh, muy bien. —Confiaba en que no empezara a decir que también quería hacer escalada, y que ella debería apuntarse.

Keira preparó dos platos en la cocina, los llevó hasta el comedor y los dejó encima de la mesita del sofá. Fue a buscar dos cervezas light para los dos.

—¿Estás comiendo tempura? —preguntó Jordan mirando con mala cara sus langostinos fritos.

—Me apetecían.

—¡Si tú lo dices!

Vieron el documental sobre alpinismo increíblemente aburrido mientras se comían el sushi. Keira estaba entretenida con los palillos y comía más despacio de lo habitual para poder saborear mejor la deliciosa comida. Primero, el maki de aguacate, luego el nigiri de salmón y los rollitos California. Dejó para el final la exquisita tempura de langostinos.

Fue un momento al baño y, cuando regresó, vio que su plato estaba vacío.

—¿Te has comido mis langostinos? —preguntó sorprendida.

—Sí, pensaba que no querías más —contestó Jordan sin apartar la vista del televisor.

—¿Lo dices en serio? Me había dejado adrede lo mejor para el final. Sabes que siempre lo hago.

—Perdona, pensaba que ya habías acabado de comer.

Ahora era ella quien se plantaba con los brazos cruzados.

No podía creérselo. ¿Había llegado hasta ese punto sólo para que ella se

quitara un par de calorías de encima?

Se quedó de pie enfadada un buen rato. Pero Jordan no volvió la cabeza hacia ella, por lo que tampoco pudo ver lo que pasaba. Seguro que no se hubiese dado cuenta de ello aunque se hubiera puesto a bailar desnuda *El baile de los pajaritos*.

Desesperada, se dirigió a la cocina y abrió la caja de bombones que William le había regalado tan generosamente el día anterior. Sin embargo, estaba tan furiosa que, después de haberse comido dos trufas, volvió al comedor, apagó el maldito documental de la televisión y le dijo a Jordan:

—¡Estoy harta! Deberías plantearte si quieres seguir conmigo.

—¿A qué viene eso ahora? ¡Yo no he hecho nada!

—¡Te has comido mis langostinos, Jordan!

—¿Y qué?

—No entiendes nada, ¿no?

—No, la verdad es que no. ¿Puedes encender la tele otra vez?

—Hazlo tú. ¡Yo me voy!

Se apresuró hasta el dormitorio, cogió del armario una pequeña bolsa de viaje y metió en ella lo necesario para pasar aquella noche, sin olvidarse de la caja de bombones. Luego cogió el regalo para su madre y se marchó cerrando con un portazo la puerta de casa.

Atravesó la ciudad en autobús y acabó aquella horrible noche frente a la puerta de la casa de su madre.

Sonrió con tristeza.

—Hola, mamá. ¿Te apetece que empecemos a celebrar tu cumpleaños ya?

Su madre la miró y enseguida supo que no había venido hasta allí con sus pertenencias para celebrar su cumpleaños.

—Estaría muy bien —respondió cogiéndole la bolsa de las manos.

Keira no dejaba de mirar la puerta de su tienda rebotante de ilusión. Era lunes, y aquel día vendría; como cada semana. Desde que las cosas se habían torcido con Jordan pensaba cada vez más en él, más de lo que lo hacía antes.

Ella no había regresado a casa. Jordan no había ido a buscarla para suplicarle de rodillas. Hacía dos días que no sabía nada de él.

Había dormido en el sofá de su madre, pero no le importaba. Hubiese preferido dormir en la esquina de la calle junto a Gary que tener que compartir la cama con Jordan. Estaba hecha una furia con él, y ni siquiera sabía el motivo. Todo había empezado cuando se comió su tempura de langostinos. Jordan nunca había sido una persona considerada, así que aquello no debería sorprenderle. Probablemente la cadena de desconsideraciones era tan larga a estas alturas que apenas lograba ver qué había al otro extremo: la atención y el cariño que hubo en su día. A veces se preguntaba si de veras llegó a haberlos o si llevaba imaginándoselo todo ese tiempo. A veces necesitamos tanto creer en algo, que acabamos por no ver la realidad. Eso era lo que le había dicho Laurie el viernes por la tarde mientras conversaban las dos mano a mano con un buen ron; el mismo que le añadía a sus bombones.

«Te quiero muchísimo, Keira, pero déjame que te diga una cosa: estás ciega. No sé por qué, pero es así. Deberías abrir los ojos de una vez y ser realista.»

Lo había comprendido. De algún modo, aquello le había abierto los ojos. Y la situación se había vuelto insostenible después de que, apenas veinticuatro horas después, Jordan hubiese hecho lo posible una vez más para

impedir que comiera porque pensaba que había engordado en exceso. Necesitaba tomarse un tiempo, necesitaba saber qué quería en realidad; saber si lo suyo con Jordan tenía sentido aún.

El domingo se había vuelto a pasar por casa en cuanto se aseguró de que Jordan estaba en el gimnasio. Una vez allí, metió en una bolsa algo de ropa, sus cosas de maquillaje y un par de libros con la esperanza de que la ayudasen a desconectar un poco. Su madre le había dicho que podía quedarse con ella el tiempo que deseara, y Keira se había hecho la firme promesa de no volver con Jordan hasta que no se hubiese disculpado con ella y le hubiese prometido que iba a cambiar. Y debían cambiar algunas cosas. Quería que la aceptara de una vez tal y como era; que dejase de hacer observaciones y comentarios estúpidos. No necesitaba que por su cumpleaños le regalase un vale para hacerse socia de un gimnasio, ni que le dijera frases del tipo «Pensaba-que-no-querías-comer-más-tempura». ¡No! ¡Aquello se había acabado para siempre!

Miró hacia la puerta de nuevo. Eran casi las tres y media. El cliente de los lunes solía llegar entre las tres y las cuatro de la tarde, posiblemente al salir del trabajo. Se preguntaba cuál sería su profesión. No le costaba imaginárselo como profesor o empleado en un banco. Irradiaba tanta seriedad que le parecía de fiar. ¡Le hubiese gustado tanto poder hablar con él un poco más, y no sólo las tres frases que solían cruzar! ¿Debería atreverse? No había motivos para no hacerlo: no iba a cargarse su matrimonio porque un día le preguntase por su salud o su profesión o porque, dos años después, por fin, le preguntara su nombre.

Faltaba un cuarto de hora para las cuatro. La señora Bronte, una clienta más o menos de la edad de su madre, le preguntó por las frutas bañadas en chocolate. Keira la acompañó hasta el estante blanco con las orquídeas rosas en el que estaban bien ordenadas las diferentes variedades empaquetadas elegantemente en bolsitas grandes y pequeñas con un clip dorado.

—¿Qué variedad le gusta? Tengo ciruelas, albaricoques, manzanas, higos,

dátiles, piña, fresas, frambuesas y kumquats.

—¡Kumquats! ¿De verdad?

—Sí, Pruébelas con chocolate blanco, son deliciosas. —Fue a buscar un recipiente que contenía diferentes muestras, y le dio a la mujer una de las frutas agridulces.

—¡Están muy ricas! Señorita Buckley, no deja de sorprenderme.

Keira sonrió feliz.

—Me alegro. ¿Quiere probar algo más?

—¿Qué tal los aros de manzana recubiertos de chocolate con leche?

—Perfecto. Tenga, pruebe uno. —Se acercó al recipiente con la pinza y sacó un aro de manzana para la señora Bronte.

—Fantástico. Con usted no hay manera de poder decidirse.

—Entonces llévese los dos —dijo con un guiño de complicidad.

—¿Sabe qué? Eso mismo haré. Póngame las dos variedades en una bolsa grande. También quería preguntarle una cosa: mi nieta se ha hecho vegana. —El modo en que pronunciaba la palabra «vegana» hacía suponer que no le gustaba ni un pelo—. ¿No tendrá algo así por casualidad?

—Allí tengo un pequeño surtido, ¿lo ve? —Señaló la mesa que había en el rincón más alejado. Poco a poco se daba cuenta de que empezaba a abrirse un nuevo mercado. Debía informarse acerca de otros productos veganos: quería ofrecerle a cada cliente lo que necesitaba.

—¡Oh, qué bien! Me llevaré este mismo; y ese otro. —La señora Bronte se decidió por una tableta de chocolate con leche de arroz y una caja de crocante de avellana.

Fueron juntas hasta la caja.

—¿Así que ya la han hecho abuela? No me lo hubiese imaginado nunca —dijo Keira manteniendo la conversación. A las clientas como la señora Bronte les encantaba la charla.

—Oh, sí. Ya tengo cuatro nietos.

Ahora sí que Keira abrió los ojos como platos. Aquella mujer era apenas

mayor que su madre. Seguro que ella también deseaba tener nietos algún día. Y al parecer, no tenía más remedio que renunciar a ellos por siempre. Un tema más que debía mencionar urgentemente en caso de que ella y Jordan acabaran haciendo las paces algún día.

—¿Y qué edad tienen?

—Tres, cinco y ocho años y, la mayor, trece. Se llama Tina, es mi nieta vegana. Bueno, a ver por cuánto tiempo. —Se echó a reír.

A Keira le parecía fantástico que alguien tan joven tuviera sus propias opiniones, que supiera lo que quería en la vida. Algunas personas seguían sin saberlo a sus veintinueve años...

—Espero que haya decidido bien, y que le guste mucho a Tina.

—Estoy segurísima de que sí. Hasta pronto, señorita Buckley. Oh, acabo de verlo ahora. ¿Están haciendo una recolecta para la señora Witherspoon? —Examinó la hucha para los donativos.

—Sí, la buena mujer se ha quedado sin frigorífico.

—Vaya, eso no puede ser. —Sacó su monedero rápidamente del bolso y metió un par de monedas en la hucha—. ¿No recauda dinero para los niños de África como de costumbre? Siempre lo hace por estas fechas, ¿no es así?

—Sí, sí. Aquí está la hucha. No quería ponerla en este sitio porque pensaba que podría dar la sensación de que sólo quiero robarle dinero a la gente.

—¡Qué disparate! Nunca se ayuda lo suficiente. Vamos, ponga la otra hucha aquí delante, también. Justo al lado de la caja. ¡No se lo piense! —pidió la señora Bronte.

«Está bien», pensó Keira. «Tendré que hacer lo que me dice.» Cogió la hucha para donativos que estaba debajo del mostrador, en la que ponía «África» en letra grande, y la puso al lado de la otra.

—Mucho mejor. Pero aún está vacía del todo. Aquí tiene: voy a inaugurarla. —Desplegó un billete de cinco libras y lo introdujo en la hucha.

—Es usted muy generosa, señora Bronte. Se lo agradezco de todo corazón.

—No deberíamos olvidar nunca lo bien que vivimos; es más, deberíamos dar las gracias por ello a diario.

—Sí, no puedo estar más de acuerdo con usted.

—Debo irme ya. Le prometí a Edward que hoy haría un asado.

—Salúdele de mi parte.

—Lo haré. ¡Adiós!

—Adiós.

Siguió a la señora Bronte con la mirada y notó que se le ponía la piel de gallina. Momentos así nos demostraban que todavía existían personas buenas en el mundo. Personas maravillosas. Y se alegraba de conocer a un gran número de ellas.

Por fin entró por la puerta el cliente sin nombre, y esta vez se propuso averiguar por todos los medios cómo se llamaba. Al fin y al cabo, ya hacía más de dos años que venía a su tienda, como mínimo, una vez por semana. Era casi un deber que se presentara, ¿no?

—Buenas tardes —dijo ella mostrando su sonrisa resplandeciente.

—Buenas tardes. Hoy hace un día muy oscuro. Es agradable ver un rayo de sol como usted.

¿Acababa de oír aquellas palabras o sólo eran fruto de su imaginación? Porque nunca había dicho nada parecido. Quizá estaba soñando. Quizá era medianoche y se hallaba en casa de su madre durmiendo profundamente en el sofá. Estaba intentando descubrir a toda costa si aquello era real cuando su cliente, nervioso, se rascó la nuca y dijo:

—Le ruego que me disculpe si he dicho algo inapropiado.

—No, no lo ha hecho —le aseguró.

—¿Está segura? Su rostro parecía decir justo lo contrario.

—Oh, vaya, perdóneme. Es sólo que me ha sorprendido. Nunca me había dicho algo así.

—Sí, yo... —Volvió a tocarse la nuca con un gesto en apariencia nervioso.

A pesar del mal tiempo, su cabello castaño seguía impecable como

siempre, engominado y con raya a un lado. Vestía traje y corbata bajo su abrigo de color marrón; lo sabía porque no llevaba ninguna bufanda en el cuello que le tapara.

—No lleva bufanda —dijo al no saber qué más decir. Estaba increíblemente nerviosa—. Si le interesa, al otro lado de la calle, en la tienda de Susan, hay unas bufandas tejidas a mano muy bonitas. —Vaya. ¿Eso era lo único que sabía decir?

—Lo sé —replicó el hombre—. He ido varias veces allí para comprar lana.

¿En serio? Al parecer, su mujer tejía.

—De todos modos, no soy muy de ganchillo —añadió con una sonrisa de medio lado.

—Claro que no. —Keira se llevó la mano a la frente para secarse el sudor, que pensaba que se le había quedado literalmente pegado.

—Bueno, espero que no le hayan molestado mis palabras. Tan sólo pretendía hacerle un cumplido por sonreír con tanta alegría cada vez que entro en la tienda. Me refiero a que seguro que lo hace con todos los que entran aquí. Yo... Oh, vaya... Creo que esta situación se ha convertido en un bucle. —Se rio.

Keira no tuvo más remedio que reír también.

—Yo también lo creo. Pues gracias por este bonito cumplido. De verdad, es muy... bonito.

—Sí, es bonito...

Ella respiró hondo una vez y preguntó:

—¿Desea lo mismo de siempre?

—Sí, gracias.

Empaquetó cien gramos de trufas de mantequilla recubiertas de chocolate con leche, cien gramos de trufas con naranja recubiertas de chocolate negro, añadió dos bombones más para probar y dijo:

—Aquí tiene. Son nueve con ochenta, como siempre.

El hombre pagó e introdujo el cambio en la hucha para la señora Witherspoon.

—Muchas gracias, hasta la próxima —se despidió.

A pesar de todo estaba deseando que se fuera para poder sentarse por fin: esperaba que sus rodillas pudiesen recomponerse de nuevo. En ese momento le temblaban como si fuesen un pudín: un pudín de chocolate con salsa de vainilla.

—Hasta la próxima —contestó girándose mientras caminaba.

—¡Espere! —le gritó ella más fuerte de lo que hubiese querido. Deseaba atreverse de una vez por todas—. ¿Cómo se llama?

—Thomas Finch. ¿Y usted?

—Pudín de chocolate.

—¿Cómo dice? —Sonrió complacido.

Ella enrojeció, sintió que le subía mucho la temperatura y sus rodillas se convertían en chocolate líquido.

Se dio unos golpecitos en la frente avergonzada.

—Keira, por supuesto. Keira Buckley. Por favor, no tenga en cuenta mi comportamiento. Hoy no estoy siendo la de siempre. Confío en que vuelva la próxima semana a pesar de todo. Aunque también lo entendería si no viniese.

—Volveré —dijo Thomas Finch, y sonrió—. Hasta la vista, Keira.

Cuando por fin se fue, ella se sentó y se tapó la cara con las manos. ¡Dios mío, qué vergüenza! ¿Qué le había pasado? ¿Pudín de chocolate? ¡Madre mía! Era aún más ridículo que lo que le había ocurrido a Laurie con Barry. Cuando él le dijo que le llamaban Barry (su nombre completo era Bartholomew, en efecto, ¡los padres seguían poniendo ese tipo de nombres!), ella le contestó: «Yo tengo una gran variedad de Sweet Barry». ¡Sweet Barry en lugar del té Sweet-Berry!¹ Había sido calamitoso, ¡pero lo suyo lo superaba con creces! Y encima hasta ahora ni siquiera sabía que podía ponerse tan nerviosa delante de un hombre.

¿Qué había desencadenado aquella situación? ¿El bonito cumplido de

Thomas? La había llamado «rayo de sol». ¡Rayo de sol! Sintió que su cuerpo se derretía de nuevo. Y, por un breve instante, se olvidó de Jordan.

Por primera vez desde hacía años, Keira sintió la necesidad de fumarse un cigarrillo. Había fumado antes, en la época en que conoció a Jordan, pero lo había dejado enseguida por la manía que él tenía con su salud. Ahora se preguntaba si había dejado de fumar porque de verdad quería hacerlo o porque él se lo había pedido. Del mismo modo se preguntaba por qué necesitaba empezar con ello. ¿Para vengarse de él? ¿O sólo por el estrés que arrastraba desde hacía semanas? Mejor dicho, desde hacía años. Nunca le había abierto su corazón realmente: había tenido que tragarse su descontento como si fuese leche agria que se bebe por accidente. Pero por fin estaba preparada para escupirla de nuevo.

Era un miércoles por la tarde, faltaba poco para las seis. Se sentó en el banco pintado de color azul que había delante de la tienda y observó que Tobin Marks estaba dando golpes con un martillo, haciendo trabajos de carpintería y montando todo tipo de cosas en su tienda ampliamente iluminada. En alguna ocasión se había pasado gente por el local para ayudarlo, aunque parecía que trabajaba solo la mayor parte del trabajo. Era un hombre todoterreno. Y aun así no mostraba ninguna arrogancia. Jordan también creía que él podía y sabía hacerlo todo; y lo proclamaba a los cuatro vientos. Como mínimo a menudo lograba que su interlocutor tuviera la sensación de que era tonto.

Keira seguía durmiendo en casa de su madre. Nada había cambiado. Jordan no había dado señales de vida, tampoco se había disculpado ni le había pedido que hablaran para aclarar las cosas. Era de lo más extraño, ya que no era la primera vez que discutían, y nunca había reinado entre ellos un

silencio de estas características. Probablemente, el hecho de ignorarla por completo no era una buena señal. Era como si no significase nada para él, como si no la echara de menos en absoluto. Le pareció que los corazones rojos que colgaban a su alrededor y por encima de su cabeza eran una especie de pájaros burlones que la observaban desde cada esquina mientras se burlaban con su dulce canto. Llevaba días escuchando en su mente la canción *It's All Over Now, Baby Blue* de Bob Dylan. ¿Se trataría de alguna señal?

El señor Spacey y Barbara salieron del portal que había entre la tetería de Laurie y la chocolatería de Keira cogidos de la mano y caminaron por la romántica calle de Valerie Lane antes de doblar la esquina y tomar Cornmarket Street. Así que era cierto que los dos sentían algo el uno por el otro; otra pareja enamorada que había en su entorno más inmediato. ¿No querría Cupido reírse de ella en cierto modo?

Keira respiró hondo. Sus amigas saldrían de sus tiendas en cualquier momento para dirigirse a la de Laurie. Temía que Ruby no viniese para no dejar a su padre a solas de nuevo, pero les había confirmado que el miércoles por la tarde le iba bien. Su padre lo había apuntado en el calendario que siempre llevaba a todas partes. Sabía que los miércoles por la tarde su hija llegaba a casa más tarde, al igual que sabía que trabajaba durante el día y que acudía a los mercados de segunda mano los fines de semana. Todo iba bien mientras pudiese llamarla de vez en cuando.

Cerró los ojos y se preguntó qué pasaría a partir de ese instante. Cuando los abrió vio que Susan venía hacia ella. *Terry* la seguía con paso tranquilo.

—Hola, cielo. ¿No tienes frío aquí fuera? Yo ya hubiese cogido una cistitis.

Por ahora una cistitis era el menor de sus problemas.

—Quería tomar un poco el aire, eso es todo. ¿Cómo estás? ¿Cuántos pares tienes ya?

—Ochenta y cuatro, y aún me queda casi una semana por delante.

—Ya te dije que lo conseguirías. ¿Vamos a la Tea Corner?

—Sí, vamos. Espero que la señora Witherspoon nos honre de nuevo con su visita. En el mejor de los casos, vendrá acompañada de Humphrey.

—Sí, nos ha dejado bien intrigada a todas.

—¡Y que lo digas!

—¿Crees que... existe de verdad? —preguntó Keira.

Susan la miró de reojo:

—¿Piensas que es una invención suya?

—Por un momento lo he pensado, sí.

—No, no lo creo. ¿Por qué iba a inventarse algo así?

—¿Porque se siente sola? ¿Cuánto hace que falleció su marido?

—Murió hace dieciocho años, cuando ella tenía sesenta y nueve. Me lo contó una vez.

Keira negó con la cabeza.

—Hace dieciocho años yo tenía once, y aún jugaba con las muñecas Barbie.

—Sí, tiene una larga vida a su espalda. Una buena vida: ha vivido muchísimas cosas.

Keira se quedó pensativa.

—Espero poder decir yo lo mismo cuando sea mayor.

—Tú y todas nosotras.

Entraron en la Tea Corner y Laurie salió enseguida a recibir las.

—¡Hola a las dos! Entrad, aquí dentro se está bien. Hola, *Terry*, qué bien que hayas venido tú también.

—*Terry* tiene una cita para cazar mariposas el viernes, diez de marzo — les informó Susan mientras dejaba a un lado su chaqueta.

—¿Cazar mariposas? —preguntó Keira sorprendida.

También ella se quitó la ropa de abrigo y la dejó en el respaldo de una silla. Le encantaba la idea que había tenido Laurie de poner algunas mesas y sillas en su tienda para servir el té. Era el lugar perfecto para sus encuentros de los miércoles. Aun cuando no fuese la misma tienda de hacía cien años o

más, cuando Valerie Bonham organizaba sus reuniones. El viejo local albergaba ahora la tienda de antigüedades de Ruby, y no resultaba tan cómodo sentarse para conversar en alguna de las viejas sillas que había entre la vajilla centenaria y los cuadros antiguos.

Laurie también necesitó un par de segundos antes de comprender a qué se estaba refiriendo Ruby. ¡Iban a esterilizarlo!

—Oh, pobrecito. ¿Por qué le das un nombre en clave?

—Para que no sepa de qué va todo en realidad.

—¿Y crees que él iba a enterarse si se lo dijeras directamente?

—Claro que sí. *Terry* es un perro muy sensible.

Keira se rio al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡Bueno, si tú lo dices! Cambiando de tema: Laurie, ¿qué nos has preparado hoy que sea tan bueno?

—No lo sé. ¿Has vuelto a traer algún dulce?

—Vaya, lo he olvidado por completo. —Había pensado en coger algunas galletas.

—No importa. Haremos el té y ya está.

—No, no. Voy un momento a buscarlas. ¿Qué preferís, galletas, frutas o bombones?

—Yo tengo ganas de albaricoque —dijo Susan—. Esta tarde he probado uno con sabor a albaricoque y desde entonces me apetece comerlo.

—Muy bien. Pues traeré albaricoques bañados en chocolate. Vuelvo enseguida.

Salió de la tienda sin ponerse el abrigo y confiando en no ponerse mala al día siguiente.

Después de coger del estante dos bolsas de albaricoques y una caja de galletas con almendra, puso su mirada en Gary. Estaba sentado en su esquina, envuelto en una manta gruesa. Se dirigió a él.

—Gary, es miércoles por la tarde. Ven a la tienda de Laurie.

—No quiero molestar.

—No molestas. ¿No sabes que la Tea Corner abre sus puertas todos los miércoles por la tarde? Hablamos un poco, tomamos un té caliente y comemos algo dulce. Lo pasamos bien. —Le tendió la mano y, en efecto, Gary se la cogió. Miró sus cosas por un instante y dejó todo donde estaba a excepción de su vieja mochila. Luego la siguió.

—Ya está aquí —gritó Laurie—. ¡Y viene cargada de dulces!

Orchid dio un grito de júbilo. Ruby miró a Gary y sonrió con timidez. Keira comprendió enseguida por qué el joven la había seguido sin necesidad de insistirle demasiado.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó Keira—. No he estado fuera ni tres minutos. Mirad quién ha venido conmigo.

—Es genial. Buenas tardes, Gary. Siéntate donde quieras —le instó Laurie.

Gary se sentó en la silla vacía que había al lado de Ruby. Llevaba la misma vieja chaqueta de siempre. Sus pantalones también estaban gastados y daba la sensación de que llevaba tiempo sin darse un baño. Keira percibió un ligero olor a moho, pero no dijo nada. Pensó que a Ruby no le importaría demasiado. Su amiga pasaba los días rodeada de cosas viejas y enmohecidas.

—¿Alguien quiere una taza de té? —preguntó Laurie. Había preparado una tetera—. Hoy tenemos té con albaricoque y flores de saúco. Está delicioso, es un té francés.

Todos dijeron que sí, y Laurie lo sirvió.

—¡Mirad quién llega por ahí! —gritó Orchid, y todos miraron por la ventana.

—¡Es la señora Witherspoon! —se alegró Keira.

—Pero viene sola. —Susan puso una cara de decepción.

—¡Oh, maldita sea! ¡Date prisa, Laurie, esconde la hucha! —gritó Orchid.

¡Vaya, la hucha! La recolecta tenía que ser una sorpresa para la señora Witherspoon. No debía averiguar nada aún.

Laurie corrió hasta el mostrador y tuvo tiempo de esconder la hucha detrás

del mismo antes de que la señora Witherspoon pudiese verla.

—Buenas tardes —saludó rápidamente a la anciana—. Qué bien que haya venido.

Fue hasta ella y la ayudó a quitarse el abrigo. La señora Witherspoon llevaba a juego con su falda oscura una chaqueta de punto de color azul que Susan le había tejido. Al parecer la había tejido demasiado pequeña para la clienta que la había pedido en un principio.

—Hola. —La señora Witherspoon sonrió y saludó con la mano al resto.

—¿Le apetece también un té? Es de albaricoque y flores de saúco.

—¡Es francés! —añadió Orchid.

—Encantada.

Keira dejó libre su asiento y se lo ofreció a la señora Witherspoon.

—¿Cómo está? —preguntó a la anciana al tiempo que cogía otra silla de la mesa de al lado.

—Fabulosamente.

—¿Siguen igual de enamorados? —preguntó Orchid con una sonrisa alegre.

—¿Le habéis contado a las demás lo de Humphrey? —La señora Witherspoon miró a Keira y a Laurie al mismo tiempo.

—Oh, lo sentimos mucho. ¿No debíamos contarle? —preguntó Laurie sintiéndose culpable.

—No, está bien. No pasa nada por que todos lo sepan. Y, en efecto, Orchid; seguimos igual de enamorados. —La mujer continuó con lo suyo de un modo aún más radiante.

—¡Ja, ja, ja! ¡Es usted muy moderna!

—Eso no me lo había dicho nadie. —La señora Witherspoon se rio.

—¿Cómo es que no ha venido Humphrey con usted? —preguntó Susan.

—Ha quedado con su hija para ir a jugar a los bolos.

—Oh, vaya. Parece que está muy en forma a sus setenta y nueve años, ¿no? —Laurie sirvió el té a la señora Witherspoon, puso los dulces en la

mesa y se sentó junto a los demás.

—¡Si tú supieras...! —dijo la señora Witherspoon riéndose entre dientes con satisfacción.

Todas abrieron los ojos como platos. Incluso Gary, que aún no había dicho una palabra, no tuvo más remedio que sonreír.

—¡Señora Witherspoon! —dijo Susan—. Es usted muy mala.

—Yo no he dicho nada —replicó ésta, aún sonriendo.

Mientras todos probaban el té y las deliciosas galletas, Ruby dijo:

—Me gustaría disculparme por lo de la otra noche... —Por lo visto, buscaba las palabras adecuadas para ello.

—No pasa nada, Ruby. No tienes por qué disculparte —le aseguró Susan.

—Sí, yo...

Orchid, que estaba sentada a su otro lado, le cogió la mano.

—De verdad, no pasa nada en absoluto. Lo comprendemos.

Aquellas palabras eran justo las que Keira habría deseado decirle también, pero en su mente se escuchaban de un modo tonto. Dichas por Orchid sonaban perfectas.

—Gracias.

Gary también la miró, comprensivo. Sus dedos se movieron y, por un segundo, Keira creyó que iba a cogerle la otra mano a Ruby. Sin embargo, volvió a dejarlos en la misma posición.

—¿Y bien? ¿Alguna novedad? —preguntó Susan.

—¡La fiesta del bebé de Phoebe fue impresionante! —informó Orchid.

Había tenido lugar el sábado, el mismo día en que Keira se había marchado de casa. Lo había olvidado por completo. Pero allí estaba Orchid para contarles con todo detalle lo que había ocurrido.

—Y entonces tuvimos que probar varias papillas y adivinar cuáles eran. Sólo os diré una cosa: todas son igual de nauseabundas.

Gary se levantó en cuanto Orchid acabó su historia.

—Debo irme ya. Gracias por la invitación.

—Quédate un poco más —le suplicó Ruby.

—No, es que... ¿Nos vemos mañana?

Ella asintió.

—Siempre serás bienvenido aquí, Gary —le hizo saber Laurie—. Ya sabes dónde encontrarnos.

Gary asintió y se dirigió a la puerta.

—Es un joven encantador —dijo la señora Witherspoon.

—Sí, lo es —opinó Laurie.

—¿Qué más novedades tenemos? —preguntó Orchid.

Keira reunió todas sus fuerzas antes de decir:

—Me he marchado.

—¿Que te has qué? —preguntó Susan.

Laurie, la única a la que le había contado todo, le lanzó una mirada llena de confianza.

—Que me he marchado... de casa. Jordan y yo volvimos a pelearnos, y ya no pude soportarlo más. Empaqueté mis cosas y me fui a casa de mi madre. Aunque no me quedaré allí para siempre.

—Has hecho bien.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque Jordan es un idiota. No se merece en absoluto a alguien como tú.

—Llevo diciéndole lo mismo desde hace una eternidad —coincidió Laurie.

—¿Todas pensáis que es un idiota? —preguntó Keira mirando al resto.

Sus amigas asintieron por unanimidad.

—Yo no puedo decir nada al respecto porque no conozco a ese joven —dijo la señora Witherspoon.

—¿Cómo iba a conocerlo! Jordan no viene nunca a Valerie Lane —respondió Susan en tono despectivo.

—Piensa que Keira está muy gorda —le informó Laurie.

—¿Eso piensa? —La señora Witherspoon observó a Keira exhaustivamente y a continuación negó con la cabeza—. Yo opino lo mismo: es un idiota.

¡Cielo santo! Hasta la señora Witherspoon pensaba que Jordan no era la persona adecuada para ella.

—No vuelvas con él —le aconsejó Orchid—. Aunque te lo suplique de rodillas.

—Eso no va a suceder —aseguró Keira. En realidad, se refería a que Jordan no iba a suplicarle de rodillas, pero no lo entendieron así.

—Muy bien. —Laurie asintió satisfecha.

Se hizo el silencio. Durante un minuto. A continuación, Orchid preguntó:

—Oye, Ruby, ¿qué pasó con aquel tipo de la prótesis en la pierna: el hombre para quien la bondadosa Valerie hizo la recolecta?

Ruby le lanzó a Orchid una mirada incrédula. Keira pensó lo mismo. Si desvelaba aquel secreto, la misión del frigorífico se iría a pique.

—¿Te refieres al señor Olsen? Consiguió su prótesis.

—¿Sí? Es fantástico, y todo gracias a Valerie.

—Sí.

Todas podían ver que Ruby quería poner fin a aquel tema. Todas, menos Orchid.

—¿Y cuánto costaba la prótesis en aquella época? Vaya, no tengo ni idea de lo que vale hoy en día, pero debe de ser bastante cara, ¿no? Oh, Dios... Y en aquel tiempo no había los recursos que hay ahora. No sería una pierna de madera, ¿no?

La señora Witherspoon tomó la palabra.

—Conozco la historia. Sucedió en el año 1907. El pobre señor Olsen perdió la prótesis de su pierna en un incendio.

—¿En un incendio? ¿Cómo ocurrió? —quiso saber Orchid.

—Estaba durmiendo y la cortina empezó a arder. Se quemó toda la habitación, y a él lo salvaron justo a tiempo. Pero no pudieron recuperar la

pierna de madera. Ardió como el fósforo.

—Entonces la prótesis no es lo único que perdió, ¿no? —dijo Laurie.

—Bueno, la casa no era suya. Se la arrendaba el malvado señor Harrison, que le cobraba una fortuna por estar allí. Así que, al final, tuvo su merecido al destruirse su propiedad. En cualquier caso, el fuego acabó con todo y, por supuesto, fue algo gravísimo. Pero la pérdida de la pierna de madera... No poder caminar de nuevo... Ésa fue una verdadera tragedia para el señor Olsen. Cada día tenía que recorrer un largo camino para ir a visitar a Annabelle, su amada, que trabajaba en una floristería al otro lado de la ciudad.

—¡Oh, no! ¿Y nunca más pudo ir a visitarla? —preguntó Susan. Acababa de despertarse su lado romántico.

La señora Witherspoon movió la cabeza con un gesto trágico.

—No. La bondadosa Valerie se enteró de la malograda situación en la que se hallaba el hombre, y repartió botes de vidrio por el vecindario a fin de reunir el dinero suficiente para comprar otra prótesis.

Ellas se miraron con complicidad. Ninguna dijo nada.

—Al cabo de seis semanas, el señor Olsen ya tenía una pierna nueva.

—¿Y dónde vivió después de que se hubiese quemado su habitación? —preguntó Orchid.

—¿A quién le interesa eso? —soltó Susan—. A mí me gustaría saber si volvió a ver a Annabelle.

—Cada cosa a su tiempo, queridas. El señor Olsen se fue a vivir al sótano de la casa de su hermana. Aceptó quedarse allí, ya que lo único que le importaba era Annabelle.

—¿Y volvió a verla? —preguntó Susan, en ascuas.

La señora Witherspoon bajó la mirada.

—No. Por desgracia no. Cuando consiguió volver a caminar y recorrer el largo trecho hasta la floristería, la dueña de la tienda le contó que Annabelle había fallecido... a causa de la fiebre escarlatina.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! —Susan estaba impactada.

«Pues sí», pensó Keira, «no todas las historias de amor acaban siempre bien».

—No es cierto —dijo Ruby—. Susan, puedes estar tranquila. Ocurrió de un modo completamente distinto.

—¿En serio? —Susan miró a Ruby llena de esperanza.

No sólo esperaba que aquella terrible historia tuviese un final feliz. Al fin y al cabo, Ruby era, de todas ellas, la que más sabía acerca de la época pasada. Y, así como la señora Witherspoon sólo se dedicaba a contar las leyendas que corrían sobre Valerie, al parecer su amiga conocía la verdadera historia como si la hubiese vivido ella misma.

—No tengo ni idea de cómo puedes saber estas cosas, pero sigue —le pidió Orchid.

Ruby sonrió con aire misterioso.

—El señor Olsen se dirigió cojeando hasta donde se encontraba Annabelle —retomó la historia—. Llevaba siete semanas sin verla y la echaba muchísimo de menos. Los dos se abrazaron, él le compró una rosa y le pidió la mano con la flor.

—¿De rodillas? —preguntó Orchid riéndose.

—¡No te rías, Orchid! —la riñó Ruby—. Annabelle le dijo que sí y se casaron una semana después. Tuvieron cinco niños antes de que Annabelle falleciera. Es cierto que murió de escarlatina, pero fueron felices juntos.

—¡Ay, es precioso! —Susan estaba entusiasmada.

—No es eso lo que yo he oído —la contradujo la señora Witherspoon.

—No importa. Sea como fuere es una bonita historia de amor —intentó calmar los ánimos Laurie.

—Se está haciendo tarde —dijo Susan—. ¿Lo dejamos para otro día? Tengo que sacar a *Terry*. ¿Quiere que la acompañemos a casa? —le preguntó a la señora Witherspoon.

—Será un placer, hija. Si no es una molestia.

—En absoluto.

Ambas se pusieron en marcha, y las demás se fueron despidiendo poco a poco.

—Si necesitas algo... —le hizo saber Laurie a Keira.

—Estoy bien, no te preocupes —le contestó—. Hasta mañana. Y no te olvides de volver a poner la hucha en el mostrador.

—Sí, ha estado a punto de pillarnos. Mira lo llena que está ya.

La cogió y se la enseñó con aire satisfecho. Estaba casi llena, y eso que sólo habían pasado cinco días desde el comienzo de la recolecta. En menos de seis semanas tendrían el dinero ahorrado.

—La mía está igual —le dijo Keira, contenta.

—Estamos haciendo una buena obra.

—Sí, es verdad.

—Saluda a tu madre de mi parte. Y cuídate, Keira. ¿Me lo prometes?

—Claro que sí.

Le dio un cariñoso abrazo a su amiga y se dirigió a la parada del autobús. Gary ya no estaba en su esquina. Estaba vacía, como si nunca hubiese estado allí.

—Buenos días, Keira. ¿Qué haces aquí tan temprano? —Tobin cruzó la calle y fue hasta ella.

Otra vez estaba sentada en el banco dándole vueltas a la cabeza.

El aire frío le despejaba la mente y los pensamientos cobraban mucho más sentido.

—Buenos días, Tobin. Veo que estás progresando con la tienda —le respondió.

—Sí, como tiene que ser. Así podré abrirla el sábado tal y como había planeado. —Se quedó observándola y le dijo—: No has contestado a mi pregunta.

—Sí, yo... —Volvió a respirar hondo—. Estoy pensando.

—Vaya. ¿Con este frío?

—El frío va bien. —No dijo nada más, pero Tobin siguió observándola.

—Te ruego que me disculpes. No es de mi incumbencia.

El modo en que la miraba con sus ojos profundamente azules... De repente pensó que podía confiar en él y contárselo todo.

—He dejado a mi novio. O, mejor dicho, me he marchado de casa. No sabría decir si de verdad lo hemos dejado.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Tobin.

—Claro.

Se sentó junto a ella guardando cierta distancia.

—¿Cuándo fue? —quiso saber él.

—El sábado.

—Así que ya hace cinco días. ¿Y habéis hablado entretanto?

—No. Jordan, mi novio, ni siquiera se ha puesto en contacto conmigo. Al parecer no significo nada para él.

—Seguro que sí. Probablemente tiene el orgullo herido y no quiere dar el primer paso.

—¡Ajá! Eso es muy propio de Jordan.

—Dices que no estás segura de si lo habéis dejado o no. ¿Te gustaría que fuera así?

Era una buena pregunta. Keira había estado dándole vueltas mucho tiempo y no había llegado a una respuesta concreta. No sabía si echaba de menos a Jordan. Extrañaba tener a alguien en la cama junto a ella, pero no echaba en falta en absoluto su comportamiento estúpido e intransigente.

—No lo sé. Estoy hecha un lío. Lo único que sé ahora mismo es que me apetece un cigarrillo.

—Vaya, ¿no me digas que fumas?

—No. Hace años que no.

—En tal caso no deberías empezar a fumar de nuevo.

—Lo sé.

—Entonces sí que sabes lo que le conviene.

—Es posible. Mis amigas dicen que sería una tonta si volviera con él, pero... creo que no puedo seguir así. Como mínimo, deberíamos hablar una última vez, ¿no? —Lo urgió con la mirada, como si Tobin fuera un oráculo capaz de dar la respuesta correcta.

—Pienso igual que tú. Ve con él y hablad los dos. Es importante que os comunicéis. Si no, no podréis resolver vuestros problemas. Si es que hay algo que resolver. Y si después de hablarlo sientes que lo que ha pasado es lo mejor para ambos, al menos no tendrás que preguntarte día y noche si has tomado la decisión adecuada.

—¿Te refieres a marchándome de casa?

Tobin asintió.

—Es probable que tengas razón. —A pesar de que sus amigas le hubiesen

dicho otra cosa. Además, a ellas no les gustaba Jordan, así que no podían ser demasiado objetivas—. Mis mejores amigas dicen que es un idiota.

Tobin rompió a reír sin poder contenerse.

—Entonces retiro todo lo que he dicho. ¡Mándalo a freír espárragos!

Ella sonrió.

—No es mala idea. Y de paso que se lleve algunos de sus aparatos de gimnasia.

—¿Es un fanático de la gimnasia?

—Y que lo digas. La última vez me regaló por mi cumpleaños una tarjeta de socio para ir al gimnasio. Piensa que estoy demasiado gorda.

—¿Tú? ¡No me lo puedo creer!

—Me lo ha dicho muchas veces. Además, se comió mi tempura de langostinos para que no siguiera engordando. Eso fue el sábado.

—Es un auténtico idiota. —Tobin sonrió e hizo que ella se sintiese mejor.

—Puede que lo sea. Aun así, deberíamos hablar los dos lo antes posible.

—Sí, yo también lo pienso.

—Siento de verdad que te hayas tragado mis penas, y encima a primera hora de la mañana.

—No te preocupes. Una vez trabajé como consejero espiritual por teléfono, ya estoy acostumbrado.

—¿Lo dices en serio?

—En serio.

—Me alegro de que hayas venido a Valerie Lane, y de que estés entre nosotras.

—Yo también. Que pases un buen día, Keira. Y no te preocupes demasiado. Todo llega a su debido tiempo. —Se levantó.

Hubiese podido seguir hablando con él toda la vida.

—Gracias. Lo intentaré. Yo también te deseo un buen día. Y si algún día puedo devolverte el favor...

—Entonces te llamaré. —Le mostró su sonrisa amistosa una vez más y

regresó a su tienda.

¿Qué nombre le pondría al local? Podría llamarle Tobin's Flowers para que encajara bien con el resto de las tiendas. Keira sentía curiosidad: pronto lo sabrían.

El día transcurrió como cualquier otro. Los clientes venían, compraban y se iban. Keira echó un vistazo a su móvil varias veces por si tenía algún mensaje de Jordan, pero nada.

Al mediodía Phoebe entró en la chocolatería. Tenía una barriga verdaderamente enorme.

—Hola, Phoebe. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bastante bien. Vaya, ¡no sé cómo puedes moverte aún!

—Cada día cuesta más. Ya no puedo ponerme las botas por mí misma y Lance tiene que depilarme las piernas.

Keira podría haber pensado que aquello era de locos, pero no lo hizo. Lo encontraba fascinante.

—Bueno, ya no te queda mucho, ¿no?

—Cuatro semanas aún. Ya tengo ganas de que pase.

—Me lo imagino. Además, vais a vivir algo precioso. —Notó que se le hacía un nudo en la garganta y estaba a punto de fallarle la voz.

—Sí, estoy deseando que llegue. ¿Y qué tal Jordan y tú? ¿Habéis decidido tener hijos?

Vaya, hombre. Tenía que ser Phoebe quien se lo preguntase. Al parecer no sabía nada de sus problemas de pareja. Por lo visto, Orchid no le había puesto al día de la nueva situación; eso hacía que la considerase una buena amiga, pero, en ese instante, Keira hubiera preferido que lo hubiese hecho. ¿Las hermanas no suelen contárselo todo?

—Nosotros... ejem... aún no estamos seguros. —Podría decirse así, ¿no?

No obstante, se le puso un nudo en la garganta del tamaño de la montaña Uluru.

—Los niños son preciosos. Espero que acabéis decidiéndoos.

—Sí, yo también lo espero. —Su propia voz sonó como un graznido en sus oídos—. ¿En qué puedo servirte, Phoebe? —preguntó para zanjar el tema.

—Ay, sí. No me apetece mucho ir de tienda en tienda por lo de San Valentín. A Lance le encanta el chocolate negro, así que he pensado que sería más fácil viniendo aquí.

—Ah, de acuerdo. ¿Le gusta el chocolate negro puro?

—Sí. Mejor si es alguno con coñac o algo parecido.

—Tengo un surtido interesante que lleva varios rellenos de alcohol. Además, mira qué bonita es la caja. Luego se puede utilizar para otras cosas. —Acarició con la mano la caja de madera.

—Eso. Para poner recuerdos del bebé o cosas así. Seguro que a Lance le gusta. Me la quedo. Este año sí que he ido rápido comprando el regalo. —Se rio—. ¿Cuánto es?

—Veintinueve con noventa.

Phoebe alzó la vista antes de hurgar en su bolso en busca del monedero.

—Vienen de Canadá, por eso son tan caros.

—No importa. Keira, no deberías justificarte por los precios. Tienes unas cosas preciosas.

—Gracias.

Phoebe pagó y quiso volver a sacar el tema de los niños, pero Keira se adelantó:

—¿Ya conoces al nuevo de nuestra calle? Tobin Marks.

Phoebe esbozó una sonrisa.

—Mi hermana me ha hablado de él. Parece que lo odia a muerte.

—Eso me parece a mí también.

—¿Él le ha hecho algo?

—No, que yo sepa. Creo que su sola presencia ya la irrita.

—Si no la conociese... —dijo Phoebe.

—Eso mismo dije yo.

—Bueno, Orchid se va a Londres con Patrick para celebrar un San Valentín romántico.

—Exacto. ¿Y tú que harás en San Valentín?

—Poca cosa. Seguramente me pasaré todo el día en el sofá viendo comedias románticas y haciendo esfuerzos para levantarme otra vez.

—A lo mejor tienes suerte y el bebé nace en San Valentín.

—Sería genial, ¿verdad?

Keira asintió.

—Saluda a Lance de mi parte, ¿de acuerdo? Y que te vaya todo muy bien.

—Gracias, Keira.

Miró a Phoebe y su vientre, y se puso muy triste. Sí, desde luego que tenía que hablar lo antes posible con Jordan. Era obvio que debía aclarar algunas cosas con él.

Después de cerrar la tienda, Keira hizo algunos bombones más. Decidió empaquetarlos uno a uno en papel celofán y ponerles un lazo rojo. Sería un regalo para sus clientes por San Valentín. Optó por los bombones clásicos: praliné, chocolate con leche y avellana y chocolate blanco. Por supuesto, todo tenía forma de corazón.

A las diez y media regresó agotada a casa de su madre, que ya estaba dormida cuando llegó. Cogió ropa de cama del armario y se acostó en el sofá verde que era incómodamente duro.

No, aquello no podía continuar así. A la mañana siguiente iría a casa para ver a Jordan y saber si aún podían salvar la relación.

—Yo también quiero un bebé para San Valentín —murmuró mientras se quedaba dormida. Sólo la oscuridad pudo oírlo.

—¡Vamos! ¡Cógela, te ayudaré a subir! —dijo Jordan al tiempo que le tendía la mano.

Desde lo alto de un muro, Jordan miraba hacia abajo, donde ella se encontraba. Keira vio que su mirada desprendía amor y felicidad.

Levantó la mano, alcanzó la suya y dejó que la ayudara a subir. Empezaron a hacer equilibrios como si fueran niños, sobre el muro que bordeaba la playa.

—Ahora suéltame la mano y estira los brazos.

—Tengo miedo —dijo ella.

—No tienes por qué tener miedo. Estoy justo detrás de ti.

—Si me caigo ¿me cogerás?

—Si te caes, te cogeré.

Ella se soltó y estiró los brazos como si fuese un pájaro.

Sentía miedo mientras lo hacía, pero intentó no pensar más. Al fin y al cabo, Jordan estaba detrás de ella y había prometido cogerla.

Confiaba en él. Lo amaba. Los últimos diez meses habían sido los mejores de su vida. Sabía que siempre querría estar con él.

Resbaló. Al parecer le había dicho la verdad. Porque enseguida sus fuertes brazos la cogieron por la cintura.

—¡Ya te tengo!

—Uf, ha faltado muy poco.

—Sólo hay dos metros de altura. —Se rio él—. Como mucho te hubieses torcido un pie.

—Entonces no podría estar de pie en la tienda vendiendo los artículos de

papelería —respondió ella pensativa.

—Ese trabajo no es para ti. Pronto terminaré mis estudios y abriré mi propia consulta. Con el tiempo deberías empezar a buscarte otra cosa.

—En realidad hace mucho que le doy vueltas a eso. Me gustaría... Sé que pensarás que estoy loca, pero... me gustaría abrir mi propia tienda.

—¿Tu propia tienda? ¿De papelería?

—No, de chocolate.

Jordan se echó a reír.

—Creo que no te he entendido bien. Debe de ser el viento. O las gaviotas. En realidad, no has dicho que quieres dedicarte a vender chocolate, ¿no?

—Sí, eso es lo que he dicho. ¿Qué te parece la idea? —Había avanzado un buen trecho y se dio media vuelta al ver que no obtenía ninguna respuesta. Vio que él se había detenido—. ¡Jordan!

Jordan continuó caminando. Sus ojos habían adoptado una extraña expresión.

—Si quieres saber mi sincera opinión: no creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no? Yo creo que podría ser un negocio rentable. Me refiero a que a la gente le encanta el chocolate, ¿no? A mí me encanta el chocolate.

—A mí no me gusta el chocolate en absoluto.

—Tú eres la gran excepción.

—No sé, Keira. ¡Hay tantas opciones diferentes!

Opciones mejores, quería decir.

—Sólo es una idea —dijo intentando tragarse su frustración—. Eh, mira, hay un puesto de helados allí. ¿Me compras uno?

—Claro.

Se sentó en el muro y, poco a poco, fue deslizándose por él.

Jordan saltó por una parte habilitada para bajar, fue hasta ella y le cogió la mano.

—Vamos a comernos un helado. Pero uno que sea pequeño.

Keira se despertó y abrió los ojos.

Casi se había olvidado de aquel fin de semana en Christchurch hacía siete años. Parecía que había pasado una eternidad. Sí, al principio de salir juntos hacían excursiones con mayor frecuencia: iban a la playa, acudían a algún festival, visitaban exposiciones. Hoy día como mucho iban al cine o alguna fiesta de cumpleaños en la que Jordan no paraba de hablar con otros chicos sobre entrenamiento.

Está bien. Debía admitir que, por supuesto, ella y sus horarios de trabajo tenían la culpa. Trabajaba siete días a la semana desde que abrió la chocolatería; a lo sumo, le quedaban las noches para hacer algo juntos. Quizá por eso había contratado a Kimberly, porque en su interior confiaba en que Jordan y ella volviesen a relacionarse como antes. Al menos, ahora también podía tener una tarde libre los fines de semana. De todos modos, a Jordan no parecía interesarle demasiado que así fuera. Al menos, no había propuesto nada aún. El deporte ocupaba de lleno sus pensamientos y, al parecer, se reservaba todo el fin de semana para ello.

—Mamá —dijo Keira durante el desayuno, mientras comía sus huevos revueltos—, esta tarde, cuando salga del trabajo, me vuelvo a casa.

Su madre la miró sorprendida.

—¿Con Jordan?

—Sí. Quiero darle una segunda oportunidad, ¿lo entiendes?

—En realidad, no. Te ha hecho mucho daño.

—¿Porque se comió mis langostinos? Creo que he hecho una montaña de un grano de arena. En realidad, no ha hecho nada grave. No me ha engañado ni me ha pegado ni me ha mentado... —Bueno, de eso último no estaba tan segura.

—Vamos, sólo faltaba. Keira, te ha ofendido. Más de una vez. No para de reprochartelo todo. ¿No te gustaría tener un hombre a tu lado que te acepte tal y como eres?

—Claro que me gustaría. Y por eso tengo que hablar con Jordan sin falta. Debemos hablar, llegar a un acuerdo.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué tipo? ¿Tú adelgazas diez kilos y él se queja sólo la mitad de ti?

—Mamá...

—Tú sabrás lo que haces —dijo Mary dándole un mordisco a su tostada con mermelada.

—También hemos vivido buenos tiempos, ¿sabes?

—Sí, lo sé. Pero ya hace mucho de eso, ¿no es cierto?

—Sí.

—Las personas cambian, hija mía. Y, a veces, un día dejan de compenetrarse.

—Es posible. Pero eso es justo lo que debo averiguar. Necesito respuestas, mamá.

—¿Todavía quieres a Jordan? —quiso saber su madre.

Keira se tomó un tiempo para responder.

—¡Si pudiese estar segura!

—Eso ya debería ser respuesta suficiente, cariño.

A lo mejor su madre tenía razón, pero su conversación con Tobin y el sueño que había tenido la noche anterior le hacían ver que no debía renunciar tan fácilmente. Como mínimo, no sin antes haberlo intentado todo. Bastaba con que Jordan dijese la palabra correcta para que ella volviera a enamorarse de él una vez más. ¿O sólo eran sueños imposibles de cumplir jamás?

Aquella mañana, cuando volvió a Valerie Lane, vio a que Tobin estaba descargando todo tipo de plantas de una furgoneta de reparto.

—¡Buenos días, Tobin! —le llamó Keira—. Poco a poco empieza a parecer una floristería.

—Bueno, espero que sí. A fin de cuentas, mañana es la gran inauguración. Además, por fin esta tarde me traen el rótulo. No estaría completa del todo sin un nombre.

—Ya tenemos todas curiosidad por ver cómo la llamarás.

—Espero honrar con ello a Valerie Lane.

—Seguro que sí. Tobin, ya sabes que las furgonetas sólo pueden aparcar aquí hasta las diez, ¿verdad? Y, luego, otra vez a partir de las seis.

—Sí, ya lo sé. El señor Spacey me ha dicho que toda la zona comercial se convierte en zona peatonal durante el día. Por eso intento descargarlo todo lo antes posible. El resto lo traeré por la noche, cuando vuelva del mercado mayorista de flores.

—Aún me queda un cuarto de hora. ¿Quieres que te ayude con algo?

—¿No te importa? Será un placer tu ayuda. Pensé que no sería para tanto, pero ya lo ves.

Keira se acercó y echó un vistazo en el interior de la furgoneta. Estaba hasta arriba de flores y plantas: flores con maceta, flores cortadas, coronas, jardineras y jarros, así como toda clase de cachivaches.

—¡Vaya! —dijo ella al tiempo que se subía a la furgoneta.

—Si pudieras ir pasándome las flores, yo podría dejarlas en la tienda.

—Claro que sí. —Cogió un palé de ciclámenes y se lo alcanzó.

Tobin lo llevó deprisa a la tienda y volvió enseguida para coger el siguiente palé. De ese modo lograron adelantar bastante trabajo, hasta que oyó que Tobin le decía:

—Faltan dos minutos para las nueve. Deberías ir ya a tu tienda. Hay clientes esperando.

Se asomó desde un rincón del vehículo y se sorprendió. Había varios clientes esperando en la entrada. Se notaba que San Valentín estaba a la vuelta de la esquina.

—Entonces voy a tener que...

—Gracias por tu ayuda.

—De nada.

—¿Ya has hablado con él? —preguntó Tobin con más afectuosidad que curiosidad.

—Voy a hacerlo esta noche —le contestó Keira.

—Te deseo mucha suerte.

—Gracias, la voy a necesitar.

Atravesó los adoquines rumbo a la chocolatería.

—¡Ya estoy aquí! ¡Buenos días!

—Buenos días —le dijo la señora Kingston con voz meliflua.

El resto de la clientela lo componían un abuelo, una abuela y su nieta de unos cuatro años, que enseguida se interesaron por los corazones de chocolate.

—Se refiere a los corazoncitos que van envueltos individualmente, ¿no? ¿A que están buenísimos? —dijo volviéndose hacia la niña, que sonrió radiante y asintió.

Keira cogió un paquete de corazones de la estantería y le dio a la pequeña un osito de chocolate. Le había sobrado de los artículos que había vendido en Navidad; el gorro rojo lo delataba.

La niña abrió los ojos como platos y le dio las gracias con mucho salero. Luego los abuelos y la nieta se marcharon y Keira pudo dedicarle su atención a la señora Kingston quien, durante la media hora siguiente, la puso al día de los cotilleos que tenían lugar en el vecindario.

Sobre las tres y media de la tarde, dos hombres llegaron a Valerie Lane con un gran rótulo a cuestas. Keira salió a la calle y observó la situación. Estaba deseando saber lo que pondría en él. Vio que Orchid y Susan salían también de sus respectivas tiendas.

Orchid señaló el rótulo y Keira asintió. Tobin salió del local y se quedó mirándolo. Al parecer, dio el visto bueno y fue a buscar una escalera. Los hombres dejaron allí la larga pieza. Uno de los dos desapareció por Cornmarket Street y regresó enseguida con una segunda escalera, se subieron cada uno a una y colgaron el rótulo.

—¿Emily's Flowers? —gritó Orchid—. ¿Quién se supone que es Emily? —Había vuelto a cruzar los brazos.

Tobin se acercó a Orchid y la miró directamente a la cara.

—Mi abuela.

—¡Claro, su abuela! —Orchid no parecía creerse ni una sola palabra.

—Sí. Hace años tenía una floristería. Cuando era pequeño pasaba mucho tiempo allí, ayudándola. Siempre he tenido una cierta afición por las plantas, y en cuanto decidí abrir mi propia floristería, y vi cómo se llamaban las otras tiendas de Valerie Lane, enseguida supe que la mía debía llamarse Emily's Flowers.

—¡Es muy hermoso! —replicó Susan.

—Seguro que le cuenta eso a todo el mundo —dijo Orchid mirando a Keira y a Susan—. Me niego a creer su historia. ¡Menudo disparate!

Tobin se rio.

—Tienes razón. Necesitaba un nombre de mujer para encajar entre el resto. ¿Qué quieres que te diga? Me encanta Emily Blunt.

—¿La actriz? —preguntó Keira.

Susan parecía decepcionada.

Tobin asintió al tiempo que guiñaba un ojo y se dispuso a atender a los hombres que estaban colgando el letrero de su local.

Susan se dirigió a su tienda y Orchid sonrió como diciendo: ¡lo sabía!

También Keira regresó para atender a sus clientes. Entre uno y otro iba envolviendo uno a uno los bombones con forma de corazón y les añadía un bonito adorno. Aquél resultaba ser el regalito perfecto para su clientela. Mientras los envolvía, uno de los bombones se rompió por la mitad. Confiaba en que aquella noche no fuese su corazón el que acabase roto. De momento ya contaba con una buena grieta.

A las 20.08 Keira subió las escaleras hasta la primera planta del moderno edificio de Mansfield Road, donde Jordan y ella compartían un elegante piso de tres habitaciones. Hubiese preferido un apartamento de estilo antiguo, pero Jordan estaba tan obsesionado con el vidrio, que había acabado cediendo, por amor a él. De todos modos, el principal requisito para Keira era que tuviese una gran cocina donde poder hornear las galletas y los bombones que ella misma hacía. En los últimos tiempos utilizaba sobre todo la cocinita que había en su tienda porque no le apetecía discutir constantemente con Jordan. Aun así, le gustaba saber que contaba con una en casa.

No estaba segura de si debía abrir con la llave o era mejor llamar al timbre. Había ido sin avisar y no pretendía molestar a Jordan. Por otro lado, aquella también era su casa; al menos por ahora. Entonces ¿por qué se preocupaba tanto?

Buscó las llaves en su bolsa y abrió la puerta. En el aire se respiraban las mismas fragancias de siempre: el café expreso, el *aftershave* de Jordan y cierto olor al consultorio dental. Le sobrevino una sensación de nostalgia.

No había ni rastro de Jordan: ni se acercó hasta la puerta ni fue a saludarla, si bien ella sabía que debía estar en casa porque, para empezar, la llave no estaba echada y, además, vio su gruesa chaqueta de invierno colgada en el perchero que había en el pasillo. Dejó a un lado su bolsa y entró en las habitaciones. El portátil de Jordan se hallaba encima de la mesa del comedor con la tapa abierta: estaba encendido. También pudo oír la ducha. Por lo visto, Jordan había ido al gimnasio o había salido a correr, y ahora estaba refrescándose.

Okay. Hasta ahora todo bien. Keira respiró hondo un par de veces y se sentó en el sofá. Se había quitado las botas, pero aún llevaba puestos el abrigo, la bufanda y el gorro. De alguna manera, sin saber por qué, no se atrevía a ponerse cómoda; a sentirse en su propia casa.

Seguía oyendo el agua de la ducha. Tuvo un mal presentimiento, se levantó y fue hasta la mesa. Observó en el portátil la página web del banco de Jordan. Al parecer acababa de hacer una transferencia: un pago de cuarenta y nueve con noventa libras para proteína en polvo; otro de ochenta y nueve libras con ochenta para un pantalón de chándal de la marca Adidas y una camiseta de manga corta. Y entonces... ¿Qué había dos líneas más abajo? ¡Una transferencia de setecientos veintisiete libras! La había hecho a principio de mes. ¿Qué habría comprado que fuese tan caro? No tenían una cuenta conjunta, así que Jordan podía hacer con su dinero lo que quisiese. De todos modos, cuando la cantidad era alta, solían hablarlo. Por un segundo pensó que podía tratarse de algo que hubiese comprado para su consulta, si bien Jordan ya tenía una cuenta aparte para gastos de ese tipo. ¿Habría vuelto a reservar algún viaje? ¿Para ir con la bicicleta de montaña o, quizá, para hacer escalada? ¿Aun así no debería habérselo dicho?

Su corazón no dejaba de latir con fuerza. En su cabeza bullían un millón de reflexiones, iban y venían impidiendo que se formase un pensamiento claro.

De pronto reparó en un nombre. ¿Cómo no lo había visto antes? Tessa Keane. La transferencia de setecientos veintisiete libras iba a nombre de una tal Tessa Keane. ¡Una mujer!

Escuchó que se cerraba el grifo de la ducha. Jordan podía salir del baño y aparecer en cualquier momento, y se pondría hecho una furia si la encontraba hurgando en sus finanzas personales.

Pero Keira no podía olvidarse del tema así como así. Sabía que nunca más conseguiría acceder a su portátil porque estaba protegido con una contraseña. Era su única oportunidad. Como si de un acto reflejo se tratase, bajó en el

listado y vio horrorizada que el mes anterior también había hecho una transferencia a Tessa Keane por la misma suma de dinero.

¡Maldita sea! ¿Qué significaba aquello?

Escuchó ruidos en el baño. Ya intentaría pensar en ello más tarde. Ahora debía salir de ese embrollo. No podía enfrentarse a Jordan; no sin antes saber lo que sentía por él.

Volvió a desplazarse hacia arriba. Regresó al pasillo de un modo tan silencioso y rápido como pudo, cogió las botas en una mano, y la bolsa en la otra y abrió la puerta. Salió a hurtadillas y cerró tras de sí sin hacer ruido. Una vez fuera, se calzó y se sentó en las escaleras. Sentía que le faltaba el aire.

¿Quién demonios era Tessa Keane? ¿Una mujer a la que Jordan había contratado? Y, si era así, ¿para qué tipo de servicios? ¿Era entrenadora personal? ¿Masajista? ¿Prostituta?

Keira estaba muy nerviosa. Le hubiese gustado llamar a Laurie en ese momento, pero sabía que había salido con Barry. Además, tampoco podía telefonarla allí en medio de las escaleras. Pero sus piernas eran incapaces de moverse a otro lugar.

Se quedó sentada en la escalera durante un rato. Temía que Jordan pudiese salir de nuevo y que la encontrara allí, a oscuras, hecha un desastre.

Pero, por lo general, Jordan no volvía a salir del piso cuando llegaba por la noche después de hacer deporte. De todos modos, ¿qué sabía de él? Al parecer, nada en absoluto.

Miró el móvil y vio que marcaba las 21.35. No podía tirarse una eternidad allí sentada ni pasar la noche en las escaleras. Así que recuperó el control de sí misma, se levantó e intentó respirar con calma. Trató de olvidar por un instante lo que acababa de descubrir. Estaba allí para hablar con Jordan, y aún tenía intención de hacerlo.

Esta vez llamó a la puerta, en lugar de entrar directamente. Poco después estaba Jordan frente a ella con unos pantalones cortos negros y una camiseta

blanca de manga corta.

Enseguida se dio cuenta de que llevaba gafas nuevas. ¿Quería decir que ellos dos habían roto? La mayoría de la gente cambiaba algo de sí misma cuando se separaba de su pareja. ¿Consideraba que la relación había terminado para siempre?

—Keira —dijo sorprendido.

—Hola. He venido para hablar.

—Has traído tu bolsa. —Se refería a la bolsa de viaje que ella llevaba en la mano.

—Sí. Pensé que a lo mejor podía volver; si tú quieres.

Jordan la miró fijamente durante un rato sin decir nada. Luego sus labios se convirtieron en una pequeña sonrisa.

—Será mejor que entres. Es cierto, deberíamos hablar.

Entró en el piso por segunda vez aquella noche. No parecía que Jordan hubiese notado que ya había estado allí antes; de otro modo, hubiese reaccionado de otra manera.

—¿Cómo estás? —preguntó Keira en cuanto se quitó el abrigo. La temperatura del piso era agradable.

—Bastante bien, ¿y tú?

Se encogió de hombros por toda respuesta.

—Te he echado de menos —dijo él.

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

—Por supuesto que sí. ¿Tú a mí no?

—Sí, claro. Pero me pregunto... Si tanto me has echado de menos, ¿por qué no te has puesto en contacto conmigo?

—¿Otra vez con lo mismo? —Se apartó de ella. La calidez de su voz había desaparecido.

—No, lo siento. He estado en casa de mi madre.

—Ya me lo imaginaba.

Keira se sentó en el sofá y él hizo lo mismo. Ella observó fijamente la

mesa en la que apenas una hora antes estaba el portátil de Jordan.

Tessa Keane. Tessa Keane. Tessa Keane.

No lograba quitarse aquel nombre de la cabeza. Le hubiese encantado preguntarle de inmediato quién era Tessa Keane. Pero entonces habría tenido que explicarle que había entrado en el piso sin hacer ruido y a escondidas, y que había visto los números de su banca.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó ella, en cambio, e intentó seguir respirando con tranquilidad. No resultaba fácil en absoluto.

—Como siempre. ¿Y el tuyo?

—Lo mismo. —Quiso contarle algo acerca de Tobin, el último en llegar a Valerie Lane, pero pensó en que no iba a interesarle. Y por eso puso el foco de atención en ella—. He engordado un poco. Mi madre me ha cebado. —Deseaba decírselo al instante para dejar claro que tenía que convivir con la situación.

—Era de esperar. No importa, enseguida te quitarás esos kilos de nuevo.

—Jordan, ¿sabes que ése ha sido uno de los problemas por los que me he ido?

—¿Que hayas engordado?

—Que no pares de mencionármelo una y otra vez, que me digas que adelgace.

—Te lo pido, pero no lo haces.

—No, Jordan. Porque me siento cómoda conmigo misma.

—¿En serio? —La miró de arriba abajo.

—Sí, en serio. Además, mis amigas también me ven bien tal y como soy, con algunos kilos de más.

—Sólo lo dicen para no ofenderte.

—No, lo dicen porque lo piensan. Nunca me mentirían porque siempre confiamos las unas en las otras. Jordan, sé que mi aspecto era diferente hace ocho años, pero las personas cambian. Tú también has cambiado y te acepto así, como eres.

—Pero, en mi caso, he cambiado para mejor.

—Muy bien, no hace falta que digas nada más. —Se puso de pie y estuvo a punto de volver a irse.

—No he querido decir eso. Lo siento, ¿vale? No me resulta fácil vivir con alguien que no tiene el menor interés en hacer ejercicio.

—Deberás averiguar por ti mismo si puedes vivir con eso. Acéptame como soy o acabamos con lo nuestro, aquí y ahora. No puedo continuar así..., me siento terriblemente... —empezó a sollozar— herida cuando me ofendes una y otra vez.

Jordan la miró.

—Keira, no sabía que te hacía daño. Yo sólo pretendía que fuera un estímulo.

—¡Pero yo no quiero que me estimulen! Quiero que me quieran y... y... y que me acepten tal y como soy. No soy una mala persona sólo por que no tenga el cuerpo de una modelo.

—Eso ya lo sé, Keira. —Jordan se levantó también y la abrazó—. Me vas a perdonar, ¿no? Nunca he querido hacerte daño.

Estaba llorando a mares y sin poder parar.

—Quiero que nos llevemos bien otra vez, ¿vale? Me gustaría empezar de nuevo. A lo mejor ha sido bueno que te mudaras, quizá necesitábamos algo así para abrir los ojos. —Le acarició la espalda con la mano.

—¿Me prometes que vas a dejar de criticarme y quejarte de mí todo el tiempo?

—Lo prometo.

Era todo lo que ella necesitaba oír. Se acurrucó cariñosamente a él.

—Te lo agradezco. Me alegro de que lo hayas dicho.

—Yo no quiero perderte.

—Yo tampoco quiero perderte.

Siguieron de pie un rato más, abrazados el uno al otro. Keira no había sido del todo consciente de lo mucho que había necesitado tenerle cerca.

—Llevas gafas nuevas —le dijo secándose las lágrimas con la mano.

—Las otras se me rompieron en el gimnasio. Me las quité y, por desgracia, alguien se sentó en ellas.

—Vaya. Las nuevas te quedan muy bien. —Tenían la montura negra, mientras que las otras eran plateadas.

—Gracias. Aún me estoy acostumbrando a ellas. ¿No parezco un empollón?

—Un empollón encantador.

Jordan sonrió.

—¿Nos vamos a dormir?

Ella asintió. Se sentía increíblemente agotada.

Aquella noche se limitaron a dormir acurrucados el uno con el otro. Keira se alegraba de que no hubiese sucedido nada más entre ellos; de ese modo, Jordan le demostraba que ella era quien le importaba de verdad, y no sus necesidades.

—¡Jordan! ¿Estás despierto? —preguntó Keira.

—Casi.

—¿Te apetece que salgamos mañana?

—Claro... ¿Y adónde?

—Podrías recogerme en el trabajo y vamos a cenar a algún sitio.

—Preferiría que quedásemos delante del restaurante, así no tendré que ir deprisa y corriendo cuando salga del gimnasio. ¿Conoces el nuevo bar de ensaladas que hay en Sherington Road?

¡Ensaladas! ¿Lo decía en serio?

Intentó justificarlo por el hecho de que a él le gustaba comer de manera saludable. Puede que esta vez no estuviese refiriéndose a su peso. Probablemente le estaba dando demasiada importancia a sus palabras.

—*Okay.* —Keira le acarició el pecho con una mano—. Vamos, ven a recogerme. Así verás lo bonita que ha quedado Valerie Lane. Por la noche la iluminan cientos de corazones rojos.

—No me gustan las cursiladas, ya lo sabes. Quedamos en el restaurante.

Keira soltó un suspiro largo y profundo. No, no quería renunciar a su ilusión recién recobrada. Aunque no era nada fácil aferrarse a ella.

La mañana del sábado, mientras se dirigía al trabajo, Keira no se sentía ni un ápice mejor. Habían hecho las paces, sí, pero todo aquello le había dejado un mal sabor de boca. Además, no estaba segura en ningún caso de que de verdad hubiese cambiado algo.

Al torcer la esquina en Valerie Lane, se dio de bruces con una encantadora y alegre imagen, que le hizo sonreír. Había globos por todas partes, y algunos letreros que anunciaban la apertura de Emily's Flowers aquel día.

A Keira le aguardaba una pequeña sorpresa en el timbre de su puerta: habían colgado en él una bonita bolsa de regalo con un ciclamen rosa dentro. Sonrió sin poder evitarlo y miró en derredor. En la puerta de sus amigas también habían colgado sendas bolsas con flores. «Tobin es un tesoro», pensó, mientras se alegraba de que estuviese allí. Aunque no fuese una mujer. Podía pasar eso por alto: Tobin contaba con todo lo que debía tener una buena amiga. Sabía escuchar a los demás, daba buenos consejos y tenía buen corazón; ahora podía decirlo con seguridad.

En ese instante Tobin estaba saliendo de su tienda para colgar algunos globos más y ella le saludó alzando la bolsa.

—¡Muchas gracias! —le gritó desde el otro lado—. Eres muy amable.

Tobin estaba radiante.

—De nada. ¿Cómo sabes que he sido yo? —le contestó con sonrisa burlona.

—Era una mera suposición.

—¿Te parece que ya hay suficientes globos?

—Si no quieres que Valerie Lane salga volando, diría que sí.

—¡Ja, ja! ¡Entendido!

—Espero que tengas mucho éxito hoy.

—Gracias, voy a necesitarlo. —Volvió a saludar con la mano y regresó a su tienda.

Kimberly llegó y ayudó a Keira a abrir la chocolatería. Enseguida entraron los primeros clientes y, en las horas siguientes, no tuvieron ni un minuto de descanso.

A mediodía Keira le dijo a Kimberly que podía hacer la pausa, y cuando la joven regresó le contó las últimas novedades:

—¡No te puedes imaginar la de gente que hay ahí fuera! El señor Marks está sirviendo copas de champán, y hay unas chicas repartiendo rosas. ¡Nunca había habido tanta gente en Valerie Lane como ahora! Incluso ha conseguido atraer a todos los de Cornmarket Street.

—¿De verdad? Por eso está tan llena nuestra tienda también. Es lo primero que dije: todos saldremos ganando con una floristería en Valerie Lane.

—¿Quieres hacer la pausa ahora?

—Voy a terminar de atender a los clientes de la zona de los artículos veganos. No acababan de decidirse y me han pedido que les diera un par de minutos. Cuando cerremos, recuérdame sin falta que busque en el catálogo más productos veganos. Debería ampliar el surtido.

—Lo haré. Por cierto, Keira, me preguntaste si podía venir a trabajar algún lunes y martes por la tarde.

—Sí, exacto. ¿Puedes?

—Sí, no hay ningún problema. La semana que viene no tenemos exámenes importantes. Podría venir directamente al salir de clase, y estar aquí sobre las tres.

—Eso sería genial. Te lo agradezco. Mira la de clientes que hay ahora. Sería imposible llevar la tienda yo sola el Día de San Valentín, con esta avalancha de gente.

—Será un placer ayudarte. Sobre todo porque estoy ahorrando para

sacarme el carné de conducir. Me irá bien cualquier dinerillo extra.

—Pronto cumplirás los dieciocho, ¿no?

—En abril.

—Entonces será perfecto, para ambas. —Keira sonrió y fue a atender a los clientes a los que había dejado. Luego le dijo a Kimberly—: Salgo un momento para echar un vistazo más de cerca.

Al salir de la tienda le sobrevino la sensación de estar casi en una feria. Al menos, el ambiente era el mismo.

La gente reía feliz, los niños corrían aquí y allá con globos en la mano. Al parecer, Tobin había contratado a dos chicas y se habían colocado en la entrada de Valerie Lane, para ir dando una rosa roja a todas las mujeres que pasaban por allí. La inauguración estaba siendo un éxito y se alegraba por Tobin. Keira compró cerca de allí una sopa para llevar y, al girar de nuevo en Valerie Lane, también ella recibió una rosa.

—Oh, muchas gracias.

Durante un largo instante creyó ver a Thomas Finch entre la multitud... ¿O sólo se lo había imaginado?

—¡Fíjate! —escuchó que decía Susan, que estaba junto a la puerta de su tienda.

Después de un momento de desconcierto, comprendió que Susan se refería al alboroto que había en Valerie Lane.

—Es increíble, ¿verdad?

—¡Menuda sorpresa! ¿Cómo estás, Keira? ¿Todavía sigues en casa de tu madre?

Allí estaba de nuevo: Thomas Finch. ¡Sí, sin duda era él! Con su abrigo marrón.

—Anoche regresé a casa otra vez —respondió a Susan al tiempo que volvía perderle de vista.

—¿Has vuelto con él? —Susan parecía más que escandalizada.

—Sí. ¿Qué quieres que te diga?

—Tú sabrás lo que haces, querida. —Keira vio que Susan negaba con la cabeza sin comprender nada. También vio de reojo que Thomas Finch entraba en Emily's Flowers.

Asintió. ¿Qué podía responderle en todo caso?

—Una cosa: ¿no te parece que deberíamos reunirnos hoy o mañana para hablar del tema de la nevera?

Keira le dio la razón.

—Es una buena idea. Tendríamos que decidir cuándo vamos a comprarla y cuándo se la llevaremos.

—A eso me refería. Me alegro de que haya tanta gente a favor de nuestra misión.

—Sí, yo también.

—Bueno, hoy no puedo. He quedado con Jordan. —Prefirió no tener que mencionarle el bar de las ensaladas—. Pero mañana me iría bien.

—Vale. Entonces también se lo preguntaré al resto.

—Genial. Debo volver.

—¡Que te diviertas esta noche!

—¡Gracias! —Ya se vería si la noche era o no divertida.

Apenas diez minutos después, de vuelta en la tienda y mientras ayudaba a Kimberly en la caja, tuvo la repentina sensación de que debía alzar la vista. No tardó en ver a Thomas Finch pasando por delante de su tienda con un ramo de flores boca abajo en la mano. Él miró el interior de la tienda y, al ver que ella le había visto, la saludó con la mano que tenía libre. Keira le devolvió el saludo, Finch le dedicó una pequeña sonrisa y enseguida miró hacia el suelo. Y siguió su camino.

Qué extraño, pensó Keira. Parecía afligido, su sonrisa era tremendamente triste. ¿Qué le preocuparía?

Después de cerrar la tienda, Keira aún tuvo tiempo de echar una ojeada a

unos catálogos y hacer algún pedido. Luego se dirigió al bar de las ensaladas. Jordan ya estaba esperando.

—Madre mía, qué hambre tengo.

En fin, se atrevió a dudar que Jordan tuviese suficiente con una ensalada.

Desde luego, allí no había otra cosa que no fuese ensalada, así que Keira pidió una César con carne de pavo. En cualquier caso, se negaba a comerse una pechuga de pollo. Y, para beber, una cola *light*.

Mientras Jordan se dedicaba a su ensalada Fitness, enriquecida con granos y semillas, ella empezó a soñar con el Día de San Valentín. Puede que aún tuviese el San Valentín que se merecía. Pensó en Thomas Finch. Era probable que el lunes siguiente, además de lo que solía llevarse, le comprase algo especial a su amada. Por un segundo, pensó que ésa podría ser ella.

—¿Por qué te ríes sola? —preguntó Jordan.

Se despertó de una sacudida.

—¿Cómo dices?

—¡Lo sabía!

Ay, ay...

—Es un buen sitio, y la ensalada es aún mejor. Sabía que era una buena elección.

—La ensalada, ah, sí, está bastante bien.

—¿Bastante bien? ¡Es alucinante! ¿Sabes cuántas proteínas tienen las semillas de calabaza y las de chía?

—Me lo imagino. Oye, Jordan. ¿Podrías hacerme un favor?

De pronto lo tuvo claro: ¿cómo iba a saber él lo que quería si ella misma no abría la boca de vez en cuando para decírselo?

—¡Dispara! —le ordenó él sin parar de masticar las semillas.

—El martes es San Valentín.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y este año me gustaría... ¿No podrías regalarme algo romántico, para variar? Flores, por ejemplo. Como hacen otros hombres. —Como

Thomas Finch.

—Claro, no hay ningún problema. ¡Si eso te hace feliz!

—De hecho, me haría más que feliz.

Lo había conseguido. Por fin podía estar contenta porque iba a pasar un día romántico. Le hubiese gustado que Jordan le regalara algún dulce, pero pedirselo habría sido un exceso. Las flores bastarían; las flores serían perfectas. Se preguntó cuáles escogería. Se sentía eufórica. Por eso, al regresar a casa pocas horas después, mostró una gran pasión en el dormitorio.

—¡Vaya! ¿Qué te ocurre hoy? Si las vitaminas hacen que te excites tanto, deberíamos ir más a menudo a ese bar de ensaladas.

Keira no quería volver a oír hablar de ensaladas, por lo que le selló la boca con sus labios. Hicieron el amor como nunca antes lo habían hecho. Después, Jordan fue a ducharse como de costumbre y ella se quedó tendida en la cama sin hacer nada.

—Buenas noches, ha sido genial —dijo él cuando salió de la ducha y entró de un salto en la cama—. Tú eres genial.

—No me lo decías desde hacía mucho tiempo.

—Te lo digo ahora.

Si bien era lo que había deseado oír con todas sus fuerzas, no era eso lo que necesitaba, ahora se daba cuenta. A pesar de que el sexo hubiese sido increíble, había algo diferente. Algo había cambiado. Ella había cambiado. Ya no era la misma de siempre y no sabía si algún día volvería a serlo o si querría que fuese así.

De pronto no pudo evitar pensar en la mirada triste y cabizbaja de Thomas Finch y confió en que estuviese bien.

Quizá el lunes le preguntaría si todo estaba en orden. Daría lo que fuese por decirle que podía contar con ella... si necesitaba a alguien con quien hablar. Daría lo que fuese por sentarse a su lado y contarle sus secretos.

—Qué bien ya hayas venido —le gritó Keira a Kimberly que, por suerte, ya estaba allí a las dos y media—. Así puedo hacer un descansito, que todavía no he comido.

—Claro. Te relevo en un minuto. —Kimberly se llevó la chaqueta y el bolso a la trastienda y se puso detrás del mostrador, donde había un enorme trájín.

—¡Gracias! Volveré en diez minutos, como mucho.

Se apresuró hasta Boots y se compró un sándwich de queso que se comió a la carrera mientras regresaba a la tienda. Antes de doblar la esquina en Valerie Lane, cogió algo del bolsillo de su bolso: un paquete de cigarrillos y un encendedor. Había comprado ambas cosas el día anterior, y fumaba siempre que podía. Aunque se aseguraba de que no la viese nadie; no tenía la menor gana de oír sermones.

La nicotina le resultaba de ayuda. Se preguntaba por qué motivo había dejado de fumar si la relajaba tanto. Era casi mejor que el chocolate y, al menos, no engordaba.

—Así que has vuelto a las andadas, ¿no? —escuchó de repente.

Se giró al ver que la habían descubierto. ¿Qué estaba haciendo Tobin allí? Estaban en pleno día. ¿Cómo podía cerrar su tienda, así como así, justo después de la inauguración, para...? ¿Para qué? ¿Para ir a comprarse la comida? No llevaba nada en las manos, tan sólo estaba allí de pie, mirándola fijamente.

—¡Tobin! Yo... Sí, no he podido evitarlo. Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—No lo haré, te lo prometo.

—¿Por qué no estás en la floristería? ¿Estás vendiendo tanto que ya has contratado a alguien para que te ayude?

Se rio.

—No, no. No tengo a nadie que me ayude aparte de mi sobrina y su mejor amiga, que estuvieron repartiendo rosas el sábado.

—A mí también me regalaron una. Fue una idea preciosa.

—Muchas gracias. Respondiendo a tu pregunta: he tenido que cerrar la tienda durante cinco minutos para salir a buscar a alguien que dijo que venía. Al parecer, no encontraba Valerie Lane. En fin, cabe decir que es una calle muy pequeña.

—¿A qué celebridad debemos este honor? —preguntó Keira.

—¡Mire, ya ha llegado! ¡Hola, abuela! ¡Estoy aquí!

Keira se volvió. Una anciana con sombrero se dirigía hacia ellos con paso firme por Cornmarket Street, acompañada de un elegante bastón. Era la primera vez que Keira veía un sombrero con plumas de pavo real como aquél.

—¿Es tu abuela? No me digas que...

Observó que Tobin saludaba a la mujer con un cuidadoso abrazo.

—Abuela, me alegro de verte.

—Pensaba que hoy ya no conseguiría venir —dijo un poco irritada—. Menuda calle famosa elegiste para poner tu tienda. ¿No se ha extraviado ningún cliente viniendo hacia aquí?

Keira no pudo evitar sonreír, aun cuando era obvio que a la abuela de Tobin no le entusiasmaba demasiado Valerie Lane.

—Oh, sí. En fin, tengo muchas cosas que hacer. Debería darme prisa y regresar a la tienda antes de que me ahorquen los clientes que están esperando. —Miró a Keira—. Me gustaría presentarte a alguien. Ella es Keira Buckley, la dueña de la tienda de chocolates de Valerie Lane.

—De la chocolatería —le corrigió Keira mientras se deshacía

disimuladamente de su cigarrillo.

—Keira, te presento a mi abuela, Emily Sutherland. Podría decirse que es mi socia en la sombra.

Mira por dónde: Emily...

—Lo que mi nieto quiere decir es que le he financiado su floristería —replicó Emily.

Keira volvió a sonreír sin poder evitarlo. ¡Aquella mujer era de lo que no había!

—Es un placer conocerla —le dijo estrechándole la mano.

—El placer es todo mío. Entonces ¿nos vamos? Estoy deseando ver la floristería que han abierto en este escondido callejón que sólo es posible encontrar con lupa.

Tobin se rio y le tendió un brazo a su abuela para que pudiera sostenerse en él.

—Bienvenida a Valerie Lane, señora Sutherland. Yo también debo regresar a mi tienda enseguida. La chica que me ayuda estará desesperada.

—Y dígame, ¿funciona su tienda? —La mujer era la franqueza en persona.

—Funciona —respondió Keira—. Mañana es San Valentín, así que...

—Nunca me ha llamado la atención. Es un día más para las multinacionales que quieren sacarle el dinero a la gente.

—¡Abuela! —la reprendió Tobin—. En mi opinión, San Valentín es un día muy romántico. Además, seguramente en ningún otro momento del año venderé tantas flores como entre hoy y mañana.

—Sin olvidarse del Día de la Madre —dijo Keira.

—¡El Día de la Madre, bah! Debería existir un Día de la Abuela —opinó Emily y echó a andar con paso majestuoso al lado de Tobin mientras observaba Valerie Lane con todo detalle—. Sí, sí, no está nada mal. La hiedra que cae de la fachada de las casas es bien bonita. Pero ¿qué hacen ahí esas guirnaldas de luces tan cursis?

—Las hemos colgado nosotras por San Valentín —le informó Keira—.

Pensamos que era una bonita idea.

—¿A quién se refiere con *nosotras*?

—Las otras propietarias de las tiendas y yo.

—Deberían replantearse sus gustos.

—Muy bien, lo haremos. —Keira se despidió y se puso en camino riéndose para sus adentros y negando con la cabeza. La tienda estaba a reventar.

Lo mejor de tener mucha clientela, además de las fabulosas ganancias, era que la hucha para donativos estaba repleta de dinero. La de África. La hucha para la señora Witherspoon ya estaba más que llena el día anterior. Las cinco amigas se habían reunido la tarde anterior para contar el dinero. Tobin le había entregado su hucha a Keira poco después de cerrar la tienda. Habían volcado el contenido de las huchas sobre el mostrador de Susan y habían hecho un recuento aproximado. ¡Había más de trescientas libras! Eso significaba que podían comprarle una nevera nueva a la señora Witherspoon y, además, llenársela de delicias.

Sin duda, a la bondadosa Valerie le hubiese gustado una buena obra como aquélla. Keira se emocionó pensando en cómo habían planeado entregarle la nevera...

—¿Quién irá a comprar el frigorífico? ¿Y cuándo vamos a dárselo? —había preguntado Susan.

—¿Qué os parece el día después de San Valentín, cuando no tengamos tanto trabajo en la tienda? —había propuesto Keira.

—Eso sería el miércoles, y me gustaría abrir la Tea Corner por la tarde, como de costumbre. Puede que alguien necesite desahogarse o un hombro en el que llorar —consideró Laurie.

—Yo creo que sería precioso dárselo directamente el Día de San Valentín —opinó Ruby—. Sería un regalo maravilloso.

—Pero ese día algunas de nosotras tenemos una cita, ¿no? —preguntó Laurie—. Puede que incluso la señora Witherspoon.

—¿Y qué os parece mañana? —propuso Susan—. Cuando cerremos la tienda. Podríamos ir todas juntas a llevarle la nevera. —Sus ojos se iluminaron de alegría.

—A mí me va bien —dijo Keira—. ¿Estáis de acuerdo?

Todas movieron la cabeza en señal de asentimiento.

—Ahora sólo queda por saber quién se encargará de comprar la nevera. La tienda está hasta los topes, no se puede cerrar ni un solo instante —reflexionó Orchid.

—Podríamos ir todas a los Grandes Almacenes SB cuando acabemos —propuso Keira.

—Eso suena mucho mejor. Pero, Ruby, ¿podrás venir tú también?

—Eso espero. —Ruby parecía preocupada. Temía que fuese a ocurrir lo mismo de la última vez, cuando salió una tarde de improviso.

—¿Qué te parece si Barry se ocupa de tu padre mientras estás fuera? —había propuesto Laurie—. ¿No dijiste que le gusta jugar al ajedrez?

Ruby asintió entusiasmada.

—Le encanta el ajedrez.

—A Barry también. Podría quedarse con él en la Tea Corner mientras tanto. ¿Qué opinas?

—¿Lo haría de verdad? —preguntó Ruby conmovida.

—¡Sí, si se lo pido con amor! —Laurie sonrió burlescamente—. ¿Creéis que se negaría a darme cualquier cosa que quisiera a las puertas de San Valentín? —Le guiñó un ojo al resto.

—Bueno, entonces ya está todo aclarado —había dicho Susan satisfecha.

Eso había sido todo. Keira no pudo contener la risa al recordarlo.

Habían guardado el dinero en una bolsa que Barry había llevado al banco el mismo lunes por la mañana después de que Laurie se lo pidiera. Orchid había propuesto ir a tomar algo a algún sitio, así que el domingo por la noche habían acabado tomando un cóctel y contando historias sobre otros días de San Valentín. Todas salvo Ruby, que tuvo que apresurarse a casa para estar

con su padre. Sentía tanta pena por Ruby... Pero, de algún modo, a Keira le parecía conmovedor que alguien pudiese necesitarla tanto.

Las cuatro y cinco, y todavía no había venido.

La tienda estaba repleta de gente. Kimberly y ella hacían todo lo posible para aconsejar y atender con amabilidad a sus clientes. Se tomaban el tiempo necesario con cada uno de ellos, a pesar de que tenían que abrirse camino entre la multitud para ir de un extremo a otro de la tienda.

Las cinco menos cuarto. Aquel día ya no aparecería por allí. Tal vez estaba enfermo; quizá su esposa o sus hijos lo estaban. Madre mía. Debería dejar de pensar en él de una vez. Hacía que todo se complicara mucho más.

A las seis cerró la tienda y le indicó a Kimberly que podía irse a casa. Suspiró hondo. Tenía tantas ganas de verle. Casi hasta se había olvidado de darle vueltas y vueltas a Tessa Keane.

¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué Jordan le hacía una transferencia mensual, y no precisamente por un importe pequeño? ¿Por qué no le había mencionado nunca aquel nombre? ¿Jordan le estaría ocultando algún secreto?

Todos tenían secretos. Ella también había vuelto a fumar, y estaba segura de que no le diría a Jordan ni una palabra, igual que le había ocultado que, en el armario de la sala de estar, detrás de los álbumes de fotos que conservaban del principio de su relación (y que Jordan, claro está, nunca miraba), había escondidas algunas tabletas de chocolate. Pero algo tan significativo como transferirle un dinerito a alguien, eso ya era de otro nivel. Ella nunca le hubiese ocultado algo tan importante a Jordan, fuera lo que fuese.

—¡Hola, chicos! —les gritó Keira a Susan, Orchid, Laurie y Barry, reunidos ya delante de la Tea Corner.

—¡Hola! Sólo faltan por llegar Ruby y Hugh. Barry ha traído la furgoneta de reparto —informó Laurie, señalándole el vehículo que era imposible de no ver—. Así podremos transportar la nevera.

—Genial. ¿Y quién va a conducirlo?

Keira no se había sentado nunca al volante de una furgoneta. En realidad, llevaba años sin conducir apenas. Desde que estaba con Jordan sólo viajaba de acompañante. Él utilizaba el coche que tenían en común para ir a su consulta, así que estaba acostumbrada a viajar con transporte público.

—¿Me dejáis a mí? —preguntó Orchid.

—Si sabes, sí.

—No es difícil. He conducido hasta un camión. Mi tía Hannah es camionera.

—¿En serio? No lo sabía —dijo Susan.

—¿No? Vaya, pensaba que os lo había dicho.

Era un auténtico milagro descubrir en ese instante algún detalle sobre la vida de Orchid, algo que su amiga más charlatana no hubiese contado.

—Muy bien —lo aprobó Laurie.

—¡Perfecto! —se alegró Orchid. Luego se volvió hacia Keira—. Oye, no es cierto que hayas vuelto con ese idiota, ¿verdad?

Keira evitó mirar a Orchid directamente.

—Sí, diría que lo he hecho.

—Pero ¿por qué? —le regañó.

—Pues porque... porque...

—No lo sabe ni ella —respondió Susan en su lugar.

—En serio, te estás cargando tu propia felicidad, ¿aún no lo sabes? —Orchid era incapaz de calmarse de nuevo.

—Se trata de mi vida —le replicó Keira.

Laurie le puso una mano en el hombro.

—No te enfades, cielo. Nosotras sólo queremos lo mejor para ti. Además, sabes que yo también soy de la misma opinión de Orchid: volver con él ha sido el mayor error que podías cometer. Tienes que olvidarle de una vez por todas.

—Ya sé que lo decís con buena intención. Pero mañana es San Valentín...

—¿Y no quieres celebrarlo sola? —preguntó Susan comprensiva.

—Es que pensé que podía darle una última oportunidad. Ha dicho que va a regalarme algo romántico.

—No lo entiendo —volvió a decir Orchid con notoriedad.

—Tampoco tienes por qué entenderlo.

Hubo un silencio. Siguieron esperando bajo el frío mientras Barry montaba una tabla de ajedrez en una de las bonitas mesas blancas que había en el interior de la tienda. Laurie asomó la cabeza por la puerta.

—Servíos tranquilamente lo que queráis. Hay té en la tetera, y las galletas están detrás del mostrador.

—De acuerdo. —Barry levantó el pulgar.

Por fin llegaron Ruby y Hugh, que se alegró mucho de poder jugar al ajedrez con Barry.

—Por cierto, Barry, no tienes ninguna posibilidad —le dijo Ruby antes de irse—. Nadie ha podido ganar a mi padre hasta ahora.

—Ajá. Gracias por advertírmelo, pero a mí tampoco se me da tan mal.

Hugh se frotó las manos y se sentó a la mesa.

Ruby se arrodilló junto a él.

—Papá, estaré fuera un par de horas, ¿vale? Ya lo hemos hablado antes.

Hugh asintió.

—¿Hay panecillos de leche?

—Ay, casi se me olvidaba. Tus panecillos de leche, claro. —Sacó de una bolsa de plástico que llevaba colgada en el hombro un paquete de panecillos comprados en el súper. Después de eso pudieron irse.

—Esta semana les toca a los panecillos de leche —les comentó Ruby a las demás en cuanto estuvieron fuera.

—A mí me gustan —dijo Susan.

Tobin salió de su tienda y las saludó.

—Nos vamos a comprar la nevera para la señora Witherspoon —le informó Keira—. Y luego iremos a llevársela.

—¿Necesitáis ayuda para transportarla? —se ofreció él amablemente.

—No es necesario —le replicó Orchid molesta.

—Tan sólo os ofrecía mi ayuda. ¿Habéis recaudado suficiente dinero?

Keira le sonrió.

—Sí, gracias, más que suficiente.

—Siento no haber podido ayudar más estos dos días.

—El hecho de que hayas colaborado ya es genial. Con tu parte podremos comprar algunos alimentos para que la nevera no esté vacía.

—¡Fantástico! —dijo Tobin—. Saludad a la señora Witherspoon de mi parte, aunque no tenga el placer de conocerla.

—Lo haremos.

Orchid y Susan se subieron a la furgoneta de Barry y el resto se dirigió al coche de Laurie, que estaba aparcado cerca. Se reunieron de nuevo delante de los grandes almacenes, y no sólo compraron el frigorífico para la señora Witherspoon que, además, estaba de oferta; también compraron algunos de sus platos preferidos, incluido el *stargazy pie*.

Media hora más tarde llamaban al timbre de su puerta. La señora Witherspoon, vestida con su vieja bata y con el cabello despeinado, salió a la puerta y se quedó mirando fijamente la furgoneta con ojos como platos.

—¿Qué me habéis traído?

—Una nevera nueva para San Valentín —dijo Laurie al tiempo que le daba a la anciana un abrazo.

Una a una la fueron abrazando mientras entraban en su casa con las bolsas de alimentos. Luego consiguieron llevar la nevera hasta el interior con ayuda de un carrito que Barry guardaba en la parte trasera del vehículo. La señora Witherspoon tenía lágrimas en los ojos y le temblaban los labios cuando les dio las gracias.

—¿Cómo os podré devolver lo que ha costado?

—No necesita pagar ni un céntimo —le explicó Keira—. Todas pusimos una hucha en nuestras tiendas. Incluso Tobin Marks, el dueño de la

floristería, que, por cierto, le manda muchos saludos. Hemos recaudado tanto que, además de comprar la nevera, ha sobrado dinero para llenarla a base de bien.

—¡Quién iba a decirme a mí que viviría para ver esto! Desde luego que sois unos ángeles caídos del cielo.

—El ángel es usted, señora Witherspoon —dijo Susan.

—¿Podemos encenderla ya? —quiso saber ella.

—Sí, porque la hemos traído en posición vertical todo el trayecto. Deje que lo hagamos. ¿Quiere que nos llevemos la vieja y la tiremos, ya que estamos? —preguntó Laurie.

—Estaría muy bien.

—Claro, no es ningún problema.

Cargaron en la furgoneta la nevera estropeada y guardaron los alimentos en la nueva. Ésta se hallaba ahora en un rincón de la cocina que, aun deslucida, irradiaba tanto amor como el resto de la casita de aquella maravillosa mujer.

—¿Ha comido ya, señora Witherspoon? ¿Qué le parece si cocino algo delicioso para usted? —le propuso Susan.

—¿Un guiso? —La vieja mujer aplaudió como hacía siempre que estaba entusiasmada.

—Por supuesto. —Susan le preguntó dónde estaba la cazuela, y cogió unas hortalizas y un paquete de salchichas del frigorífico nuevo.

—¿Os importa si os dejamos solas? —preguntó Laurie, probablemente porque Keira y ella habían notado que Ruby estaba cada vez más inquieta.

—Claro que no, ya podéis iros. Estaremos bien, ¿a que sí, señora Witherspoon? —Susan puso una mano sobre su frágil hombro.

Orchid condujo la furgoneta de vuelta mientras las otras tres amigas iban en el coche de Laurie.

—¡Se ha puesto tan contenta! —dijo conmovida Keira.

—Sí, hoy hemos hecho una buena obra de verdad —añadió Laurie

dándole la razón.

—¿Creéis que mi padre estará bien? Barry no nos ha dicho nada. —Ruby se mordía las uñas de puro nervio.

—Espera, voy a llamarle. —Laurie marcó el teléfono de Barry y conectó el altavoz en su móvil—. Hola, Barry. ¿Va todo bien por ahí?

—Todo en orden. Hugh ya me ha ganado seis veces.

—¿En serio? ¿Y cuántas partidas le has ganado tú?

—¿Estás de broma? No hay quien gane a este hombre.

Keira vio que Ruby sonreía orgullosa.

—Sólo llamaba para deciros que vamos hacia allí, y que llegaremos enseguida.

—No hay prisa. Nos entendemos estupendamente.

—¿Aún tiene panecillos de leche? —preguntó Ruby.

—Ruby pregunta si Hugh aún tiene panecillos de leche.

—Sí. En realidad, nos hemos pasado todo el tiempo comiendo galletas —contestó Barry.

Ruby contuvo la respiración al tiempo que se llevaba una mano a la boca. Se le humedecieron los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? —Keira le acarició el brazo.

Ruby asintió sin más. Luego dijo en un susurro:

—Es que hacía mucho tiempo que no rompía su patrón. De verdad... es maravilloso.

—Lo es. —Aquella tarde todo había salido como debía.

—De acuerdo, Barry. Estaremos allí en dos minutos. Por cierto, llevamos el frigorífico viejo —le informó Laurie.

—Qué bien. ¿Y quieres que me deshaga de él?

—¿Lo harías por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, cariño.

—¿Continuamos? —oyeron que se quejaba Hugh desde el otro lado de la

línea.

—Enseguida, señor Riley, enseguida. Laurie, tengo que colgar. Debería intentar acabar una partida, como mínimo, sin perder los alfiles, los caballos y las torres. Por no hablar de la reina.

—Pues que tengas mucha suerte.

Laurie colgó y aparcó detrás de la tienda, detrás de Orchid.

—¿De verdad queréis que entremos? ¡Los dos están jugando tan a gusto!
—preguntó Laurie.

Se quedaron observando a los dos hombres. Probablemente podrían seguir jugando toda la noche si nadie los interrumpía.

—Casi parece una persona normal, ¿no? —preguntó Ruby llevándose una mano al corazón.

—Porque es normal, Ruby —le dejó claro Keira—. Tan sólo tiene sus peculiaridades.

—En ocasiones me gustaría que no las tuviera.

—Sé exactamente lo que quieres decir, cielo. Pero las personas son como son, y debemos aceptarlas tal cual.

Ruby asintió y vio cómo su padre se hacía con la reina de Barry en el tablero dando gritos de júbilo.

Estaba tumbada, despierta. Su cabeza reposaba sobre una mano mientras miraba a Jordan, que inspiraba y espiraba tranquilamente. ¿Qué estaría soñando? ¿Estaría soñando con Tessa Keane?

¡Basta! ¡Se negaba a tener que pensar hoy en aquel nombre! Sólo quería ser feliz, alegrarse, dejarse llevar por el romanticismo y estar contenta por tener un hombre a su lado porque... ¡ya era San Valentín!

Jordan abrió los ojos cuando la alarma de su móvil lo despertó por fin con su canción preferida, *Kung Fu Fighting*.

—Buenos días, cariño. Te deseo un feliz San Valentín —dijo Keira, si bien no sonó demasiado romántico con aquella canción de fondo.

Jordan emitió un gruñido y apagó el despertador. Luego se volvió hacia ella.

—Igualmente.

—Espera, tengo algo para ti...

Keira saltó de la cama y cogió del armario un regalo con una envoltura elegante. En su interior había, además de dos entradas para ir al cine, dos camisetas que Jordan no dudaría en ponerse para hacer deporte. Le gustaban porque le permitían mostrar sus músculos muy bien.

Se sentó en la cama y desenvolvió el regalo.

—Oh, vaya. Está muy bien, muchas gracias. —Se inclinó hacia ella y la besó.

—Me alegro de que te guste. —Lo miró con impaciencia, aunque Jordan no dio muestras de tener un regalo para ella también. Al contrario.

—Voy a ducharme —dijo levantándose y dirigiéndose al baño.

Keira se quedó decepcionada sin moverse.

—¡Ajá! Seguro que pensabas que me había olvidado, ¿verdad? —Jordan volvió con una pequeña bolsa de regalo en la mano.

—Casi me lo había creído, sí —le confesó. Fue un alivio que sólo le hubiese querido gastar una broma. Aun así, se preguntaba cómo iba a caber un ramo de flores en una bolsita de papel como aquélla.

—Me dijiste que te regalase una cosa... Pero he pensado que las flores se marchitan enseguida, así que he querido regalarte algo dulce. Al fin y al cabo, es San Valentín. —Le dio la bolsa.

Ella lo miró perpleja. ¿En serio le había comprado dulces? ¿A pesar de sus prejuicios en contra de todo lo que contenía azúcar? ¿Es posible que estuviese cambiando?

Keira cogió la bolsa de corazones rojos loca de alegría. Con una gran sonrisa, metió la mano y sacó de ella... dos paquetes de barritas de cereales. Barritas de cereales sin azúcar.

—¿Lo ves? Así tienes algo para picar entre horas que, además, es saludable. —Jordan estaba radiante.

Keira no sabía si era otra broma, pero Jordan la miraba con tanta alegría como si le hubiese regalado una diadema de diamantes.

—Oh. ¿Son barritas de cereales?

—Están riquísimas. Yo ya las he probado.

Ella se quedó mirando fijamente las barritas. ¿Cuánto le habrían costado? ¿Entre cuatro y seis libras? Ella se había gastado más de cincuenta. Aun así, eso era lo de menos ahora.

—¿Qué he vuelto a hacer mal? —le preguntó Jordan, irritado de pronto.

—Nada en absoluto.

—Lo veo en tu mirada.

—Sólo me preguntaba si tendrías alguna tarjeta de San Valentín que darme.

—Es una estupidez tener que regalar una cada año. Al fin ya al cabo

siempre se escribe lo mismo, ¿no? Es decir, que nadie se guarda todas las postales.

—Yo sí.

—¿En serio?

¿Estaba diciendo que había tirado todas las tarjetas que ella le había escrito con todo cariño para San Valentín, para el aniversario de ambos o para su cumpleaños?

—No importa —replicó ella con un gran nudo en la garganta.

—Muy bien. Entonces iré a ducharme. ¿Desayunamos juntos hoy?

—Lo siento, no puedo. Hoy habrá mucho jaleo en la tienda.

—Todos los chalados. —Jordan movió la cabeza con aire despectivo y se fue al baño.

Keira se acercó en una especie de trance hasta la cómoda en la que Jordan había dejado su regalo. Ni siquiera se había dado cuenta de que había una postal enganchada en el papel de regalo. La despegó, se la llevó consigo a la cocina y la tiró al cubo de la basura; la enterró muy hondo, bajo las cáscaras de huevo y las pieles de hortalizas que Jordan había desechado después de hacerse una tortilla la noche anterior.

Llegó a Valerie Lane totalmente agotada. Vio que sus amigas no estaban por allí y aprovechó para encenderse un cigarrillo antes de abrir la tienda. Sabía que lo que hacía estaba mal, pero, al mismo tiempo, sabía que aquello era una nadería comparado con todo lo demás.

Un cuarto de hora más tarde aparecieron los primeros clientes en la tienda y Keira pudo volver a sentirse plena. Ya que su propia vida carecía de romanticismo, al menos quería ayudar a que otras personas lo tuvieran. Además, tenía una pequeñísima esperanza de que el cliente de los lunes se presentase aquel día. A todo el mundo le podía surgir un imprevisto; quizá

sólo había estado enfermo. Esperaba que su vergonzoso comportamiento no tuviese nada que ver con que él no viniera el lunes.

Poco antes de las diez, mientras Agnes estaba en la tienda junto a otros clientes para comprarle mazapán de Lübeck a su novio alemán, al que tanto echaba de menos, alguien irrumpió en la chocolatería. Era Jordan.

En un primer momento, Keira se alegró. Hacía siglos que Jordan no se pasaba por su tienda. Era un detalle que hubiese querido hacerle una visita precisamente el Día de San Valentín. Aunque tuviese mucho trabajo, cosa que él ya debería saber, había ido a verla, y ella quería dedicarle algo de su tiempo.

—Jordan, qué sorpresa —dijo dirigiéndose hasta donde él estaba.

Pero Jordan no estaba de muy buen humor.

—¡Te has llevado mi móvil!

—¿Cómo dices?

—Esta mañana te has llevado el móvil que no era. Yo tengo el tuyo.

—Vaya, ¿de verdad? —No se había dado cuenta.

—Sí. ¿Me das el mío? He tenido que salir expresamente de la consulta y, para colmo, no se puede entrar con el coche en esta zona de mala muerte.

Keira vio que Agnes la miraba escandalizada. Estaba justo detrás de Jordan. Prefirió no tener que mirar a los otros clientes.

—¡Jordan! ¡No hables tan alto, tengo clientes en la tienda!

—¡Me da igual! Yo tengo pacientes esperando y debo volver rápido. Además, a ellos les cuesta más de dos libras noventa y nueve.

—Ésas no son formas, Jordan. —Lo apartó a un lado.

—Estoy enfadado. ¿Vas a darme mi móvil de una vez?

—Claro. —Lo sacó del bolsillo de su pantalón. Sabía que más tarde le seguiría un largo sermón: lo estúpido que era la idea de comprar móviles para dos; que él estaba en contra de aquello desde un principio—. No sabía que lo tenía. ¿Por qué no me has llamado para decírmelo?

—¿Cómo iba a hacerlo? Tengo el teléfono de tu tienda grabado en mi

móvil. ¿Piensas que me lo sé de memoria?

Jordan ni siquiera se sabía de memoria su propio número.

—Podías haber llamado a tu móvil desde el mío. O podías haber buscado el número de teléfono de la chocolatería en las páginas amarillas.

—Lo he intentado. Tienes que meter el pin.

—Es muy fácil de adivinar. Es el día de nuestro aniversario.

En fin, tal y como la miraba Jordan, presintió que tampoco se lo sabía. ¿Alguna vez se lo sabría si, como hacia siempre, no se lo recordaba unos días antes?

—Aquí tienes tu móvil. Me largo. —Le puso el teléfono en la mano con un gesto brusco y desapareció antes de que ella pudiera decir algo.

Después de eso apenas pudo concentrarse en el trabajo. Agnes espero hasta que atendiese a otros tres clientes y luego fue hasta la caja.

—¿Ése era tu novio?

Keira asintió.

—Era Jordan, sí.

—Te hablaba como si fuese tu padre. Un padre muy estricto.

Genial. Las palabras de Agnes no hacían que se sintiese mejor. Y encima se las decía de la manera más directa.

—Yo... él... Yo tampoco sé por qué se ha comportado de ese modo.

Agnes miró a su alrededor para asegurarse de que no las escuchaba nadie.

—No querría inmiscuirme en nada, pero sabes que estoy estudiando Psicología. Hace poco estuvimos hablando de este tema... Las mujeres que crecen sin una figura paterna a menudo buscan protección y erróneamente acaban con un hombre que las humilla. Tú creciste sin padre, ¿verdad?

Ella asintió. Era lo único que se veía capaz de hacer ahora.

—Quizá deberías pensar en ello, si te trata de ese modo más a menudo — dijo Agnes—. Puedo pasarte material para leer.

—No es necesario, gracias.

Se alegró cuando Agnes se fue. En ese instante le hubiese gustado cerrar la

tienda y esconderse en lo más profundo de una cueva o en la cocina de la trastienda donde le esperaba una enorme caja de galletas rotas. Pero aquél era el día más importante y con más volumen de ventas de todo el año. Además, sus clientes confiaban en ella. Debía conseguir llegar como fuese hasta la hora del cierre. Siete horas y media de jornada laboral. Debía aguantar. Como fuese.

Al menos por la tarde contó con la ayuda de Kimberly y pudo hacer un descanso. Esta vez se tomó su tiempo, se fumó un par de cigarrillos mientras caminaba por la calle. No se compró nada para comer, no tenía hambre.

Había deseado preguntarle a Jordan si quería que salieran juntos aquella noche. Mejor dicho: había confiado en que él lo propondría. Pero no lo había hecho y, después de aquella aparición suya, se le habían quitado las ganas de cualquier cosa. No volvería a dirigirle la palabra. La había humillado de tal manera... delante de sus clientes; eso había sido lo peor. Tendría que haberles pedido disculpas; que hubiesen visto en sus ojos lo consternada que se sentía. Se estarían preguntando: ¿cómo puede soportar la señorita Buckley a semejante persona?

De vuelta a Valerie Lane, que aquel día estaba más repleta que nunca de gente, Keira se pasó por la tienda de Susan.

—Hola, Keira. Me alegro de que hayas venido. Pero ¿no tienes mucho que hacer hoy?

—Sí, tengo trabajo. Sólo quería preguntarte algo. ¿Aún tienes pensado ir al albergue de acogida para repartir los guantes cuando cierres la tienda?

—Claro que sí.

—¿Puedo ir contigo?

Susan la miró con el ceño fruncido.

—Por favor, eso ni se pregunta. Por supuesto que puedes venir. Me encantaría.

—Gracias. —Keira salió rápidamente de Susan's Wool Paradise y se armó de valor para encarar el resto de aquel romántico día...

Fuera como fuese, hasta la hora de echar el cierre, Keira consiguió atender a sus clientes; sonreírles con amabilidad y regalarles los bombones con forma de corazón que había envasado uno a uno con tanto cariño. A las seis en punto le dijo a Kimberly que podía irse, no sin antes darle a ella también un par de corazones. Después, se quedó allí de pie, sin saber qué hacer.

Miró de nuevo la pantalla de su móvil. Jordan no la había llamado tras lo sucedido aquella mañana. ¿Estaría enfadado con ella? Aunque en realidad era ella quien tenía motivos para estarlo.

Vio que fuera Patrick y Orchid caminaban enamorados. Seguro que había ido a buscarla al trabajo: era un gesto precioso en el Día de San Valentín. Daba envidia verlos a los dos, tenían un aspecto tan increíblemente feliz. Se acordó que tenían previsto ir a Londres aquella noche para pasar una velada romántica. Hacía tiempo que Keira no iba a la gran ciudad, aunque sólo quedaba a una hora de allí. Es cierto que había tenido ocasiones de ir, pero no le apetecía hacerlo para asistir a alguna feria para deportistas, así que siempre se quedaba en casa cuando Jordan se iba a Londres. Tampoco era una excusa. Lo cierto es que no quería cerrar la chocolatería durante un día entero. Haber contratado a Kimberly le facilitaba las cosas. Ya había asumido sus tareas a la perfección un par de veces. Ahora Keira tenía la posibilidad de hacerlo, si bien no la ocasión. ¿Para qué iba a cogerse un día libre? ¿Para espiar a Jordan? ¿Para vigilarle? ¿Para descubrir quién era Tessa Keane?

Alguien llamó con fuerza a la puerta de la tienda.

Keira fue a abrir y dejó que entrara Laurie, que venía entusiasmada.

—¡No vas a creértelo! ¡Barry me ha regalado un viaje a Escocia!

Keira sonrió. Lo sabía desde hacía tiempo.

—Qué bien. Me alegro por ti, suena genial.

—Vamos, no te hagas la tonta. Ya sé que lo sabías todo. —Le dio un pequeño empujón.

—Me has pillado. Pero estás contenta, ¿no? —Prefirió no contarle nada sobre sus barritas de cereales sin azúcar.

—¡Por supuesto! Por fin voy a conocer en persona a la hermana de Barry y a sus sobrinos. Sólo nos conocemos por Skype.

—¿Y puedes cerrar la tienda durante dos días?

—No debería haber problema. Hace años que no la cierro. ¿Sabes cuándo cogí vacaciones por última vez?

—¿En 2014?

—¡2013!

—¡Vaya, hace siglos de eso!

—Exacto. La tienda ha dejado de ser mi máxima prioridad desde que estoy con Barry, ¿sabes? Quiero decir que naturalmente sigue siendo muy importante para mí, pero... por fin debo empezar a pensar en mí misma. Todas deberíamos hacerlo. —Laurie la miró con ojos insistentes.

—Lo sé. Por eso no voy a salir con Jordan esta noche; en lugar de eso, voy a acompañar a Susan al albergue de acogida. —No le dijo que Jordan no tenía previsto salir con ella.

Laurie arrugó la nariz.

—Eso no suena a un fiestón.

—Ya te dije una vez que no soy de las que adoran divertirse.

—Sí, sí, ya lo sé. Pues, al menos, a ver si pescas un sin techo que esté bien. —Laurie sonrió descaradamente.

—Ja, ja. Qué bromista eres. No, gracias, prefiero que lo hagan otras.

Ambas miraron automáticamente la esquina de Gary donde se encontraba Ruby. Los dos parecían mantener una animada charla.

—Ojalá puedas encontrar tú también a tu propio Gary —dijo Laurie. Había algo de tristeza en su voz—. O a tu propio Barry, Patrick o Humphrey.

—No hace falta que me enumeres todos los hombres ideales de la ciudad, gracias. —Se quedó pensando. ¿Debería hablarle de él? Al fin y al cabo, era

su mejor amiga—. La verdad es que... sí que hay alguien en mi vida. De hecho, es una locura, porque está casado y...

—Aléjate de los casados —le aconsejó Laurie.

—Tampoco quiero nada con él. Sólo quería decir que ya he encontrado a mi hombre ideal.

—Si no estuviese casado...

—Si no estuviese casado...

Guardaron silencio durante un minuto. Luego Keira preguntó:

—Cuéntame. ¿Cuándo os vais a Escocia?

—A principios de marzo. Será un fin de semana largo.

—Menos mal que no te vas un miércoles. ¿Dónde íbamos a quedar, si no?

—Seguro que encontraríais algún sitio. Pero estaré aquí. No pienso dejaros solas los miércoles. —Laurie le dedicó una cálida sonrisa. Keira se la devolvió.

—Eso espero. —Le dio un abrazo a su amiga—. Me alegro mucho de que hayas encontrado el verdadero amor. Te lo mereces.

—Gracias, Keira. Tú también lo encontrarás, estoy segura.

—¿Eso crees?

Laurie asintió.

—Lo mejor sería que estuvieras libre cuando aparezca. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Lo comprendía. Pero a pesar de todo tenía la sensación de que no podía terminar del todo con Jordan y su relación.

Por primera vez en mucho tiempo, aquel miércoles por la tarde Keira no cruzó la calle para ir a Laurie's Tea Corner. Desde luego que le hubiese gustado escuchar lo que la señora Witherspoon tenía que decir sobre su nueva nevera. También hubiese sido fenomenal conocer a Humphrey por fin, si es que, por una vez, la mujer decidía venir acompañada. Sin embargo, estaba segura de que Orchid se pasaría el tiempo hablando sin parar de su noche romántica de Londres, y Laurie contaría entusiasmada con pelos y señales su fascinante viaje a Escocia. Podía prescindir de eso. Keira tenía cosas más importantes que hacer.

Tenía que hablar con Jordan.

La noche anterior había acompañado a Susan al albergue de acogida. Había envuelto el resto de los bombones con forma de corazón y un montón de dulces, y se los había dado a la gente que se hallaba en aquel lugar. De no ser así, probablemente, no hubiesen recibido nada en San Valentín. Casi se arrepintió de no haber llevado consigo aquella mañana las estúpidas barritas de cereales sin azúcar. Quizá hubiesen hecho feliz a alguien.

Mientras observaba cómo Susan —con su maravilloso carácter y la más afectuosa de sus sonrisas— repartía los guantes que había tejido ella misma (al igual que lo había hecho una vez la bondadosa Valerie) tomó conciencia de su vida.

El enorme peso que caía sobre su alma se desprendió de ésta y le sobrevino una sensación de gratitud, humildad y comprensión. Gratitud y humildad, porque tenía una buena vida, y porque había sido bendecida con un trabajo fantástico, unos amigos adorables y un techo bajo el que poder vivir.

Comprensión: porque al fin se había dado cuenta de que no podía desperdiciar aquel valioso regalo que Dios le había hecho.

Las lágrimas le caían mientras observaba los rostros agradecidos de la gente pobre, que se alegraba con cosas triviales como un par de guantes tejidos a mano y un bombón con forma de corazón.

Había estado dándole vueltas toda la noche y todo el día y, aquella tarde, había decidido enfrentarse a Jordan.

Antes de dirigirse hacia su apartamento llamó rápidamente a Laurie para disculparse. Le dijo que no se sentía bien, que se iba a casa. No podía decirlo con otras palabras.

Se sentó junto a la mesa de la cocina y esperó a que él viniese. Ya había comido: una ración de *fish & chips* que se había comprado de camino a casa. La noche anterior había regresado tarde —Susan y ella habían ido a tomarse un chocolate caliente— y, aquella mañana, apenas había visto a Jordan un instante. No habían hablado de lo que había sucedido el día anterior. Se preguntó si Jordan era consciente de que se había comportado como un idiota. Seguía sin poder explicarse por qué había enloquecido de aquella forma por haberse confundido de móvil. Pensándolo bien, reconoció que siempre había sido un poco particular en lo concerniente a su móvil. Nunca le había gustado que sonara, aunque fuese ella quien le llamara; tampoco cuando ella se lo cogía para mirar la hora. ¿Significaría algo más que eso? ¿No deseaba que le mirase el móvil de cerca porque podría descubrir alguna cosa en él que revelara su secreto? Pero, de ser así, ¿por qué no configuraba la pantalla para bloquearla? Podría escoger el día de su aniversario como contraseña... ¡Ay, resulta que lo había olvidado!

—Jordan —le dijo ella cuando llegó. Se sentía muy tranquila; de ningún modo pretendía discutir. Sólo quería saber qué estaba ocurriendo.

—Keira. —Él la miró por un segundo y pareció que iba sentarse en el sofá. Tenía el mando a distancia en la mano.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella.

—¿Tiene que ser ahora? Estoy muerto.

—¿Del gimnasio?

—Exacto.

—Tiene que ser ahora, Jordan —le dijo con determinación.

Jordan soltó un profundo suspiro, fue hasta ella y se sentó junto a la mesa.

—¿Qué pasa?

Sus palabras se negaban a salir ahora, a pesar de que había reflexionado muy bien sobre lo que deseaba que decir. Así que empezó con...

—Ayer fue San Valentín.

—Eso ya lo sé.

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Te refieres a lo que pasó en la tienda? Perdona si exageré, pero me fastidió mucho no tener mi móvil. Necesito mi móvil.

—Eso ya me ha quedado claro.

—¿Es que no te diste cuenta de que te habías llevado el mío?

—Sí, cuando entraste en mi tienda gritándome.

—No era mi intención.

—Olvídalo. En realidad, quería hablar contigo de otra cosa muy distinta.

—Ajá. Por lo de anoche. Te hubiese gustado que saliésemos, ¿no?

—No, ya tenía otros planes —respondió ella, y Jordan la miró perplejo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué era?

—Tenía algo importante que hacer... con Susan.

—Os llevó mucho tiempo.

—¿Entonces oíste cuando llegué a casa?

—Estaba medio dormido.

—Ah.

—Ya sabes que no me apasiona el Día de San Valentín. Me alegra que te buscaras algo que hacer por tu cuenta. Ya lo recuperaremos otro día. Me refiero a lo de salir.

—No importa. Has cumplido con tus obligaciones. Me has regalado esas

fantásticas barritas de cereales.

—Sabía que no te gustarían.

—Si lo sabías, ¿por qué me las regalaste?

—¿Qué querías que te regalara?

—¿Chocolate, por ejemplo?

—Tienes una tienda repleta de chocolate.

Keira volvió a sentir que su enfado iba en aumento. Pero no. Ahora no elevaría el tono de su voz.

—¿Y las flores que te había pedido?

—Te regalo flores constantemente.

—La última vez lo hiciste por mi cumpleaños. Ya han pasado ocho meses de eso. —Y, para colmo, eran rosas amarillas; las que menos le gustaban. Parecía que Jordan aún no sabía que el rosa era su color preferido. Tobin lo sabía. Aunque él era un caso aparte.

—¿Vas a darme un sermón? ¿Pretendes que me sienta mal? ¡Dios! No pienso regalarte nada más. Nunca te alegras por nada.

Respira hondo...

—No se trata de San Valentín —le informó.

—¿Ah, no?

—No. —Ella lo miró directamente a los ojos. Ahora o nunca—. ¿Quién es Tessa Keane?

Vio cómo Jordan palidecía en milésimas de segundos.

—¿Qué?

—Te he preguntado que quién es Tessa Keane.

—¿Dónde has oído ese nombre? —preguntó. Había cierta agresividad y alarma en su voz.

—Lo vi en la pantalla de tu ordenador. Le haces una transferencia enorme cada mes. ¿Puedes explicarme por qué?

Jordan se levantó enfadado de la silla, dio un golpe sobre la mesa con ambas manos y la miró fijamente lleno de odio.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi ordenador? —le gritó.

—Fue pura casualidad. Te habías dejado el portátil encendido.

—¿Y se puede saber cuándo? —Seguía mirándola enfadado.

—Hace poco. Fue la noche que regresé a casa.

Ella lo observó pensativamente mientras recordaba aquella noche.

—Entonces ¿estuviste husmeando entre mis cosas y luego te largaste otra vez? ¿Para volver más tarde y fingir que no había pasado nada?

—Más o menos. —Era la verdad. ¿Para qué iba a tomarse la molestia de mentir? Bastante era con que mintiese uno de los dos.

—Keira, eres... Desde luego, eres...

—Dilo. ¿Qué soy?

—¡Eres peor que nadie! Husmear en mis asuntos personales. ¡Mis registros bancarios! No puedo creérmelo.

—Quiero saber quién es Tessa Keane —replicó ella de nuevo. No pararía hasta que se lo contase.

Esta vez Jordan se levantó, se frotó la frente y empezó a ir de un lado a otro en la habitación. Luego se sentó.

—Está bien: es mi asesora financiera.

Ella no le creyó ni una palabra.

—¿Tienes una asesora financiera?

—Sí.

—Y le haces transferencias. ¿Por qué?

—Estoy invirtiendo en algo; algo muy prometedor.

—¿Y de qué se trata exactamente?

—De una empresa que fabrica artículos de deporte. —Lo soltó como si hubiese disparado un cañón. Lo había pensado en cuestión de segundos. Un poco más, y la habría impresionado, de no ser por lo patético que era.

—¿Qué clase de artículos de deporte?

Jordan sonrió con aire despectivo y con un leve graznido.

—No lo entenderías.

—¿Porque no tengo ni idea de deporte?

—Me has leído la mente.

—Pero creo que sí tengo idea como para saber que el dinero que uno quiere invertir no se le transfiere a su asesora financiera, sino a...

—¡Qué sabrás tú, Keira! Y ahora deja de acusarme ya. ¡Estás loca de remate!

—Estoy...

—No pienso oír nada más. ¿Me has entendido? Será mejor que hablemos de ti, que has destruido mi confianza —dijo duramente. Mientras hablaba, un poco de saliva salió disparada de la boca y acabó en su barbilla.

—Exacto, Jordan. La confianza es, seguramente, sobre lo que deberíamos hablar en realidad.

Jordan se levantó de un salto y se fue de la habitación.

—No tengo por qué aguantar esto. Salgo a correr otra vez. No me esperes.

—No tenía previsto hacerlo —le gritó ella mientras él se iba.

Oyó que la puerta se cerraba de golpe. Y ella se quedó sonriendo, a pesar de no saber muy bien por qué. ¿Quizá porque, por una vez, había ganado una pelea? ¿Porque no había dejado que la humillara? ¿Porque, por fin, estaba cien por cien segura de sí misma, de que podía enfrentarse a él?

—Maldita sea, voy a averiguar quién es esa Tessa Keane —dijo en medio del silencio que reinaba en el piso vacío—. Aunque sea lo último que haga.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Mientras llenaba la bañera de agua, se paseó por la cocina en ropa interior y se hizo una tostada con Nutella. Con mucha Nutella. Puso un CD de James Bay y se metió en la bañera.

—Te lo advertí —dijo. No se lo decía a James Bay, sino a Jordan, que había ido a refugiarse a algún sitio y, por desgracia, no podía oírla—. Y eso sólo ha sido el principio.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Laurie dirigiéndose hasta donde ella estaba.

Keira se hallaba delante de la tienda, fumando un cigarrillo a la vista de todos. Nada le importaba en ese momento. Se sentía tan herida y confusa que sólo podían ayudarla sus cigarrillos. El chocolate también hubiese sido una opción, pero debía poner tierra de por medio si no quería acabar vaciando el escaparate al completo. En las últimas semanas había engordado tres kilos y medio: lo había descubierto aquella mañana al mirar la báscula.

Se giró sin tratar de esconder siquiera aquel vicio maligno.

—Hola, Laurie. ¿Cómo estás?

Su amiga, que aquel día llevaba una larga falda colorida, la miró indignada.

—¿Qué demonios te ha pasado? ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué? ¿Porque estoy fumando? Ya lo hacía antes.

—Pero dejaste de fumar y dijiste que no volverías a hacerlo nunca más.

Keira se mostró indiferente.

—Qué más da. Todo me da igual.

—¿Que todo te da igual? A mí no me da igual tu salud. —Laurie parecía verdaderamente trastornada.

—Laurie, al menos un tercio de la humanidad fuma. No es para tanto.

Su amiga negó con la cabeza.

—¿Qué te ha ocurrido, eh?

—Jordan.

—Me lo imaginaba. ¿Qué te ha hecho esta vez?

—Me oculta cosas. Cosas graves.

—¿Qué clase de cosas?

—Aún no lo sé, pero voy a averiguarlo.

—Deberías mandarlo al infierno y olvidarte de todo esto; olvidarte de él y de lo que te está ocultando.

—Imposible. No lo haré hasta que no sepa quién es Tessa Keane. —Le dio una larga calada a su cigarrillo.

Laurie se lo quitó en un abrir y cerrar de ojos, lo tiró al suelo y lo pisó.

—¡Se acabó! ¿Quién es Tessa Keane?

—¡Shh! —soltó Keira mientras sacaba otro cigarrillo de la cajetilla.

—Vamos, Keira. ¡Casi no te reconozco! ¿Qué ha hecho Jordan contigo? Y, por favor, cuéntame ya quién es Tessa Keane. —La mirada de indignación de Laurie acabó convirtiéndose en una mirada de preocupación.

—No tengo ni idea... aún.

—¿Crees que te está engañando?

—Podría ser. Tengo la sensación de que se esconde mucho más detrás de todo esto. Jordan le pasa cada mes a una tal Tessa Keane la bonita suma de setecientas veintisiete libras.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Yo misma lo vi en su portátil.

—¿Estuviste husmeando en sus asuntos?

—Vaya, no empieces tú también. —Continuó fumando molesta.

—Lo siento. Bueno... Es mucho dinero. ¿Cuándo suele hacer la transferencia? ¿Es siempre el mismo importe?

—Creo que sí. Como mínimo, en los dos últimos meses. Y hace la transferencia justo a principios de mes.

—Bueno... —volvió a decir Laurie—. A principios de mes... Suena como si estuviese pagando una manutención, ¿no?

—¡Sí, hombre! —Keira se rio. Era sencillamente ridículo—. ¿Te refieres a la manutención de una ex?

—O a la de un hijo.

—Laurie, puede que Jordan sea idiota, pero ¡no iba a ocultarme que una vez estuvo casado o que tiene un hijo! Hemos pasado ocho años juntos, me hubiese dado cuenta. Además, está completamente en contra del matrimonio y no soporta a los niños.

—Pero ¿no perdió los nervios cuando te quejaste de que tu padre os había abandonado cuando eras pequeña?

—Sí...

Keira lo recordaba bien. Ocurrió hacía mucho tiempo. Era el Día del Padre, uno de los pocos momentos en los que le echaba de menos de verdad. Jordan se puso hecho una furia cuando le habló de él. Dijo que no todos los hombres estaban hechos para ser padres; que era preferible no tener ninguno antes que tener un mal padre. Ella le había replicado que ambas cosas eran prácticamente iguales, y Jordan apenas le había dirigido la palabra el resto del día. En aquel instante ella no había comprendido su reacción inesperada, y Laurie, a quien se lo había contado, tampoco. Después de eso, Keira había evitado mencionar a su padre delante de Jordan para no provocar una nueva reacción. ¿Empezaba a tener lógica lo que había ocurrido?

—A una de las dos le esperan clientes enseguida —dijo Laurie señalando a la señora Kingston.

Venía caminando por Valerie Lane. Eran casi las diez y, al contrario de lo que sucedía los primeros días de la semana, la calle estaba muy tranquila. La gente ya había gastado suficiente dinero en San Valentín y se habían abastecido bien con chocolate, té, regalos y flores, así que Keira, Laurie y los demás podían tener un respiro.

—¡Buenos días! —dijo la señora Kingston con voz meliflua—. Iba a verla a usted —dijo señalando a Laurie—. Necesito comprar más de ese delicioso té de especias. ¡No sabía que fumara! —exclamó volviéndose hacia Keira.

Ella se encogió de hombros sin decir nada.

—Bien, pues vayamos a la Tea Corner —dijo Laurie, y le cogió el brazo a

Keira—. Hablamos más tarde. ¿De acuerdo?

—No pretendía interrumpir su conversación en absoluto. No tengo prisa —les dijo la señora Kingston.

—Ya habíamos acabado —le contestó Keira. Pero en su mente flotaban mil trillones de interrogantes. ¿Tendría razón Laurie con sus suposiciones?

—El novio de Keira tiene algún secreto —reveló Laurie.

Keira le dirigió una mirada de enfado.

—Los secretos ayudan a mantener viva la llama del amor —opinó la señora Kingston.

—No se trata de esa clase de secretos —le contestó Keira, y regresó a su tienda.

De camino lanzó el cigarrillo al suelo adoquinado con cajas destempladas.

Una vez allí, se tomó un café mientras miraba a través de la ventana. Una exesposa o un hijo. ¿De verdad podía haber estado tan ciega como para dejarse engañar durante ocho largos años? ¿Es posible que Jordan hubiese concebido un niño con otra mientras estaban juntos?

Dios mío... ¡Eso sí que sería mucho peor!

Salió a la calle y recogió la colilla porque se sentía mal por haber ensuciado Valerie Lane. Acto seguido volvió a la tienda, cogió la guía telefónica que estaba repleta de polvo en una vieja estantería del cuarto que usaba como almacén, y la abrió por la letra K.

—Buenos días. Mi nombre es Bridget Miller y le llamo de la Agencia del Transporte Público. ¿Hablo con Tessa Keane? —Contuvo la respiración.

—Sí, soy yo. Yo soy Tessa Keane. ¿Qué desea?

Respiró aliviada, aunque también un poco decepcionada. Por la voz, la mujer parecía tener setenta años, como mínimo.

—Señora Keane, encantada de hablar con usted. Estamos haciendo una encuesta... ¿Tendría dos minutos para responder unas preguntas? —Ahora no

podía colgar sin más. Ya podía haberle dicho que era una antigua compañera de la escuela o algo parecido, en lugar de decirle que llamaba de una agencia que ni siquiera sabía si existía.

—Sí, claro. —La vieja señora Keane incluso pareció alegrarse de que le dieran algo de conversación.

—Sí, a ver... —*A ver* no era lo que se dice el mejor comienzo. En cualquier caso, no sonaba muy profesional. Pero no debía olvidar que era su primera llamada en calidad de agente secreto—. ¿Viaja a menudo en transporte público?

—Ya no tanto. Tengo la cadera mal, ¿sabe? Me han operado ya dos veces, y ahora me van a operar de las rodillas también. No puedo ir a ningún sitio sin mi andador, y cuesta mucho subir al autobús con él. Sobre todo, si no hay nadie que te ayude...

Vaya. Keira no se esperaba que la buena mujer acabara contándole todas sus desgracias a la primera de cambio.

—Lo comprendo —la interrumpió. Lo sentía, pero también tenía que ocuparse de un negocio, y los clientes podían entrar en cualquier momento—. Lamento mucho lo de su cadera y sus rodillas.

—Gracias, querida. Debería apreciar la suerte que tiene de tener dos rodillas que le funcionan.

—Lo hago, seguro que sí. ¿Podemos pasar a la siguiente pregunta?

—Por supuesto.

—Bien. Cuando utiliza el transporte público, viaja en autobús. ¿Es así?

—Exactamente.

—¿Cuántas veces, diría usted, que viaja a la semana en autobús?

—Uy, como máximo una vez al mes, si es que llega. Ya sabe, tengo mal la cadera. Además, las rodillas...

Keira respiró hondo. La campanilla de la puerta sonó y un cliente entró en la tienda.

—¿Era el horno? —preguntó la señora Keane desde el otro lado de la

línea.

—No, una campana.

—¿Está segura de que no era mi horno? A ver si al final se me va a quemar algo.

—¿Tiene algo en el horno que pueda quemarse?

—No lo sé —replicó la señora Keane—. Espere, voy a echar una ojeada... A lo mejor tardo un poco. Es que tengo la cadera mal, ¿sabe? Y mis rodillas ya no...

—Vaya a ver qué es. La esperaré.

Se volvió hacia el cliente y le alcanzó de la estantería un paquete de galletas de coco que le había pedido.

Después de cobrar al cliente, cogió el aparato de nuevo mientras se preguntaba por qué no había colgado antes. ¿Era porque le daba pena la señora Keane? ¿Porque se sentía mal por haberle mentado a una anciana?

—¡Señora Keane! —le dijo al aparato. Pero no hubo respuesta. Luego escuchó un resoplido.

—¡Hola, hola! ¿Sigue ahí?

—Sí, aún estoy aquí. ¿Y qué? ¿Era el horno?

—No, no. Olvidé que habían cortado la corriente del horno. Lo hizo mi nieto. Es para que no cometa ninguna barbaridad, como dice él. Al mediodía me traen la comida a casa.

—Qué bien. ¿Y está rica la comida que le traen?

—Normalmente sí. Este mediodía he comido col rellena, con patatas.

Keira miró el reloj. Quedaba un cuarto de hora para las doce. Vaya, la gente mayor comía muy temprano. Ella ni siquiera había desayunado. A excepción de los cigarrillos.

—Me alegro. Ahora debo dejarla. Muchas gracias por la información; ha sido de gran ayuda. —La mujer la había ayudado mucho más de lo que creía.

—¿Puedo proponer algo?

—Claro que sí.

—Podrían hacer un servicio de atención a la tercera edad. Unos autobuses pequeños que lleven sólo a gente mayor, y que tengan a alguien que ayude con el andador.

—Es una buena idea. Me lo apunto.

—Es que tengo la cadera mal, ¿sabe usted? Y mis rodillas...

—Adiós, señora Keane. ¡Que pase un buen día!

Keira colgó. Lo sentía mucho por la pobre mujer, pero ya había oído hablar más que suficiente sobre caderas rotas y rodillas.

¡Cielo santo! Ya estaba exhausta con una llamada, y aún debía comprobar seis más. Y eso únicamente de Oxford. Gracias a internet había averiguado que, tan sólo en los alrededores de Londres, había dieciocho mujeres en total con el nombre de Tessa Keane; y que había doscientas sesenta y siete en toda Inglaterra. ¿Cómo iba a encontrar la que ella buscaba?

Al llegar a casa de su madre ya había terminado con las otras seis de Oxford que le faltaban. Ninguna de ellas parecía ser una candidata en potencia. A aquellas que parecían tener entre veinte y sesenta años les había preguntado incluso si eran asesoras financieras. En una ocasión había fingido ser una compañera de clase, y le había preguntado sin rodeos a la mujer que estaba al otro extremo de la línea si conocía a Jordan Mitchum. Luego se le había ocurrido decir que era la recepcionista de Jordan. Sin embargo, nada de eso había servido. Había hablado con diez de las dieciocho mujeres llamadas Tessa Keane que vivían en un radio más amplio: continuaría con el resto al día siguiente.

—Hola, hija mía. ¿Tienes hambre? —le preguntó su madre cuando se sentó en la cocina.

—Me comería un caballo. —Ese día se había olvidado por completo de comer algo debido a tantas cavilaciones y llamadas—. Mamá, esta vez ponme una buena ración.

Mary la miró con una sonrisa resplandeciente antes de llenarle el plato con puré de patata, espinacas y huevos fritos: su comida preferida cuando era niña. Hacía que se sintiese bien; le transmitía una sensación de seguridad y protección en un momento de su vida en que sólo había desesperación. El cliente de los lunes no había vuelto por la chocolatería. Confiaba en que lo hiciese el lunes siguiente. ¿Y, Jordan? Le daban náuseas sólo de pensar en compartir la cama con él. Podría dormir en el sofá, pero, a decir verdad, se negaba a estar cerca de él.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí?

—Siempre que quieras, hija mía. —Su madre le acarició la mejilla con el dedo.

—Gracias, mamá. —Ella le sonrió con tristeza.

Agradecía que su madre no le diera ningún consejo sabio. No quería escuchar nada en ese instante. Su cabeza ya estaba suficientemente repleta de toda aquella información.

Al día siguiente encontró un hilo del que tirar. Volvió a llamar fingiendo que era la recepcionista de Jordan, y una de las Tessa empezó a tartamudear. Keira se dio cuenta enseguida de que reconocía el nombre de Jordan Mitchum. Luego le preguntó qué podía hacer por ella.

Keira colgó sintiéndose muy avergonzada, pero por fin había encontrado a quien andaba buscando, estaba segura. Además, vivía en Abingdon, a apenas media hora de Oxford.

Le hubiese gustado ir hasta allí en ese mismo instante; sin embargo, debía pensar bien qué quería hacer y qué iba a decir. Además, no podía cerrar la tienda como si nada. Así que se esperó y, el sábado que venía Kimberly, le preguntó si podía quedarse sola en Keira's Chocolates durante un par de horas.

—No te preocupes —le contestó Kimberly, y Keira se puso en camino.

Una vez fuera de la tienda se dio cuenta de lo tonta que había sido. ¿Cómo iba a ir hasta Abingdon? ¿Habría algún autobús hasta allí? No podía pedirle el coche a Jordan. Aunque sí podía pedirselo a Laurie. Corrió hasta la Tea Corner.

—¡Laurie! ¿Podrías dejarme tu coche?

—Claro. ¿Adónde vas?

—Luego te lo cuento con tranquilidad.

Laurie la miró con una sonrisa y asintió con la cabeza dando a entender que sabía lo que le ocurría a su amiga.

—Has encontrado a Tessa Keane, ¿no es cierto?

—Creo que sí. Debo ir a Abingdon enseguida; si no, no me quedaré

tranquila.

Laurie buscó en su bolso las llaves del coche y se las dio.

—Averigua quién es, James Bond.

Keira sonrió de nuevo por fin.

—Lo haré.

—Y luego quiero que me lo cuentes con todo detalle, ¿de acuerdo?

Keira asintió.

—¿Dónde tienes el coche?

—Está en el aparcamiento que hay junto al río. Cuídate, cielo.

—Lo haré.

Keira salió por la puerta y, al respirar el aire fresco, se sintió fuerte y atrevida, y más valiente que nunca.

Aun así, condujo nerviosa todo el camino, increíblemente nerviosa. Puso la radio. Sonaba *Take Me To Church*, de Hozier. Al contrario que a Jordan, a ella siempre le había gustado. La cantó a voces. De algún modo, aquella canción cobraba un nuevo significado en ese momento. Era su canción de guerra: la canción que iba conducirla a un futuro nuevo, a pesar de que aún no sabía cómo era ni qué le esperaba.

Keira había metido en el navegador de Laurie la dirección que aparecía junto al nombre de Tessa Keane en la guía telefónica. El coche la condujo hasta la misma puerta de la casa donde vivía la mujer.

Se quedó sentada en el interior del vehículo sin atreverse a bajar de él. Luego, con la canción en sus oídos aún, se armó de valor y cantó para sus adentros: «Amén, amén, amén, amén». A pesar de que no era en absoluto una persona religiosa ni cantaba en el coro de ninguna iglesia, sabía que sólo podría soportar aquello gracias a la ayuda divina.

Antes de llamar al timbre, respiró hondo una vez más y dejó que el aire fresco de febrero inundara sus pulmones. Tenía que parecer mucho más

segura de lo que se sentía, pero, en realidad, era un manojo de nervios.

Una hermosa mujer de cabello rubio le abrió la puerta, y la miró sorprendida.

—¿Sí?

—Buenos días —contestó Keira.

Eso fue todo.

Las palabras se negaban a salir, a pesar de que se esforzaba horrores por que así fuera.

—¿Te encuentras bien? Estás muy pálida —dijo la mujer. ¿Era Tessa Keane?

—Yo... Lo siento, yo... Yo...

Sintió que se mareaba. Que aquella persona fuese Tessa Keane tan sólo podía significar una cosa: que Jordan tenía una relación con ella y le ingresaba dinero cada mes para... ¿Para qué? ¿Para el alquiler? ¿Para comprarse lencería sexi? Oh, Dios. Aquella mujer encajaba mucho mejor con Jordan de lo que ella jamás lo hubiese hecho. Era alta, rubia y muy esbelta. Si le hubiesen dicho que era una modelo famosa de revistas, se lo habría creído de inmediato.

—¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —le ofreció la mujer rápidamente.

Y, para colmo, era amable. ¡Maldita sea!

Keira asintió.

—Eres muy... Sí, gracias.

—Espera aquí. Qué tontería, será mejor que entres.

La mujer la invitó a entrar en su casa. ¿Pasaba el tiempo Jordan allí a menudo? ¿Estaba allí cuando le decía que iba al gimnasio? ¿Cómo había podido creer que iba a hacer deporte todos los días? Entonces ¿adónde iba si no? ¿Y hace poco? ¿Y el lunes que estuvo fuera toda la noche sin avisarla de que no vendría? La maldita noche en que ella había preparado aquel estúpido filete de pollo y la ensalada. ¿Había estado allí? ¿En casa de aquella mujer?

Keira la siguió hasta la cocina y se sentó en una de las sillas naranjas sin que nadie se lo dijera. Estaba realmente mareada.

«Amén, amén, amén, cantaba en su interior. Dios, te lo suplico. Envíame la fuerza que necesito para que no decaiga. Como mínimo, hasta que haya hablado con ella. Después, si quieres, haz que me desmaye o que sufra un ataque de nervios. ¡Pero, te lo suplico, que no ocurra delante de ella!»

—Ten. ¡Tómatelo!

La mujer le tendió un vaso de agua del grifo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a una ambulancia?

—No, no, estaré bien —dijo bebiéndose toda el agua. Luego, sin saber si podría contener sus pensamientos por más tiempo, lo soltó sin tapujos—: Mi nombre es Keira Buckley.

—Encantada de conocerte, Keira. Yo soy Tessa. —Miró a Keira expectante.

—¿Mi nombre no te dice absolutamente nada?

—No. ¿Debería?

—Soy... Soy la novia de Jordan Mitchum. —Hubiese bastado el nombre de pila.

En ese momento, el hermoso rostro de Tessa se desfiguró y adoptó un gesto de dolor.

—¿Te ha enviado él?

—No. Él no sabe que he venido.

—¿Qué quieres? —preguntó Tessa con los brazos cruzados. No lo hizo de aquel modo adorable en que lo hacía Orchid, al contrario. Estaba a la defensiva, como si fuese a echar a su invitada sorpresa en cualquier instante.

—Yo... Yo... —Sus palabras salían entrecortadas. No sabía qué decir. Todo lo que se había preparado el día anterior se había esfumado—. En realidad, no sé qué estoy haciendo aquí. Encontré tu nombre en... Vi tu nombre, y también que Jordan te envía dinero cada mes. Puede que todo esto no sea de mi incumbencia, pero... ¿Sabes qué? ¡Claro que tiene algo que ver

conmigo! Soy la novia de Jordan, debería saber qué hace a mis espaldas. Así que dímelo, sólo quiero saberlo. —Se armó de valentía y confió en que Tessa se lo diría rápido. Como cuando uno se quita una tirita de golpe para que no duela.

—¿No lo sabes? —preguntó Tessa sorprendida.

—¿El qué?

Tessa se marchó de la cocina sin decir nada más. Keira se preguntó si la mujer pretendía dejarla allí sentada sin llegar a conocer la verdad algún día.

Se levantó y enseguida notó que tenía la tensión por los suelos. Se tambaleó y tuvo que sujetarse a la puerta. Tessa regresó. Llevaba un marco de fotos en la mano. Le dio la vuelta y se lo mostró. El caos emocional que le sobrevino a Keira fue tal que acabó por olvidarse de todos sus mareos. Sorpresa y descubrimiento, certidumbre y rabia, y un odio infinito hacia Jordan que nunca más volvería a aplacarse.

En la foto se veía a un niño de unos diez años: era la viva imagen de Jordan.

—Oh, Dios mío —dijo ella tapándose la boca.

No sabía si debía llorar, gritar o coger la foto y estamparla contra la pared. Pero el pobre niño no tenía la culpa de nada. Laurie estaba en lo cierto. De veras existía un niño, y Jordan se lo ocultaba. Al menos, el niño era ya mayor, así que no podía haber nacido durante el tiempo que llevaban juntos. ¡Pero quién sabe la de niños que podría tener Jordan! A estas alturas, ¿quién podía tener alguna certeza?

—Es cierto que no lo sabías, ¿verdad? —le preguntó Tessa. Keira podía notar la compasión en su mirada.

Sintió que se le llenaban de lágrimas los ojos. Sólo pudo negar con la cabeza.

Mientras observaba la fotografía se dio cuenta de que aquel niño no sólo tenía un cabello idéntico al de Jordan y llevaba unas gafas similares a las de

él, incluso tenía su misma nariz torcida. En este caso, no hacía falta una prueba de paternidad.

—Se llama Timothy y tiene doce años. Ahora está entrenando al rugby —le contó Tessa. Hubiese preferido no saberlo. No podía hacer nada salvo mirar aquella fotografía—. ¿Te importa si te pregunto cuánto tiempo lleváis juntos los dos?

—Ocho años —dijo Keira como pudo.

—Es mucho tiempo. Deberías decidir por ti sola en qué posición deja a Jordan todo esto. ¿Quieres que nos sentemos otra vez?

—No, gracias, debo regresar a casa.

¿A casa? Ni siquiera sabía ya dónde estaba su casa. Nunca más volvería a sentir su hogar como tal.

—¿En este estado? ¿Estás segura? Puedo llamar a alguien para que venga a buscarte.

—No te preocupes, estoy bien. —No, nada estaba bien—. Saldré de ésta.

—Tú sabrás. —Tessa la acompañó hasta la puerta. Keira era incapaz de soportar su mirada por más tiempo.

—Sólo querría saber una cosa. —En sus oídos sonó más bien como una súplica—. ¿Ha estado Jordan en contacto con Timothy todos estos años?

Tessa negó con la cabeza con un gesto de amargura.

—Jordan nos abandonó cuando Timmy era un bebé. No soportaba que llorase un recién nacido. Después de eso, desapareció, y se limitó a pagar la manutención... hasta que Timmy quiso saber de él hace unas semanas. Yo estaba en contra, pero él quería ver quién era su padre, quería conocerle.

¿Así que Jordan se había reunido con Timmy en los últimos días? No podía pensar con claridad.

—Gracias por todo. Y perdona que te haya acosado de este modo.

—No te preocupes. Conozco bien a Jordan y sé por lo que debes de estar pasando. Sólo quiero darte un consejo: olvídate de él lo más rápido que puedas.

—Eso mismo pienso hacer —respondió Keira antes de darse la vuelta y echar a andar hacia el coche de Laurie.

Esta vez, cuando puso la radio sonaba *Take Me Home*, de Jess Glynne. Durante unos minutos tuvo que mantenerse en el carril derecho porque las lágrimas le nublaban la vista.

Keira consiguió regresar a Oxford como pudo y aparcó el coche de Laurie de nuevo en el aparcamiento que había junto al río. Entró en la Chocolatería dando tumbos y le pidió a Kimberly que cerrara ella la tienda, y que le devolviera las llaves del coche a Laurie. Le dijo que tenía problemas con la tensión, y que necesitaba irse a casa rápido. Luego cogió el autobús. Todo lo había hecho como si estuviese en trance, y seguía en aquel estado hipnótico cuando llegó a su casa, se arrastró escaleras arriba, se quitó el abrigo, las botas y la bufanda y se sentó en el sofá. Se sentía muy confusa y exhausta. De alguna forma apartó de su mente lo que le había pasado y se quedó dormida.

Cuando se despertó ya había anochecido. No sabía qué hora era, pero el piso estaba en silencio, no parecía que Jordan hubiese llegado todavía a casa. Seguro que estaba en el gimnasio o adondequiera que iba cuando le decía que iba a entrenar. Quién sabe la de secretos que aún le ocultaba.

Se levantó y se hizo un té. Laurie le había dado un nuevo y delicioso té de cerezas unos días atrás. Le vendría bien en ese momento. Su amiga siempre decía que el té era la respuesta para todo.

Se llevó la taza consigo hasta el sofá y se encendió un cigarrillo. No le importaba que Jordan pudiera oler el humo. ¿Qué más daba? Si la dejaba porque había vuelto al mal hábito de fumar... hasta le haría un favor.

Sonó su móvil. Era Laurie.

—No me has dicho nada. ¿Cómo ha ido?

—He aparcado tu coche junto al río otra vez. Kimberly tiene las llaves.

—Ahora mismo mi coche me tiene sin cuidado. ¡Cuéntamelo ya!

¿Encontraste a Tessa Keane?

Keira asintió sin tener la mente del todo clara. La ceniza amenazaba con caer de su cigarrillo, así que la sacudió en el bol de las nueces medio vacío que aún estaba en la mesita del sofá. Eran las nueces de Jordan. Proteínas, proteínas... Sólo se preocupaba por tener una vida sana. Tu cuerpo es tu templo. El templo de ella estaba a punto de convertirse en escombros, al menos era así como se sentía.

—¿Sigues ahí, Keira?

—La he encontrado.

—¿Y qué más?

—Es su exmujer. Tienen un hijo en común. Tiene doce años —se limitó a decir sin la menor inflexión en la voz.

—¡Mierda!

—Tú lo has dicho.

—¿Estás completamente segura de eso?

—Me ha enseñado una foto. El niño se parece a Jordan, es igualito que él. Y las transferencias bancarias eran para pagar la manutención. Ahora todo cobra sentido. ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—¿Cómo ha podido Jordan mentir tan condenadamente bien, y durante todos estos años? ¡Menudo canalla! Deberías echarlo de casa ahora mismo.

Ella volvió a asentir. Sí, debería hacerlo. Le dio una larga calada a su cigarrillo y soltó el humo dibujando anillos en el aire. No tenía ni idea de que aún le saliesen bien.

—Me siento tan... tan... —No sabía qué decir.

—¿Herida? ¿Humillada?

—Fría. Impasible. No siento absolutamente nada.

—¿Qué estás diciendo, Keira?

—Al principio estaba en shock, claro que sí. ¿Quién no iba a estarlo? He estado a punto de desmayarme en la cocina de esa pobre mujer. Pero mientras

conducía de regreso a casa me he desahogado llorando de tal manera que ya no me queda ni una lágrima más.

—Lo siento, cariño. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Quieres que me pase a verte?

—No. Debo hablar con Jordan. Estoy esperando a que llegue del gimnasio.

—Te deseo mucho ánimo. No dejes que te suelte un cuento chino, no te creas ni una palabra de lo que te diga.

—He perdido la confianza, eso seguro —dijo llena de amargura.

—Me lo imagino. Keira, estoy aquí si me necesitas, ¿de acuerdo? Llámame cuando quieras, de día o de noche.

—Gracias, te lo agradezco. —Colgó el teléfono.

Dibujó con el humo de su cigarrillo un par de anillos más en el aire y observó que éstos flotaban y, en algún momento, se desvanecían. Se desvanecían como su propio amor.

Sí, hacía tiempo que tenía la sensación de que algo pasaba, pero amaba a Jordan a pesar de todo; seguía aferrándose a un futuro en común. Confiaba desde siempre en que algún día formasen una familia, que tuvieran un hijo. Y en todo este tiempo ni siquiera se le había pasado por la mente que Jordan ya tuviera uno con otra mujer.

¿Cómo podía haberle ocultado algo así?

Había algo que la sorprendía de verdad: ¿cómo era posible pasar con tanta rapidez de sentir amor a sentir odio por una misma persona? Sin embargo, así era. Sólo sentía odio hacia Jordan, y éste iba en aumento a medida que pasaban los minutos.

Cuando por fin Jordan entró por la puerta, Keira ya había decidido que iba a abandonarle aquel mismo día. Sabía que no quedaba ninguna otra salida.

Seguía sentada en el mismo sitio del sofá, fumando un cigarrillo detrás de

otro.

—¿Te has vuelto loca de remate? —fue el saludo de Jordan.

Durante un largo instante pensó que quizá Tessa Keane le había informado de que había estado en su casa, y que lo sabría todo. Pero al ver su mirada de asco se dio cuenta de que su pregunta sólo tenía que ver con los cigarrillos.

Ella lo miró sin parpadear. Jordan le parecía un extraño.

—¿Fumas? —le gritó—. ¿Desde cuándo fumas otra vez? ¿Y por qué demonios estás fumando en el piso? Todo está lleno de humo y apesta y...

—Tú sí que apesta —le dijo sin saber ni siquiera por qué.

Jordan la observó con atención con una mirada rara, pero se calló.

Permanecieron unos segundos mirándose uno al otro. Ninguno de los dos dijo nada, ninguno de los dos sabía lo que estaba pasando por la mente del otro.

—¡Basta ya! —gritó Jordan al fin—. Apaga ese cigarrillo. ¿Qué te ocurre?

Empezó a caminar de un lado a otro y a abrir todas las ventanas. Jordan, un fanático de la salud.

—No, no voy a apagar el cigarrillo —dijo ella firmemente—. Si fumo o no, es problema mío.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Quieres que llame a un psiquiatra y que te envíe a un manicomio?

No respondió a su ridícula pregunta.

—¿Dónde has estado, Jordan? —le preguntó en su lugar.

—¿Qué? —Se quedó mirándola fijamente otra vez. Saltaba a la vista que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo—. En el gimnasio. ¿Dónde querías que estuviese?

—¿Ah, en serio? ¿No habrás ido a ver algún niño, por casualidad?

Jordan se quedó rígido. Le palpitaba el cuello, podía verlo a las claras.

—Hoy he estado en Abingdon.

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué se te ha perdido allí?

—Quería localizar a Tessa Keane.

—Mierda. ¿Cómo has sabido dónde encontrarla?

—No soy tonta, Jordan. Aunque puede que sí lo sea, incluso mucho. De otro modo no me explico cómo he podido vivir con tus mentiras durante ocho años.

—Keira... —Dio un paso hacia ella. Casi parecía lamentar haberle mentado. ¿O sólo lamentaba que le hubiesen descubierto? No importaba: enseguida su rostro adoptó una expresión furiosa de nuevo—. ¿Has hablado con ella?

—Sí. Es muy amable. Me ha enseñado una fotografía, una de Timothy. Tienes un hijo precioso, se parece mucho a ti. Debes de estar orgulloso de él.

—No lo estoy en absoluto. Si realmente has hablado con Tessa, cosa que sigo sin creer que en verdad hayas hecho, sabrás que no he tenido que ver con ninguno de los dos en los últimos doce años. Yo nunca quise tener un hijo; no estoy hecho para ser padre.

—Y eso es lo peor de todo, ¿no lo entiendes? —De pronto supo por primera vez a qué se debía aquel enorme odio que sentía—. ¡Eres igual que mi padre! ¿Cuántas veces te he contado que se marchó de casa, y que nos abandonó a mi madre y a mí? Y que lo pasé muy mal de niña. ¡Tú eres exactamente igual! Abandonaste a tu familia y no quisiste saber nada más de ella.

—Nunca fuimos una familia.

—No importa lo que fueseis. ¡Has arruinado la infancia de tu hijo! Sé muy bien lo que es eso, Jordan. Duele mucho crecer sin padre y no saber dónde está; no saber si se ha ido por culpa de tu madre o por la tuya. No saber si has hecho algo mal que le haya obligado a irse.

—Vamos, no exageres tanto...

—¡Cállate, Jordan! No puedes imaginarte lo mucho que te odio ahora mismo. No te odio solamente porque, durante todos estos años, yo no desease nada más en la vida que tener un hijo contigo, y que tú fueses incapaz de

querer uno. No te odio por el mero hecho de que me hayas mentido; por que me hayas ocultado tantas cosas importantes de tu vida a pesar de que podías, mejor dicho, *deberías* habérmelo contado todo a mí, a tu compañera... Tampoco te odio por que hayas tenido con otra mujer lo que tanto deseaba yo. Ni siquiera por que seas igual que mi padre. ¿Sabes qué es lo que me enfurece tanto, tanto de verdad? Que te hayas reído de mí todo este tiempo, que me hayas tomado por una idiota. Que me hayas humillado día tras día sin que yo supiese nada. Ésa no es forma de tratar a nadie, y menos a la persona a la que amas.

—Vaya, ¿y me lo dices a mí? ¿Quién ha estado husmeando sobre mi pasado a mis espaldas y se ha ido hasta Abingdon?

—Jordan. —Se levantó por fin. Sabía que tenía la fuerza necesaria para hacerlo, incluso se sentía muy tranquila—. No, lo que yo he hecho o haya podido hacer alguna vez está a años luz de lo que tú me has hecho a mí. Y a Tessa, y a tu hijo. Me han dicho que fue él quien quiso ponerse en contacto contigo. Por tu bien y por el suyo, espero que algún día hagas algo bueno en tu vida.

—Mi hijo no te incumbe, Keira.

—Ya me he dado cuenta de eso. Jordan, lo nuestro se acabó.

—¿Quieres dejarlo? ¿En serio?

—Muy en serio. ¿Crees que sería capaz de pasar otro día más contigo después del modo en que me has tratado?

—Vale. Por mí, bien. Pero yo no voy a ninguna parte. Eso que te quede claro.

—No te preocupes. No soporto estar aquí ni un segundo más. Me voy. Sólo necesito media hora para recoger mis cosas.

—Me voy a la tienda, se me han acabado las barritas energéticas. Espero que ya no estés aquí cuando vuelva.

—Puedes confiar en ello.

Jordan salió por la puerta. Y el hecho de que no le hubiese pedido

disculpas le demostró más aún lo idiota que era aquel hombre. Sus amigas habían tenido razón todo ese tiempo.

Cogió todas sus pertenencias y las guardó en dos maletas. Fue al baño a buscar sus champús y sus cosas de maquillaje. En el dormitorio, vació la mitad del armario. Se guardó dos pares de zapatos, sus cómodas zapatillas, algunas baratijas y dos marcos de fotos. En uno de ellos aparecía su madre y, en el otro, sus amigas de Valerie Lane. Las fotos que compartía con Jordan hubiese preferido lanzarlas contra la pared.

¿Y por qué no?

Cogió con la mano el valioso marco de fotos de cristal que contenía una fotografía de hacía aproximadamente un año en la que aparecían Jordan y ella en una fiesta, y lo lanzó con todas sus fuerzas contra la pared, por encima de la cómoda. Hizo lo mismo con el resto de las fotos que había en el piso. Se sintió increíblemente aliviada y liberada al hacerlo. Fue una decepción ver que ya no le quedaban más fotos que lanzar.

Ambas maletas estaban a rebosar. Sus utensilios de repostería, las frutas deshidratadas sobrantes y otros ingredientes que aún tenía en la cocina iría a buscarlos otro día, junto con otros álbumes de fotos y el resto de los zapatos, chaquetas y abrigos. Además, Laurie se había ofrecido a ayudarla. Seguro que se alegraba de poder hacerlo.

Le hubiese encantado llamarla en ese instante, pero se sentía demasiado agotada, terriblemente cansada, así que sólo le escribió un mensaje breve y se fue caminando entre el montón de añicos. Eso era todo lo que le dejaba a Jordan: un montón de añicos. Justo lo que él le había dejado a ella.

Mientras esperaba delante de la casa a que llegara el taxi, observó el cielo y las estrellas. «Estrella, brilla para mí, la primera estrella que veo, quiero, quiero que se cumpla mi deseo», recitó en su mente una vieja rima. Por desgracia no se le ocurría ningún sabio deseo en ese momento, así que tan sólo pidió tener un poco de suerte en el futuro, y que pudiese olvidar rápidamente a Jordan y superar todo el dolor que él le había causado.

Cuando el taxi se detuvo a su lado, Keira se subió a él sin mirar atrás, huyendo de todo lo que conocía, lo que había sido. De repente ya no sabía quién era ni quién debía ser. ¿Cómo tendría que definirse ahora? Debía tomar conciencia de cómo iba a seguir su vida a partir de ese momento. Pero, al fin y al cabo, tenía todo el tiempo del mundo para hacerlo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista.

—Hacia un futuro nuevo e incierto —le respondió ella.

Una nueva mañana en Valerie Lane. El sol se abría paso entre las nubes y dirigía un rayo de luz directamente sobre la pequeña callejuela desierta. Keira, la única que se hallaba fuera aquel domingo cuando aún no eran ni las ocho, negó con la cabeza.

—¡Bah! ¿No me estarás tomando el pelo? —dijo hablando con el cielo.

Creía que la lluvia, la tormenta y la oscuridad encajaban mucho mejor con su estado de ánimo. Quizá, granizo; bolas de granizo que cayeran en torrentes sobre ella. Pero ¿sol? Sólo podía tratarse de una broma de mal gusto.

Encendió un cigarrillo que ni siquiera le apetecía. Jamás se había sentido tan sola y abandonada, tan desamparada y desesperada. Su vida, tal y como la conocía hasta ahora, se había terminado, y lo había hecho de un modo brusco e irrevocable.

Justo en ese instante se dio cuenta de que ya no había corazones en la calle. Probablemente habían retirado los que quedaban el día anterior, mientras iba hasta Abingdon para averiguar la verdad sobre aquel canalla al que ella consideraba su gran amor; o quizá por la tarde, al cerrar las tiendas, mientras enviaba al infierno a ese mismo canalla. Bueno, en realidad, no era el infierno. Él había continuado viviendo en el bonito piso que compartía con ella, en el palacio de cristal hecho a su medida: frío como el Rey de las Nieves, sin ningún tipo de empatía. Ella era la que debía empezar de cero en un lugar nuevo, con cuatro paredes nuevas, muebles nuevos... A lo mejor debería irse a vivir a Abingdon. Así podría entablar amistad con Tessa Keane. Seguro que ella tenía mucho que contarle.

—¡Keira! ¿Estás bien?

Levantó la vista y vio que Tobin se hallaba frente a ella. Parecía preocupado.

—Sí. No. No, para nada.

Esta vez se sentó a su lado sin preguntarle.

—¿Quieres que hablemos?

—He roto con él.

—¿De verdad?

Ella asintió. Nunca había podido entender por qué la gente preguntaba todo el rato «¿de verdad?» o «¿en serio?» cuando se le contaba algo. ¡Por supuesto, pues claro! ¿Quién querría inventarse algo así?

—Me fui de casa ayer mismo.

—Oh. Bueno, yo creo que has hecho lo correcto.

—¿Ah, sí?

¿Qué sabía él de su relación salvo lo poco que le contó el otro día? Ni siquiera ella estaba segura de haber hecho lo que debía. Casi deseaba no haber ido a ver a Tessa Keane, no haber averiguado nunca la verdad. Podía haber continuado su vida haciendo caso omiso. Todo hubiese sido mucho más fácil.

—Sí, Keira. No era feliz. Hasta un ciego podía verlo.

—Creo que ahora no puedo pensar de manera racional. Estoy tan... cansada.

—Lo comprendo. Necesita serenidad, encontrarse a sí misma. Olvídate de él y empieza de nuevo. ¡Vamos, mira el lado positivo! ¿Cuántas veces en la vida se tiene la oportunidad de empezar de nuevo?

—Me aterra la idea de pensarlo, lo admito. Me aterra más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Lo conseguirás. Eres una mujer fuerte.

—Tampoco estoy tan segura de eso.

—Keira, mírame. —Le cogió la barbilla con suavidad y la obligó a mirarle a los ojos—. Lo conseguirás. ¿De acuerdo?

Ella asintió. Creía en él.

—Y ahora dame de una vez estos estúpidos cigarrillos. No los necesita.

Keira le dio a Tobin el paquete de cigarrillos como si estuviese en trance, y él se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Bien hecho. Ah, mira, por allí viene Susan. —Le hizo una señal a Susan para que se acercara.

Keira vio que su amiga cruzaba la calle acompañada de *Terry*. Parecía igual de preocupada que Tobin.

—¡Hola! ¿Qué ocurre? —preguntó enseguida.

Tobin la dejó con Susan y se despidió en silencio.

—He dejado a Jordan.

—Ya era hora. ¿Es definitivo o sólo has vuelto a casa de tu madre para quedarte un par de días?

—No me he ido a su casa. Necesitaba estar sola.

Susan la miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde has dormido?

—En la tienda.

—Pero allí no tienes sofá.

—Mejor no preguntes, ¿vale?

De otro modo tendría que contarle que había dormido acurrucada sobre el suelo frío y duro de madera. Bueno, «dormir» no era la palabra correcta. Había dormido un par de segundos, como máximo, porque estaba enormemente agotada de tanto llorar.

—Vamos, subamos a mi casa. Pareces un cadáver ambulante, necesitas dormir urgentemente.

Keira se rio. ¿Parecía un zombi? Vaya, Thomas Finch se quedaría impresionado al verla al día siguiente. Si es que aparecía por allí de nuevo.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Susan asombrada.

—No lo sé. —Su risa se convirtió en un sollozo y enseguida en llanto.

—Oh, vaya. Es peor de lo que me pensaba. Ven conmigo, Keira.

Susan la ayudó a levantarse y le rodeó los hombros con el brazo. La acompañó por la calle y subieron las escaleras hasta llegar al piso. Allí olía a lavanda. Keira no recordaba haber olido nunca una fragancia tan buena. Olía a sensación de seguridad.

—Pero ¿qué pasa con la tienda? —balbuceó para sí somnolienta.

—Kimberly puede apañárselas sola. Le daré la llave en cuanto la vea.

—Está en mi bol... so.

Dejó que Susan la ayudara a meterse en la cama y se quedó dormida antes de que siguiese pensando si podría dormirse.

Cuando se despertó, el sol brillaba bajo en el cielo. ¿Se habría pasado todo el día durmiendo?

Se levantó y se dirigió al baño para refrescarse. De repente le sobrevino un hambre feroz. Llevaba más de veinticuatro horas sin comer. En la cocina de Susan encontró unas rebanadas de pan blanco, mostaza, lechuga y queso, y se hizo un sándwich. No sabía a nada. ¿Alguna vez volvería a sentir el buen sabor de algo?

Tenía que vestirse, sus cosas estaban hechas un gurrño. Llevaba desde el día anterior sin ducharse ni lavarse los dientes. Se acordó de que tenía su maleta en la trastienda, así que dejó la puerta del piso entreabierta y cruzó la calle.

—Keira, ¿va todo bien? —preguntó Kimberly en cuanto vio que entraba en la tienda—. Susan me ha dicho que estabas enferma.

—Sí. Aún tengo problemas con la tensión. Necesito recuperarme un poco.

Si salía con las dos maletas de la tienda en ese momento, tendría que contarle a Kimberly por qué las llevaba consigo, y no tenía la menor gana de hacerlo. Se fue rápidamente al cuarto donde las había dejado y sacó de ellas el neceser y ropa interior limpia, y lo metió todo en una bolsa de papel que llevaba el nombre de su tienda.

—Me marcho otra vez, Kimberly. Gracias por quedarte hoy. Ya lo arreglaremos, ¿de acuerdo?

—No hace falta, estaré bien.

—Me alegro. ¿Puedes cerrar más tarde y darle las llaves a Susan?

—Claro. —Kimberly la miraba como si supiese lo que había pasado. ¿Habría visto las maletas ya? Puede que Susan le hubiese contado algo. En cualquier caso, no le mencionó nada.

—Gracias, Kimberly. —Keira se lo agradecía de mil maneras distintas.

—De nada.

Ella asintió.

—Adiós.

—Adiós. Y que te mejores.

Keira se escabulló de nuevo al piso de Susan. Por suerte no había entrado ningún ladrón, todo seguía en su sitio. De nuevo le vino aquel olor, el de la lavanda. Quizá debería probar la lavanda alguna vez. El chocolate negro y la lavanda podrían ser una buena combinación.

Miró la hora. Pasaban de las cinco y media. Aún tenía tiempo de ducharse antes de que viniera Susan. Encontró una toalla de mano en la estantería, aunque resultaba extraño ducharse en la ducha de otro. Era como si estuviese invadiendo la privacidad de Susan. En casa de Laurie no hubiese tenido la misma sensación. La relación que había entre ambas era de algún modo más relajada. Ya había estado unas cuantas veces en casa de Laurie, pero en la de Susan, a pesar de que vivía justo enfrente de su tienda, sólo había estado un par de veces. La última, en diciembre pasado, mientras montaban el mercado anual de Navidad.

Salió del baño con la toalla enrollada en la cabeza y se dirigió a la ventana. Tenía un amplio voladizo que servía de asiento, y contaba con una cómoda base con dos bonitos cojines cuyas fundas de color beige seguro que eran obra de Susan. Keira se sentó allí y observó el exterior unos segundos. Ya no había tanta gente fuera, las tiendas de Valerie Lane estaban a punto de cerrar.

Su mirada fue a parar hasta el cuadro que había al otro extremo de la habitación, encima del sofá azul oscuro. Era una acuarela en la que se veía cómo una madre, con su hijo recién nacido en brazos, le daba un beso en la frente. Debía de ser nueva, de no ser así ya le habría llamado la atención mucho antes. Era un cuadro precioso, transmitía muchísimo amor. El amor de una madre.

Una lágrima le cayó por la mejilla y fue a parar hasta su mano. No sabía que aún le quedaran. Se sentía completamente seca, igual que una planta a la que hace siglos que no riegan. La planta seca era la metáfora que mejor la describía, teniendo en cuenta de que hacía mucho tiempo que no le daban el cariño que necesitaba.

¿Qué estaría haciendo Jordan ahora? ¿Estaría en el gimnasio como siempre? ¿Habría ido a ver a Timothy? ¿Estaría enfadado con Tessa por haberle delatado? Pero ¿cómo iba a negarlo ella si Keira había averiguado, por sí misma, dónde vivía?

—¡Hola! Ya estoy aquí —escuchó que la llamaba Susan. Poco después entró en la habitación con una maleta en cada mano.

—Oh, ¿ya son las seis? —preguntó Keira sorprendida.

—Son casi las seis y media. He ido a buscar tus maletas. Ya hemos cerrado tu tienda.

—Te lo agradezco.

—¿Has podido dormir un poco?

—He estado durmiendo todo el día.

—Bien. Eso está muy bien. Lo necesitabas con urgencia.

—Sí, seguramente.

—¿Te apetece que pidamos una pizza y hablemos? Sólo si tú quieres, claro.

—¿Cuál de las dos cosas? ¿Pizza o hablar?

—Ambas.

—La verdad es que no tengo muchas ganas de charla. Se ha terminado, no

queda mucho más que decir. Pero sí que tengo un hambre infinita. Una pizza me parece una idea genial.

Susan cogió el teléfono y marcó un número de memoria.

—¿Te gusta la de atún? —dijo mientras sujetaba el aparato.

—Cualquier cosa me parece bien. ¿Qué te parece si le añadimos setas?

Susan terminó de hacer el pedido y se acercó a ella hasta la ventana.

—¿En serio que no quieres hablar del tema? A veces va bien hacerlo, ¿sabes?

Dio un enorme suspiro.

—De acuerdo. Jordan tiene un hijo con otra mujer, y me lo ha estado ocultando durante todos estos años. Para colmo, no ha tenido contacto con su hijo durante doce años.

—Dios mío. —Susan se llevó una mano a la boca, impactada—. Es justo como... Entiendo que no desees hablar de ello. Keira, aquí hay sitio suficiente y el sofá es sofá cama. Puedes quedarte a vivir conmigo todo el tiempo que quieras, ¿vale?

Agradecida, Keira miró a su amiga y asintió mientras los ojos se le humedecían de nuevo.

—¿Quieres que veamos una película? Sólo tengo comedias románticas.

—Eso ya lo sé —dijo—. ¿No tendrás alguna en la que un hombre y una mujer se ven una vez por semana desde hace años y, al final, se enamoran el uno del otro?

—Mmm... Deja que piense. ¿Quién la interpreta?

—Thomas Finch.

—No sé quién es.

—No es muy conocido. En realidad, la película tampoco es tan buena. No tiene un final feliz.

—Entonces vamos a ver una de Hugh Grant. Las suyas siempre tienen un final feliz.

—¿*Notting Hill*?

—¡Buena idea!

Pensó en el momento en que Julia Roberts entra en la librería de Hugh Grant... y, al final, se enamoran. Pero ¿también había finales felices en la vida real?

Tres semanas más tarde. Un lunes.

—... y luego estuvimos caminando por las colinas verdes. Era igual que en las películas, como en *Outlander*, ¿sabes? ¡Increíble!

Keira tenía la sensación de que llevaba horas escuchando cómo Laurie le contaba su escapada a Escocia. Al parecer, había resultado todo un éxito. En efecto, Laurie había cerrado la Tea Corner durante cuatro días para ir con Barry a la región de las faldas escocesas.

—¡Cuéntame más! ¿Probaste el *haggis*? —preguntó Keira mientras metía el rodillo en el cubo lleno de pintura rosa y pintaba con él la fachada roja con movimientos suaves.

—Aaaj. Sobre mi cadáver. —Laurie hizo una mueca y Keira no pudo contener la risa. Ella tampoco se comería aquella especialidad escocesa hecha a base de las asaduras de oveja, a no ser que la torturaran antes.

—Entonces lo habéis pasado bien, ¿verdad? —le preguntó a Laurie guiñándole un ojo. Como si no se lo hubiese dicho mil veces ya.

—Muyyy bien. No me importaría que Barry me regalase cada año un viaje a Escocia por San Valentín.

—Ya se lo diré al oído la próxima vez que venga y me lo pregunte.

—¿Y tú cómo estás? —Laurie la miró enseguida con la misma compasión que veía en la mirada de todas sus amigas desde que se había separado de Jordan.

—No tienes por qué mirarme de ese modo. Estoy bien. Mejor que bien.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por eso estás pintando tu tienda?

Keira deseaba con todas sus fuerzas cualquier tipo de cambio. Tras una ruptura, la mayoría de las mujeres iban a la peluquería y se cortaban el pelo o acababan con algún peinado extremo. Una nueva etapa en la vida implicaba un cambio de *look*. Como Jordan no había hecho otra cosa que quejarse siempre de sus peinados y a ella tampoco le apetecía hacerse uno nuevo, se había limitado a cortarse las puntas a la vez que consideraba la idea de darle una nueva imagen a la tienda.

Un nuevo toque de pintura, completamente rosa, para que la fachada hiciese juego con la puerta. El día anterior había ido a comprar la pintura y, aquella mañana, había empezado a pintar tan pronto como había amanecido. Tenía previsto cerrar la tienda por la mañana y no abrirla hasta el mediodía: confiaba en que Thomas Finch volviera de nuevo algún día. Llevaba sin aparecer tres lunes. No había comprado bombones para su mujer... Aquello sólo podía significar una cosa, ¿no? Por otro lado, tampoco se había pasado por la tienda, y eso resultaba muy extraño. Se preguntó qué habría ocurrido y si estaría bien. Deseaba con toda el alma que la honrara con otra de sus visitas, no importaba que fuese un lunes o cualquier otro día de la semana.

—¿Cómo se llama este color? —preguntó Laurie arrancándola de sus pensamientos.

—Magenta. Es bonito, ¿verdad?

—Es precioso. Te va como anillo al dedo. Si alguien me preguntara cuál es tu color, enseguida le diría que es el magenta. Menos mal que ahora ya lo conozco. —Se rio. Tenía los ojos brillantes.

Keira sonrió. Nunca había visto a Laurie tan feliz. Después de tres semanas de descanso en lo que a su relación se refiere, después de todas las preocupaciones que le había traído el amor consigo, había llegado a la conclusión de que ella también se merecía la felicidad que irradiaban Laurie y Orchid, e incluso Ruby. Había caído en las manos del hombre equivocado, eso era todo. Nunca habría podido encontrar aquella felicidad con Jordan. Por

eso era bueno que hubiese llegado a su fin. A pesar de que le doliera aún y de que, probablemente, continuara doliéndole durante mucho tiempo. Los corazones rotos necesitan tiempo para recuperarse. Sin embargo, ya no tenía la sensación de estar tocando fondo. Al contrario: poco a poco volvía a tener ganas de vivir, de amar y creer en un maravilloso futuro con familia, niños y todo lo que eso significaba. Algún día encontraría a esa persona, estaba segura.

El hecho de volver a creer en todo lo anterior se lo debía a sus amigas. Había llorado sobre cada uno de sus hombros durante aquellas últimas semanas, y las palabras repletas de optimismo y el calor y la seguridad que le transmitían la habían ayudado más de lo que cualquier psicólogo podría hacer.

—¿No deberías entrar ya? —preguntó Keira.

Laurie llevaba diez minutos fuera, con ella.

—Hoy no tengo mucho trabajo, no sé por qué.

—A ver si tus clientes se piensan que sigues de vacaciones —supuso Keira.

—El letrero dice claramente que la tienda vuelve a estar abierta a partir de hoy.

—No te preocupes, ya era hora de que pudiésemos hablar de nuevo. Y, encima, con este sol brillante.

El tiempo era asombrosamente cálido y soleado para ser un día de marzo. Valerie Lane lo necesitaba más que nunca. En las últimas semanas, las cinco amigas y Tobin, que había sabido aconsejarlas bien, habían comprado flores de primavera y las habían plantado en las jardineras repartidas en ambos lados de la calle. Los tulipanes, los narcisos y los pensamientos desprendían maravillosas fragancias florales a lo largo de la calle, y le daban un toque de color a la triste callejuela que había sido en invierno hasta hacía poco, por lo que aún apetecía más visitar Valerie Lane.

—Tienes razón. Los clientes aparecerán de un momento a otro.

—Seguro que sí.

—¿Quieres que te ayude mientras?

—Claro. Coge una de las brochas que hay allí y prueba con los marcos de las ventanas. —Pintar los listones finos de madera que separaban un cristal del otro en las ventanas era un trabajo muy laborioso. Keira las había forrado adicionalmente con cinta de carroceros para evitar que se manchasen los cristales.

—Genial. Parece divertido.

Pero apenas llevaba dos minutos con ello cuando llegaron clientes. Barbara y Agnes querían tomar una taza de té.

—¡Está quedando fantástico! —le dijo Agnes a Keira elogiando su trabajo.

—Gracias. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Estoy bien —contestó Keira con sinceridad.

—¿Qué tal va con el señor Spacey? —le preguntó Laurie a Barbara sin rodeos con una gran sonrisa.

Barbara se puso un poco roja.

—No puedo quejarme.

—¿Qué hacéis aquí en mitad el día? ¿No trabajáis hoy o no tenéis clase en la universidad? —preguntó Keira.

—No hay clase hasta el mediodía, tengo la mañana libre. Así puedo ir a tomar un té con mi madre. Acaban de despedirla —les informó Agnes, que aquel día llevaba puesto un vestido abigarrado acompañado de unas deportivas y se había recogido el cabello en un moño alto.

—¿Te han despedido de los grandes almacenes? —le preguntó Laurie a Barbara escandalizada.

—Me he despedido yo —replicó Barbara. Últimamente llevaba un corte de pelo *bob*, aunque el suyo no era un peinado tan liso y elegante como el de Ruby; era un cabello más bien encrespado acorde con su carácter y su edad

—. Querían que me encargara de los lavabos. ¡Bah! —Movi6 la cabeza en se1al de desaprobaci6n.

Una vez Barbara les haba contado que gracias a una herencia no necesitaba trabajar, y que s6lo lo hacfa para no aburrirse. Asf que, en realidad, no le hacfa falta aquel trabajo.

—¡Vaya! Tobin me ha dicho que busca a alguien que le ayude en la floristerfa —le inform6 Keira—. A lo mejor te interesa.

—Suenan estupendo. Tobin es agradable, y no me importarfa trabajar con flores. Me pasar6 por su tienda m6s tarde.

—Espero que tengas suerte.

—¿Suerte? No creo que la necesite —se rfa Barbara—. Lo que necesito de verdad ahora mismo es un t6. ¿Vamos?

—Claro que s6. Este fin de semana he estado en Escocia. Si quer6is os cuento c6mo me ha ido.

—Claro, queremos o6rlo todo —replic6 Agnes, y ambas acompa1aron a Laurie hasta la Tea Corner.

Keira continu6 con lo que estaba haciendo y, por fin, acab6 d6ndole a la tienda su propio toque personal. Encajaba mucho mejor con el resto de los locales. Se pregunt6 por qu6 no lo habfa hecho mucho antes. Bueno, lo cierto es que se pregunt6 por qu6 no habfa hecho un mont6n de cosas mucho antes. Por ejemplo, dejar a Jordan. Estar libre para alguien que supiese valorarla, que la amara tal como era. Por ejemplo, cierta persona llamada Thomas Finch. Si ese dfa no aparecfa de nuevo para comprar bombones, podfa suponer que se habfa separado de su mujer, ¿no? Si los dos se hubiesen ido de viaje o algo por el estilo, seguro que 6l se lo habrfa dicho la 6ltima vez que entr6 en la tienda. Aunque aquella 6ltima visita habfa sido algo distinta. Record6 c6mo se habfan cruzado sus miradas, las palabras repletas de nerviosismo que habfan intercambiado. Y volvi6 a recordar las miradas cruzadas a trav6s de la ventana el dfa en que Tobin inaugur6 la floristerfa. Ay,

¿si volviese a entrar en la chocolatería para variar! Entonces ella... ella... le preguntaría por su esposa. Sí, eso haría. Deseaba tanto que viniese aquel día.

No regresó. Keira se sentía fatal, debía reconocerlo. ¿Se habría imaginado que existía algo entre los dos? Aquel día, hacía cinco semanas, no le había parecido nada importante. Él estaba casado o, como mínimo, tenía una relación estable, y ella estaba con Jordan. Pero ¿y ahora? Ella volvía a estar libre. ¿Y él? Él quizá también. Pero ¿cómo podía averiguarlo si ya no hacía acto de presencia? ¿Cómo podría encontrarle de nuevo? Ciertamente Oxford no era una ciudad grande, pero encontrar una sola persona entre ciento cincuenta mil le parecía como buscar una aguja en un pajar.

Durante todo el día no había hecho más que recibir cumplidos por la nueva capa de pintura y, después de colgar el cartel de «Recién pintado», salió a pasear un poco. Necesitaba un par de cosas de la droguería. Además, de pasada por algún sitio, quería comprar sushi (con mucha tempura) para Susan y para ella, o cualquier otra delicia.

Continuaba viviendo en el piso de Susan y no tenía prisa por marcharse de allí. Susan le había dicho que podía quedarse todo el tiempo que deseara, lo que, sin duda, no quería decir que fuese a abusar de su hospitalidad. Aun así, le gustaría quedarse una o dos semanas más hasta sentirse lo bastante fuerte como para buscarse un piso. Hacía tiempo que había ido a buscar el resto de sus cosas a casa de Jordan con ayuda de Laurie y la furgoneta de Barry, y las había dejado en los trasteros de sus amigas hasta que ella tuviera su propio lugar donde empezar de nuevo. A ser posible, en un bonito edificio antiguo con los muebles que a ella le gustaban. Nada de cristal, al contrario: algo que fuese cómodo y acogedor. Su nuevo hogar debía transmitir calidez. Hasta ahora no se había dado cuenta de lo frío que era Jordan en realidad, en todos los sentidos.

La había llamado una sola vez. Dos días después de que ella se fuera le

había montado una gran escena en el contestador, asegurándole que iba a enviarle una factura por todos los marcos de fotos y los supuestos desperfectos en las paredes y los muebles. Una factura que, hoy por hoy, aún no había recibido. La semana anterior Orchid le había informado que había visto «al idiota» acompañado de otra mujer, una que estaba superdelgada. Keira reconocía que eso le dolió. Por lo visto la había olvidado rapidísimo.

¡Pero es como debía ser! Jordan formaba parte del pasado. Se alegraba de haberle dejado atrás. Las cosas sólo podían mejorar. Algún día, en algún lugar, con alguien.

—¡Señora Buckley! —oyó que le decía alguien.

Estaba en el pasillo de los champús buscando su marca preferida. ¿Por qué las droguerías tenían que cambiar los artículos de sitio constantemente?

Keira levantó la vista y casi no podía creérselo.

En efecto, era Thomas Finch. Justo cuando pensaba que ya no volvería a verle. En ocasiones la aguja viajaba de aquí a allá hasta encontrar al otro: salía del pajar y acababa justo delante suyo, en el pasillo de los champús.

—¡Thomas! Quiero decir, señor Finch.

Sonrió.

—Puedes llamarme Thomas sin ningún problema.

—Claro. Thomas. Me alegro de verte.

—El placer es mío. —La miró con una sonrisa tímida. De nuevo llevaba ese abrigo marrón que le realzaba su atractivo. Sin embargo, parecía diferente, como si estuviera triste.

—Hace tiempo que no me honras con tu visita —se atrevió a decirle ella.

—Sí, bueno... —Se rascó la nuca. Al parecer lo hacía siempre que estaba nervioso. Keira se alegró de ello. ¿Le estaría poniendo nervioso?—. Por desgracia ya no necesito bombones —dijo él mientras dirigía una mirada triste al suelo. Una mirada muy triste.

—Oh. Está bien.

Una de dos: o su mujer no quería más bombones porque estaba haciendo

dieta o bien le había abandonado. En el fondo confiaba en que fuese lo segundo, pero su tristeza la conmovió.

—Mi madre falleció hace unas semanas.

Su... ¿madre?

—Lo lamento mucho —dijo intentando concentrarse.

Debía recomponer las piezas del puzle. ¿Así que nunca había comprado los bombones para su esposa, sino para su madre? ¿Durante dos años seguidos? Pero él había dicho que eran para una mujer muy especial... ¡Pues claro! ¡Su madre! Estuvo a punto de pegarse en la frente con la mano abierta, pero prefirió ahorrárselo por no hacer el ridículo.

—Fue algo repentino. Un infarto de miocardio. Al menos no sufrió mucho. Estuvo dos días en el hospital y... —Se interrumpió y la miró. Keira se dio cuenta de que su madre había significado mucho para él.

No sabía qué decir. Sobre todo, le sorprendía que Thomas fuese tan sincero con ella, que la hiciera partícipe de su vida privada; que le confiara sus intimidades.

—No sé si tienes tiempo ni ganas ni qué dirá tu esposa, pero... —sabía que, probablemente, aquella era su única oportunidad. Tenía que aprovecharla— ¿te gustaría ir a tomar algo conmigo? ¿O a comer?

—No tengo ninguna esposa que me diga nada —dijo con una ligera sonrisa—. Así que acepto tu oferta.

—¿En serio?

Keira abrió los ojos como platos. Estaba más que perpleja. ¿No tenía esposa? ¡Cielos, ahora entendía por qué no llevaba anillo de casado! ¿Y acababa de decirle que sí, que quería salir con ella? ¿Significaba eso que en cuestión de minutos saldría con el hombre de sus sueños?

Se observó a sí misma de arriba abajo con rapidez. ¿Qué aspecto tendría? Después de pintar se había deshecho de sus viejos vaqueros manchados y del jersey roído, y se había puesto sus nuevos vaqueros azules preferidos y la bonita blusa de color rosa pálido. Sí, no estaba mal, bastante presentable. Se

alegraba muchísimo de que Orchid la hubiese convencido hacía poco para ir de compras.

—Me encantaría —dijo Thomas enseguida—. Pero preferiría que fuésemos a comer algo. No he comido demasiado en las últimas semanas.

Keira se había encontrado en su misma situación. Apenas había tenido apetito, a pesar de que lo normal era que comiese de manera compulsiva. Incluso había perdido cuatro kilos. Jordan estaría orgulloso de ella. Sentía desilusionarle, pero no tenía la intención de continuar a aquel nivel.

—¿Te gusta la comida china? —le preguntó él.

—Me encanta.

Era incapaz de expresar con palabras lo feliz que se sentía en ese instante. Pagaron sus compras y se fueron. Caminaron un par de calles más hasta llegar al mejor restaurante chino de la ciudad.

—Conozco este local, pero hacía siglos que no venía —dijo Tomas—. Para ser sincero, hacía siglos que no tenía una cita.

¿Así que para él aquello era una cita? Thomas se adelantó a Keira para aguantarle la puerta y ella soltó un brinco de alegría.

Thomas se rio.

—Te he visto en el reflejo de la puerta. ¿Qué estabas haciendo?

Keira se rio. Una situación como aquélla debería parecerle ridícula, pero, curiosamente, no se lo parecía. Hacía tiempo que no se sentía tan a gusto ni era tan feliz.

—Creo que tan sólo deseaba expresar lo feliz que soy.

Thomas la miró y levantó una mano como si fuese a acariciarla, pero enseguida cambió de opinión.

—Yo estoy, como mínimo, igual de feliz que usted —dijo en su lugar.

Durante un minuto o más permanecieron mirándose el uno al otro con ojos radiantes.

—¡Cerrad la puerta! —gritó alguien desde el interior del restaurante, y ambos estallaron en una fuerte carcajada.

—Necesito una buena ración de minirrollitos de primavera —dijo Keira.

—Estoy completamente de acuerdo. No se puede salir de un restaurante chino sin haberlos probado.

Keira se emocionó. Se sentó con Thomas a una mesa y, durante las horas siguientes, devoraron comida china repleta de calorías, conversaron y rieron hasta que les dolió la barriga. Cuánto había necesitado un momento así. Qué sencillo era en ocasiones curar los corazones rotos. A veces bastaban sólo unos minirrollitos de primavera y tener a la persona adecuada a su lado, nada más.

—¿Te apetece que quedemos mañana? —le había dicho Thomas a Keira la noche anterior mientras se despedían. Había sido una noche espléndida, apenas habían querido separarse el uno del otro.

—Lo siento, tengo que trabajar —había contestado ella. Al fin y al cabo, había tenido la tienda cerrada la mitad del día.

—Yo también. —Mientras tanto había descubierto que, en efecto, era profesor: enseñaba literatura e historia. Por lo visto juzgar a las personas se le daba mejor de lo que creía. En lo único en lo que no había acertado en absoluto era en el tema de su mujer—. Pero cuando acaben las clases podemos hacer algo juntos. Si quieres...

—Me encantaría, y mucho. —¿Por qué tenía que darle tantas vueltas? Aquel maravilloso hombre la estaba invitando a pasar el día juntos—. ¿A qué hora sales del trabajo?

—Mi última clase termina a las dos y media.

—¿Sabes qué? Puedo cerrar la tienda a las tres sin ningún problema. De todos modos, será la primera vez que lo haga. Mis clientes podrán sobrevivir sin mí.

—¿De verdad?

—¿Crees que lo diría si no lo fuera?

Thomas se rio.

—A mí también me asombra que me hagan esa pregunta. ¿Por qué no iba a decirlo de verdad?

Keira se rio. Ambos estaban en la misma onda.

—Perfecto. Me alegro que puedas sacar tiempo —dijo entonces—. ¿Qué

te gustaría que hiciésemos?

—Piensa en algo que podamos hacer. Tú eres el profesor de historia: podrías explicarme mejor la historia de la ciudad —dijo ella.

El rostro de Thomas se iluminó.

—Pensaré en algo agradable.

—Genial. ¿Dónde quedamos?

—Vendré a buscarte, claro. ¿Sobre las tres en la tienda?

—Te estaré esperando. —¡Por supuesto, faltaría más!

Estuvo todo el día nerviosa, como una niña. Aún no cabía en sí del asombro. Primero, Thomas Finch no estaba casado como ella había imaginado todo ese tiempo y, segundo, deseaba salir con ella de verdad. Una vez más. Después de una primera y fantástica noche de encuentro. Tras aquella cita (sí, había sido una cita, una cita de verdad), ella se había quedado en la cama, despierta, sin poder creerse lo afortunada que era. Después de tantas preocupaciones, ¿por fin iba a tener algo bueno con un hombre? Después de su fracaso con Jordan, ¿por fin había encontrado en su vida a un hombre que la aceptaba tal y como era? Incluso le había dado dos de sus minirrollitos de primavera sin comentarle las calorías que llevaba.

A las tres y dos minutos ya estaba en la tienda. Keira estaba emocionadísima.

—Hola, Keira —dijo él.

—Hola, Thomas. Me alegro de verte.

—Yo a ti también. ¿Estás lista?

—¡Puedes contar con ello!

—He estado pensando en algo. Espero que te guste.

—Estoy segura de que así será.

Thomas se acercó a ella sorprendido y señaló la cesta que había en el mostrador donde había estado la hucha para la señora Witherspoon unas

semanas antes.

—¿Pastas de té de Valerie? —leyó la etiqueta pegada en la bolsa.

Keira sonrió satisfecha.

—Sí. Hemos hecho las galletas preferidas de la bondadosa Valerie, y las estamos vendiendo en nuestras tiendas. Por cada paquete, una libra es para una organización benéfica.

—Es una idea genial. Me llevaré una ahora mismo. ¿Cuánto cuesta?

—Tres libras.

Le dio tres monedas.

—Debo admitir que estoy totalmente entusiasmado. Seguro que Valerie Bonham estaría feliz de ver algo así.

—¿Conoces lo que se dice de ella? —preguntó Keira al tiempo que pensaba que aquélla era una pregunta tonta. Al fin y al cabo, Thomas enseñaba historia.

—Oh, sí. Sé algunas cosas al respecto.

—Entonces deberías venir sin falta a uno de nuestros encuentros de los miércoles. Nos morimos por conocer nuevas historias sobre Valerie.

—Puede que vaya algún día. —La miró profundamente a los ojos y la desconcertó tanto que Keira tuvo que apartar la mirada.

—¿Nos vamos? —preguntó ella.

Justo en ese momento entró una clienta en la tienda. Keira la atendió —no quiso echarla— y acto seguido dijo:

—¡Vayámonos enseguida antes de que entre alguien más! —Y se pusieron en marcha a toda velocidad.

Thomas le ofreció un brazo y ella se agarró a él.

—Entonces ¿adónde vamos?

—Enseguida lo sabrás —respondió él.

La condujo a través de Cornmarket Street, giraron por High Street y se detuvieron delante de una iglesia. Frente a ésta había un almendro extraordinariamente bonito repleto de flores de color rosa.

Se trataba de la iglesia de Santa María la Virgen o, dicho de forma abreviada: Santa María. Keira conocía el templo. Naturalmente. Al igual que la mayoría de las escuelas, la suya también había organizado una excursión para visitarlo, puede que en quinto o sexto curso. Todos habían subido hasta el mirador que circundaba la iglesia, y desde donde había unas vistas maravillosas de la ciudad. Al menos eso era lo que le habían contado, ya que ella no lo había visto por sí misma. Fue la única que se quedó en tierra: siempre le habían dado miedo las alturas. Les tenía pánico. Sus profesores podían haber intentado convencerla y persuadirla, pero todo hubiese resultado inútil. Y en ese instante se temió lo peor al ver que Thomas observaba la torre.

—Thomas... Creo que ya sé qué quieres hacer, pero, antes de nada, deberías saber que tengo un terrible miedo a las alturas.

—Vaya. Qué lástima. Me hubiese gustado llevarte arriba para enseñarte las impresionantes vistas de la ciudad, con una pequeña clase de historia incluida.

—Lo siento.

—No te preocupes. —La miró—. Vaya... ¿Así que nunca has estado allí arriba?

Ella negó con la cabeza.

—¡No sabes lo que te pierdes!

—Ya, pero... no creo que lo lograra.

—Yo estaría a tu lado. —Lo dijo de un modo tan cariñoso que Keira le hubiese acompañado a cualquier sitio, incluso a la cueva más profunda y oscura o a la cima del Everest. Pero Thomas se dio cuenta de su error, y enseguida dijo—: Lo siento mucho, de verdad. Tú tienes miedo y yo estoy aquí, intentando convencerte de algo que no quieres hacer. Si te apetece, en lugar de eso podríamos ir al museo Ashmolean.

—No, Thomas, hagámoslo. Necesito ser fuerte y valiente de una vez por todas. Llevo demasiado tiempo teniendo miedo.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Estarás a mi lado, ¿no?

—Claro que sí. No pienso quitarte los ojos de encima ni un segundo y, si te mareas, te cogeré lo más rápido posible.

Ay. Era su caballero de armadura plateada.

—Entonces no hay por qué tener miedo.

Esta vez Thomas no le ofreció el brazo sino la mano, y ella se la cogió con fuerza. Era evidente que seguía teniendo aquel miedo, pero había decidido vencerlo.

Se sentía tan bien de su mano. Mientras la acompañaba por aquella iglesia —tan semejante a tantas otras con sus vitrales y su altar— le contó algo sobre su historia.

—¿Sabes en honor a qué Mary bautizaron esta iglesia?

Seguro que los profesores se lo habían explicado hacía años, pero ya no se acordaba de nada en absoluto.

—¿Por Mary Poppins? —preguntó entre risas.

Él sonrió.

—¡Casi! Por la reina María I, también conocida como *Bloody Mary*, «María la Sanguinaria».

—¿Por eso al cóctel se le llama así?

—No lo sé, aunque no me extrañaría. —Esta vez fue él quien se rio.

—¿Por qué llamaban Bloody Mary a la buena mujer? —preguntó Keira.

—¿En serio quieres saberlo?

—Claro. ¿Crees que no sería capaz de soportarlo?

—Bueno, pronto empezarás a marearte debido a las alturas, así que... — Thomas le guiñó un ojo con picardía y Keira le dio un empujón suave en el hombro.

—¡No seas bobo! Venga ya... Me has hablado mucho de esas historias, así que ahora no te queda más remedio que contármelas. Y, por favor, no escatimes en detalles sangrientos.

Thomas cogió aire y empezó a contar la historia de la reina María, quien estaba furiosa con Thomas Cranmer, el arzobispo de Canterbury, porque había aprobado el matrimonio entre su padre, Enrique VIII, y Ana Bolena. De ese modo, declaraba la nulidad del matrimonio con su madre Catalina de Aragón.

—¿Ana Bolena? ¿No fue a ella a quien le cortaron la cabeza por infiel?

—La misma —dijo Thomas impresionado.

—Al parecer prestaba más atención en la escuela de lo que creía. Sigue contando. ¿Así que María estaba enfadada con el arzobispo?

—Exacto, con Thomas Cranmer. Ya lo odiaba de todos modos porque había introducido el protestantismo en Inglaterra, lo que había provocado que la Iglesia anglicana se separara de Roma. Y todo ello debido a Ana Bolena. Consiguió desatar la furia en el Vaticano y desterraron a Thomas Cranmer. El rey Enrique se declaró a sí mismo jefe de la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, tras su fallecimiento, su hija mayor llegó al trono y, con ello, al poder.

—¡Oh, oh!

—Oh, oh. La reina María, a quien nunca le había gustado el protestantismo, quiso convertir el país al catolicismo y encerró a Thomas Cranmer en la Torre de Londres. Fue juzgado en esta misma iglesia y, a pesar de que al principio renegase bajo tortura de su confesión anglicana, al final reconoció abiertamente estar a favor de ésta. Fue condenado a muerte y quemado en una hoguera. Te enseñaré dónde, si consigues llegar hasta arriba.

—¡Vaya, a eso se le llama un buen aliciente! ¿Me das la mano?

—No te soltaré ni un minuto.

Caminaron por la iglesia hasta donde se hallaba la taquilla, pagaron ocho libras en total por las dos entradas y atravesaron la puerta que conducía a los viejos escalones de madera.

—¿Estas escaleras son seguras? —preguntó Keira, asustada, mientras subía el primer tramo.

—Bueno, eso espero. —Thomas estaba justo detrás de ella.

Subieron peldaño a peldaño. Después de los escalones de madera vinieron unos de metal, luego otros de madera y, finalmente, una angosta escalera de caracol hecha de piedra. En ocasiones tenían que agachar la cabeza. Otras veces, Keira hubiese preferido mantener los ojos cerrados cuando veía lo lejos que quedaba el suelo y lo mucho que faltaba aún hasta llegar arriba. Cuando por fin alcanzaron los últimos peldaños y salieron fuera, se atrevió a avanzar hasta la barandilla de piedra. Al mirar hacia abajo empezó a sentirse muy extraña, así que retrocedió un paso para apoyarse en el frío muro. Respiró hondo un par de veces, miró a lo lejos y, por una vez, se sintió feliz de haber corrido aquel enorme esfuerzo. Las vistas eran realmente increíbles. Thomas no había exagerado en absoluto.

—¡Vayaaa! —dijo apenas sin aliento.

Thomas sonrió.

—¿Qué te había dicho?

—Me alegro de haberte hecho caso. Las vistas desde aquí arriba son impresionantes.

—Vamos, daremos una vuelta alrededor. —Le cogió la mano de nuevo—. Tienes los dedos fríos.

—Será por las historias de terror —se rio—. Bien, ¿dónde quemaron al arzobispo?

Se dejó llevar por Thomas, aunque sin separarse de la pared.

—Allí detrás. ¿Lo ves? En Magdalen Street. —Señaló el monumento victoriano acabado en punta ante el que ella había pasado cientos de veces—. Es el Martyr's Memorial.

—Así que por eso lo levantaron. Está bien saberlo. —Le dirigió una sonrisa y él se la devolvió. Luego se quedaron allí, limitándose a disfrutar el uno del otro en aquel lugar único en lo más alto de Oxford.

—Así que la llaman María la Sanguinaria por haber enviado a la hoguera al arzobispo, ¿no?

—No era la única muerte que cargaba en su conciencia, eso te lo aseguro.

—Muchas gracias por la clase de historia. —Le sonrió.

—De nada. ¿Te mareas? —le preguntó Thomas enseguida.

—No, estoy bien. —Nunca había estado mejor.

—Me tranquiliza oírlo.

—Mmm. El arzobispo también se llamaba Thomas, ¿verdad? Igual que tú.

—Sí, Thomas Cranmer.

Keira soltó una risa a medias.

—Pues será mejor que no te metas con ninguna Mary.

—Hasta ahora he podido evitarlo sin ningún problema.

—Mi madre se llama Mary, sólo para que lo sepas.

Thomas la miró fijamente.

—¿Me tomas el pelo?

—No, en absoluto.

—Pero, por casualidad, no la llaman «sanguinaria», ¿no?

Keira se rio alegremente.

—No que yo sepa.

—Entonces no pasa nada. Aun así, ahora me da un poco de miedo conocerla.

¿Quería conocer a su madre? Le parecía tan tierno que mencionara algo semejante, a pesar de que estuviese medio en broma. A Keira le hubiese gustado preguntarle por su madre; había fallecido hacía muy poco, pero no quería echar a perder el ambiente feliz que había entre los dos.

—¿Me dejas que sea yo ahora quien elija adónde ir? —preguntó ella, en lugar de eso.

—Claro que sí. Tú mandas.

—Muy bien. ¿Te gusta el chocolate a la taza?

—Daría lo que fuera por un buen chocolate a la taza.

—Genial, porque casualmente sé de un sitio donde sirven el mejor de toda la ciudad.

—¿Qué te parece? —le preguntó Keira a Thomas un cuarto de horas más tarde.

—Es el mejor chocolate a la taza que he tomado nunca.

Keira sopló en su vaso de papel mientras sonreía. Estaban sentados en uno de los fríos bancos que había delante de su puesto de café preferido de Cornmarket Street. Seguro que Susan le habría soltado algo acerca de la cistitis en ese instante, pero Keira sólo pensaba en la bonita sensación que suponía estar junto a un alma gemela. Porque, en efecto, últimamente se había dado cuenta de que Thomas lo era de verdad. Nunca se había sentido tan a gusto con un hombre, nunca había estado tan emocionada. Ahora comprendía también aquella atracción que los unía a ambos desde hacía dos años: secreta, calmada, silenciosa.

—¿Echas de menos a tu madre? —se atrevió a preguntarle.

—Muchísimo. Era una mujer única.

—Me hubiese encantado conocerla.

—Le hubieses gustado, estoy seguro.

Keira se preguntó si a su madre le gustaría Thomas.

—Cuéntame algo sobre ti —dijo él—. ¿Creciste en Oxford?

—Sí, y no puedo imaginarme vivir en otro sitio que no sea éste.

—Ya supongo. Yo crecí en Londres, en Notting Hill. —Keira sintió un escalofrío al oír esas palabras. Hacía poco que había visto la película y le había resultado inevitable pensar en él.

—¿Te gustaba estar allí?

—Sí, es una zona espléndida. Pero luego me dieron una plaza en un colegio de Oxford y tuve que dejar Londres. Hace seis años falleció mi padre y me traje a mi madre aquí. Me he ocupado de ella durante los últimos años, pero desde que no estaba su gran amor con ella ya no era la misma. Se sentía sola y sólo pensaba en verle de nuevo algún día.

—Resulta romántico de algún modo, aunque también es un poco triste, claro.

—Sí. Sólo era capaz de animarla con sus flores y sus bombones preferidos.

«Por desgracia, ahora que por fin existe una floristería en Valerie Lane, llega demasiado tarde», pensó Keira.

—¿Por eso venías a mi tienda todos los lunes? —le preguntó.

—Sí. Bueno, al principio sí. Después no iba solamente por eso.

Keira notó que se sonrojaba. Se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja y se quedó mirando fijamente su chocolate.

—No quería... Vaya, me parece que me falta algo de práctica con los cumplidos.

—No, no. Lo haces muy bien. —Intentó sonreír, pero no le salió como debía.

—No tienes ninguna relación seria, ¿no? —preguntó. Keira pudo ver lo mucho que le había costado formular esa pregunta.

—No, ya no.

Él asintió.

—¿Quieres que volvamos a vernos mañana por la tarde?

—Ay, lo siento. Mañana por la tarde no puedo.

—Ah, sí. Los miércoles es el día en que te reúnes con tus amigas por la tarde.

—Exacto. Podría saltármelo, pero la señora Witherspoon prometió que mañana, por fin, traería a Humphrey. Es su nuevo novio. —Se rio—. Si es que existe realmente. A decir verdad, tenemos nuestras dudas. Ese hombre es todo un misterio.

Thomas sonrió con cara satisfecha.

—¿La anciana señora Witherspoon tiene novio?

—¿La conoces?

—Claro. ¿Y quién no? Hicisteis una recolecta para comprarle una nevera.

¿Pudisteis recaudar lo suficiente?

—Más que eso.

—Me alegro. Comprendo que quieras estar allí. ¿Qué te parece si quedamos otro día? No pretendo insistir mucho, pero últimamente se me cae la casa encima. Además, me ha gustado mucho pasar el día contigo —añadió algo tímido.

—¿Sabes qué? Todo el mundo es bienvenido a nuestro encuentro de los miércoles por la tarde.

—¿De verdad me estás invitando a ir?

—Claro que sí. Si te apetece. Así podrías averiguar tú mismo si Humphrey existe de verdad o si es pura imaginación.

—Me muero de ganas. ¿Mañana en Laurie's Tea Corner?

—Si quieres, nos vemos a las seis. Justo cuando cerremos la tienda.

—Allí estaré.

—Yo también. —Keira le sonrió.

Thomas tenía chocolate por encima del labio. Le hubiese gustado limpiarle el bigote con el dedo, pero consideró que era pasarse de la raya. Quería tomarse las cosas con calma, con mucha calma y precaución, a pesar de que sentía una enorme confianza en él.

—Tienes un bigote de chocolate —dijo Thomas señalándole la boca.

Keira lo miró sonriendo.

—Yo iba a decirte lo mismo.

—¡Hola, chicas! —gritó Susan mientras entraba en Laurie's Tea Corner—. Espero que tengáis ganas de probar este bizcocho de pera y chocolate. Me apetecía hacer algo ayer por la noche. —Puso el bizcocho encima del mostrador y mandó a *Terry* a su rincón de siempre.

—Suenan de maravilla —dijo Laurie.

—Y huele de maravilla también —añadió Keira—. Fue un verdadero infierno mantenerme alejada de la cocina.

—¿Cómo os va a las dos? ¿No os habéis cansado ya de compartir piso? —preguntó Orchid. Estaba sentada con las piernas cruzadas jugando con su pelo.

—En absoluto. Si por mi fuera, Keira no necesitaría mudarse de nuevo.

—Gracias por la oferta, pero ya va siendo hora de que empiece a buscarme algo. Sobre todo teniendo en cuenta que...

Sonó la campanilla de la puerta y entró la señora Witherspoon. Detrás le seguía un hombre mayor y atractivo que se quitó el sombrero en cuanto entró en la tienda.

Todas intercambiaron miradas de asombro. ¡El misterioso Humphrey existía de verdad!

—Buenas noches. —Laurie se dirigió a la pareja—. Nos alegramos de verla, señora Witherspoon. Y usted debe de ser Humphrey.

—Ése soy yo —dijo al tiempo que le besaba la mano a Laurie.

—Es usted un donjuán. Nuestra amiga nos ha hablado mucho de usted. Estamos encantadas de que nos honre con su presencia.

Keira miró a Laurie. ¿Por qué, de repente, se había puesto a hablar como

hacía cien años? ¿Porque el hombre que había frente a ella casi los había cumplido? No pudo evitar reír para sus adentros.

—¿Por qué estás tan de buen humor, Keira? ¿No querías contarnos algo? —dijo Orchid enseguida mientras la señora Witherspoon y Humphrey se quitaban los abrigos y luego se sentaban.

—La señora Witherspoon no es la única que trae hoy compañía masculina —les reveló a las demás.

Todas se quedaron mirando a Keira sin parpadear.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laurie.

—¡Jopetas! ¿Has conocido a alguien? —quiso saber Orchid.

—Puede ser. —Keira sonrió apocadamente.

—¿Y no me lo has contado? —Susan parecía ofendida—. ¡Al fin y al cabo somos compañeras de piso! Esas cosas se cuentan.

—Le conozco desde hace mucho. Es un cliente mío.

—¿Por eso cerraste la tienda ayer por la tarde? —Orchid la miró con los ojos muy abiertos, como si hubiese tenido una iluminación.

—Por eso mismo. Me dio una clase de historia.

—Suenas de lo más aburrido —dijo Orchid con un bostezo.

—Fue justo lo contrario, fue divertidísimo.

—¿Os besasteis? —preguntó Susan con curiosidad.

La señora Witherspoon sonrió con satisfacción.

—Yo también quiero oírlo.

—¡Vamos, dejadlo ya! ¡Acabo de separarme!

—Ya han pasado casi cuatro semanas de eso. Además, Jordan es un idiota —dijo Orchid como si aquello bastase para justificar un beso.

—No nos hemos besado —aclaró—. Pero nos llevamos muy bien, y me ha dicho que esta tarde se pasará por aquí. Así que os lo podré presentar a todas.

—¿Se atreve a venir a la cueva de los leones? ¿En serio? —Laurie se rio y luego les preguntó a la señora Witherspoon y a Humphrey si deseaban té.

—Una infusión de manzanilla, ¿verdad, Humphrey?

—Tomaré lo que tomes tú, tesoro mío.

Keira se emocionó. Eran un encanto. Se habían sentado muy juntitos los dos como si necesitaran estar muy cerca el uno del otro, tanto como el aire que se respira.

—Susan ha hecho un bizcocho de pera delicioso —les informó a los dos.

—Eso suena fenomenal —dijo Humphrey—. ¿Quién era Susan?

Todas rieron.

—Yo misma —dijo Susan.

—Voy a necesitar un tiempo hasta que me aprenda todos los nombres. Mi memoria ya no es la que era.

—No importa. Yo también me olvido de cosas todo el rato —dijo Laurie para evitar que se sintiera mal—. Hace poco me olvidé por completo del día de la semana en el que estábamos. De repente, me sorprendió ver a Barry en la tienda con un pedido. Barry es mi novio y mi proveedor de té. Todos los martes me trae un pedido. Fue un martes cuando nos conocimos.

En su caso había sido un lunes, pensó Keira. El lunes había sido su día preferido de la semana durante dos años seguidos. ¿Cuál sería a partir de ahora?

—Perdonad que me haya retrasado. —Ruby entró en la Tea Corner. Venía acompañada no sólo de su padre, sino también de Gary.

—¡Oh! Esta vez vamos a tener una gran tertulia —dijo Laurie feliz al ver a tanta gente—. ¿No quería venir Tobin también?

—¡Si él viene, yo me voy! —susurró Orchid; Keira lo oyó e intentó calmarla.

—No, antes me ha dicho que tenía cosas que hacer.

—Muy bien —dijo Orchid. Keira creyó ver cierta decepción en sus ojos. Laurie miró hacia la mesa.

—Mmm. No sé si habrá suficiente bizcocho para todos.

—Si queréis, puedo ir un momento a la tienda y traer unas galletas —propuso Keira levantándose.

—¿Está bien que haya traído a mi padre? —escuchó que Ruby le preguntaba a Laurie en voz baja para que él no la oyera.

—Claro que sí. Los miércoles por la tarde damos la bienvenida a todo el mundo, y a tu padre siempre.

—Gracias.

Keira se apresuró hasta la chocolatería y cogió dos bolsitas de galletas y una caja de bombones. Al salir se encontró con Thomas.

—Has venido.

—Prometí que vendría. He traído unas minimagdalenas porque no sabía si había que llevar algo la primera vez. Me olvidé de preguntarlo.

—Los dulces siempre van bien, pero no hacía falta. Vamos, te presentaré a mis amigas.

—Keira, espera —dijo haciendo que se detuviera. Vestía su abrigo marrón como siempre, pero aquel día llevaba vaqueros en lugar de unos pantalones negros de vestir.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Sí?

—Esta tarde estás preciosa.

—¡Qué va! —dijo barriendo el aire con la mano. Tan sólo vestía unos vaqueros y una vieja blusa floreada. Llevaba el cabello recogido.

—Lo digo muy en serio.

—Si es así... Gracias. —Quiso colocarse un mechón de pelo por detrás de la oreja, pero no había ninguno que le cayera sobre la frente, así que lo hizo sólo por inercia—. Tú también estás guapo, Thomas.

—Gracias. Y gracias de nuevo por la invitación.

—Es un placer. ¿Sabes en qué estaba pensando?

—¿En qué?

—En que echo de menos los lunes. Me refiero a tu visita de los lunes a mi tienda.

—Yo también lo echo de menos. Podría pasarme los lunes otra vez. Para

decirte hola y ya está.

—Me encantaría. —Keira lo miró con ojos radiantes.

—¿Entramos? —preguntó él mientras respiraba hondo.

—No tienes por qué estar nervioso. Hoy también han venido un par de hombres, así que no parecerás el gallo en el corral. Y la señora Witherspoon ha acudido acompañada de su Humphrey, de verdad.

—¿Entonces no era un novio imaginario?

—No, al parecer no. Además, también está Gary, es un conocido nuestro. Y Ruby ha traído a su padre. Es un poco extraño, pero muy agradable. Si juegas al ajedrez, seguro que está encantado.

—Soy un apasionado del ajedrez.

—¡Genial!

Fueron hasta la puerta de la Tea Corner y Keira la abrió. Todos miraron hacia ellos sin pestañear. Sus amigas pusieron caras de asombro. Gary y Hugh estaban en una mesa del rincón y habían empezado a montar el tablero de ajedrez.

—¡Hola! Os presento a Thomas Finch, un buen amigo mío. Thomas, éstas son mis amigas Laurie, Orchid, Ruby, Susan; la señora Witherspoon y su novio Humphrey. Y los que están allí sentados son Gary y Hugh. Puedes sentarte con ellos, si no te apetece oír nuestros cotilleos.

Thomas sonrió a todos.

—Keira, si no te importa, me gustaría sentarme un rato contigo.

—Me encantaría —le contestó mientras colocaban una silla más.

—Cuéntanos algo sobre ti, Thomas —dijo Orchid enseguida.

—¡Orchid! ¡No se te ocurra acosarlo de ese modo! —le riñó Keira.

—Lo siento, pero, por una vez que traes compañía, nos gustaría saber de quién se trata.

—No pasa nada —dijo Thomas, y se volvió hacia la descarada amiga de Keira—. Está bien. Me llamo Thomas, eso ya lo sabéis. Nací en Londres.

Tengo treinta y ocho años y doy clases de literatura inglesa e historia en el Queen's College.

—¡Oooh! ¡Es profesor! —dijo Susan con admiración.

—Sí. Y he traído unas minimagdalenas. —Levantó la bolsa de papel que llevaba consigo.

—Ha pasado la prueba, ya forma parte de nuestra tertulia —dijo Laurie al tiempo que cogía las magdalenas. Repartió un plato para cada uno y colocó el bizcocho, las magdalenas, las galletas y los bombones encima de la mesa.

—Vamos a ver. ¿Qué novedades tenemos? —preguntó Orchid.

—En mi caso, ninguna —respondió Susan.

—¿*Terry* no ha vuelto a dejar preñada a ninguna perra?

—Me temo que ya es imposible.

—¡Oh, no! Pobrecillo... ¿Al final lo llevaste a castrar? —preguntó Ruby.

—Tuve que hacerlo. A cambio de eso, ha comido su filete preferido durante tres días seguidos.

—¡Vaya! —Orchid frunció la nariz—. Señora Witherspoon, ¿tiene usted algo emocionante que contarnos?

La vieja mujer sonrió como si tramase algo y le tendió la mano a Humphrey, quien enseguida se la dio.

—Bueno, Humphrey y yo nos hemos prometido.

Orchid se atragantó con el bizcocho y no pudo evitar toser.

—¿Están prometidos? —preguntó Keira para asegurarse de que lo había oído bien.

—Eso mismo. Humphrey me ha propuesto matrimonio.

—Pero... ¿no es demasiado pronto? —preguntó Laurie con cautela—. Apenas hace unas semanas que se conocen.

—A nuestra edad, cualquier día puede ser el último —dijo Humphrey—. No hay que perder tiempo: hay que hacer lo que a uno le hace feliz.

—Estoy de acuerdo con eso —le dio la razón Susan—. Deberíamos pensar así a cualquier edad. Creo que es algo muy romántico, y me alegro

enormemente por los dos.

—Gracias, querida —dijo la señora Witherspoon radiante de alegría.

Keira le dio vueltas a la situación. Los dos ancianos lo habían hecho bien. Jordan y ella habían desperdiciado tanto tiempo y, al final, no había salido nada a derechas. Con Thomas sería diferente, se prometió a sí misma. Eso no quería decir que tuviese que aceptar una propuesta de matrimonio en cuestión de semanas. Pero tampoco iba a esperar ocho años a aceptarla. Su tiempo, es más, su vida era demasiado valiosa para no hacerlo.

El teléfono sonó. Keira miró a su alrededor y vio que Orchid sacaba el móvil de su bolso, contestaba y se levantaba de un salto como si le hubiese picado un abejorro.

—¡Oh, Dios mío! ¡Voy enseguida! —Colgó e informó a las demás—: ¡Phoebe está a punto de tener el niño! Acaban de llevársela a la clínica en ambulancia. ¡Tengo que irme!

—¿Quieres que te lleve? Estás demasiado nerviosa para conducir —se ofreció Susan.

—No, no, estaré bien. Os avisaré en cuanto sepa que he sido tía. Adiós, chicas... Y chicos. —Se despidió y salió a la carrera.

—Por fin ha llegado el día —dijo Laurie—. Casi te dan ganas de tener un niño.

Seguro que Laurie y Barry serían unos padres fantásticos, pensó Keira. Y no pudo evitar preguntar:

—Thomas, ¿tienes hijos?

—Será mejor que no la engañes. Al último hombre que la engañó en este sentido, acabó enviándolo al infierno —le informó Susan.

—Vaya. No, por desgracia no tengo hijos, pero algún día me gustaría tenerlos. —Le lanzó a Keira una mirada furtiva.

Su respuesta no podía ser más perfecta, pensó ella, y las perspectivas también lo eran.

—¿Sabíais que yo fui comadrona? —intervino la señora Witherspoon—.

Puedo asegurar que he ayudado a traer al mundo a mil niños.

Por fin habían descubierto el secreto. ¡A eso se dedicaba la señora Witherspoon hacía años!

Poco después llegó Barry y, tras las presentaciones, invitó a Thomas a unirse a la mesa de los hombres. Hubo gritos de júbilo mientras se oía «jaque» y «jaque mate». Ruby le lanzó una mirada agradecida a Gary y éste se la devolvió tímidamente.

—¿Te importa que vaya a la otra mesa? —le preguntó Thomas a Keira.

—Por supuesto que no —respondió—. Acaba con ellos.

Thomas se levantó y le tocó con suavidad el hombro antes de alejarse.

—Es un hombre increííble —le dijo Laurie en cuanto Thomas se sentó a la mesa del ajedrez.

—Lo sé —replicó ella.

—Y un millón de veces más simpático que Jordan —opinó Susan.

—¿Jordan el idiota? —preguntó la señora Witherspoon.

—Ese mismo. —Laurie se rio—. Pero ya es agua pasada. A veces la vida te regala una segunda oportunidad en el amor.

—Para muestra, un botón —dijo la señora Witherspoon besando a Humphrey en la mejilla.

Aquella tarde, aquella maravillosa y feliz tarde de miércoles, habían sido obsequiadas, no sólo con una nueva vida, sino también con un nuevo amor. Podían sentir que algo muy especial flotaba en el aire... Y que, de repente, todo era posible.

RECETAS DE KEIRA'S CHOCOLATES



Bombones con crocante de almendra

Ingredientes para aprox. 50 bombones:

- 100 g de almendras picadas
- 1 cucharada de mantequilla o margarina
- 100 g de azúcar
- 300 g de cobertura de chocolate con leche

Tostar las almendras en una sartén antiadherente hasta que queden doradas. Colocarlas en un cuenco aparte. Añadir en la sartén la mantequilla y el azúcar, y dejar que se fundan hasta que la masa quede de color caramelo. Retirar del fuego, añadir las almendras y remover bien.

En una bandeja cubierta con papel para horno, extender la masa en una capa fina y dejar que se enfríe hasta que quede dura. Romper el crocante en trozos grandes, ponerlos en una bolsa de congelación cerrada y partarlos en trocitos muy pequeños con ayuda de un rodillo.

Fundir la cobertura de chocolate en un cazo a baja temperatura. Mezclar el crocante con el chocolate fundido, rellenar los moldes para bombones con la mezcla y dejar en el frigorífico durante dos horas.

Una pequeña sugerencia de Keira: en caso de no disponer de moldes para bombones, se pueden utilizar cubiteras de hielo de silicona.

Corazones blancos con naranja y nueces de macadamia

Ingredientes para aprox. 30 bombones:

75 ml de nata

300 g de cobertura de chocolate blanco

1 cucharada de ralladura de naranja

1 botecito de aroma de naranja

50 g de nueces de macadamia muy picadas

Calentar la nata en un cazo. Añadir la cobertura de chocolate en trozos y dejar que se funda lentamente. Verter la masa en un bol y dejar en el frigorífico durante dos horas. A continuación, batir con una batidora eléctrica hasta conseguir una crema. Añadir la ralladura de naranja, el aroma de naranja y las nueces de macadamia, y mezclar bien. Introducir la masa en una manga pastelera y rellenar los moldes de bombones con forma de corazón. Dejar enfriar una hora más en el frigorífico.

Keira recomienda el chocolate blanco en esta receta, pero los bombones son igualmente deliciosos con chocolate con leche y chocolate negro.

Galletas de chocolate de Keira

Ingredientes para aprox. 30 galletas:

- 250 g de harina
- 120 g de azúcar
- 20 g de azúcar de vainilla
- 1 paquetito de levadura en polvo
- 1 pizca de sal
- 5 cucharadas de leche
- 150 g de mantequilla o margarina
- 100 g de escamas de chocolate

Añadir en un bol la harina, el azúcar, el azúcar de vainilla, la levadura en polvo, la sal y la leche. Fundir la mantequilla en el microondas y añadir también. Remover todo bien. Por último, añadir las escamas de chocolate a la masa caliente y remover hasta que el chocolate se funda un poco y la masa adquiera un color homogéneo. Formar con las manos bolas de masa del tamaño de una cereza, colocar las bolas en una bandeja cubierta con papel para horno y aplastarlas un poco. Hornear a 150 °C (horno superior/inferior) durante 15-20 minutos, según lo crujiente que se desee.

Agradecimientos

Esta vez me gustaría darles las gracias en primer lugar a mis lectores: por los libros que han comprado, las páginas que han leído, las reseñas que han escrito, las recomendaciones que han hecho, los mensajes personales que han enviado, las palabras amables que han tenido. Sin su tremendo apoyo no hubiera podido llevar a cabo la actividad que más me gusta: escribir historias. Así que: gracias, un millón de gracias.

Una vez más, quiero darle las gracias a mi familia por su apoyo y amor infinitos.

A Anoukh Foerg, mi agente, a Maria Dürig y a Andrea Schneider: ¡gracias por todo!

Gracias a todo el equipo de Blanvalet, a mi encantadora lectora Julia Fronhöfer; a mi magnífica redactora Angela Kuepper; a la fenomenal directora de la editorial, Eléonore Delair; gracias al fantástico equipo de prensa y a Johannes Wiebel por haber diseñado esta maravillosa cubierta de la serie Valerie Lane.

Un enorme agradecimiento para mis compañeras y amigas Roberta Gregorio, Alexandra Blöchl y Britta Dubber por sus buenos consejos y sus constantes ganas de escuchar: ¡sois maravillosas!

Y, finalmente, gracias a Hozier por su magnífica *Take Me To Church*, porque fue mi canción mientras escribía, y también la canción de guerra de Keira. A veces sólo se necesita la música adecuada; a veces no queda más remedio que escapar; a veces es necesario comenzar una nueva vida. Así que me gustaría daros un mensaje a todos los que estáis ahí: sois perfectos tal y

como sois. ¡Exacto! No dejéis que nadie os diga lo contrario. Sois únicos.
Sois maravillosos.

Notas

1. Hace referencia a un juego de palabras: Barry (nombre propio) y berry (baya, en inglés). De ese modo «Sweet Barry» suena como «mi dulce Barry», «mi querido Barry» o similar. (*N. de la t.*)

La chocolatería de los sueños
Manuela Inusa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Die Chocolaterie die Träume*

© del diseño de la portada, punchdesign | Johannes Wiebel 2019
© de la imagen de la portada, Joy Brow, Johan Larson, Jirawatfoto, Irisdesign, Simon Baylis, Nick Starichenko, Marbury y M.Leheda, Shutterstock
© de la ilustración de interior, Kosmofish /Shutterstock

© Blanvalet Verlag, una división de Grupo Editorial Random House GmbH, Munich, Alemania, 2018.
www.randomhouse.de
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent. www.uklitag.com

© Noelia Lorente Romano, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-270-4638-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

